



*Ta lavaba de
con esa com
Noté la te
dedos, como
salidas de la
boca y la to
caía a rue
a mi casa
haciéndolo.
judeos, y he
cara en él, tr
el que disfrutar
gemidos y estos en primer casi al
Ahora tengo que contentarme con
puedo tenerte y te echo de menos. Un
quien no te ama, no te quiere. Yo te amo
sin...
protección...
poco más. Las semanas en el hospital se
eternas sin ti. Es curiosa la relatividad.
Cuando te tenía, tres horas me parecían
y ahora las semanas, encerrado entre
paredes sin poder estar contigo, me pas
Perdí un tiempo precioso a tu lado por,
en este momento daría todo el que me queda
tenido la valentía que me faltó para usar
primer día, con todas las consecuencias.
una tarde junto a ti por todo el tiempo
por vivir.*

Aída del Pozo

AMOR CON H

AMOR CON H

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Amor con h

© Aída del Pozo Aceves

Depósito legal: 16/2013/3673

Corrección: *Lector cero*

Portada: *Sol Taylor*

Maquetación y gestión: *Trabajobbie*

Primera edición: julio 2018

AMOR CON H

Aída del Pozo



Hace tiempo, mi madre me confesó que se sintió dolida cuando leyó la dedicatoria de mi primera novela, al no haberme acordado de ella. Aquella obra se la dediqué a mi padre, que había fallecido meses antes y también a mis amigas, que fueron las primeras en leerla y las que me animaron a seguir escribiendo.

Le expliqué que se la había dedicado a mi padre y no a ella porque estaba convencida de que él no me habría juzgado por haber escrito una novela de alto contenido erótico y habría valorado la obra más allá de su temática. Sé que su crítica se hubiera basado en lo que contaba, en el estilo narrativo y en el interés que podría despertar en el lector. Estaba convencida de que, como comenté en aquella dedicatoria, mi padre habría estado orgulloso de mí y de mi novela.

Amor debería escribirse con H se la dedico a mi madre. Espero que algún día recomiende a sus amigas mis obras, afirmando con orgullo que su hija es escritora. Pese a nuestras diferencias, ella es una de las personas más importantes de mi vida, ya que ha contribuido a que yo sea así. ¿Su mayor enseñanza? Que demos valor a las pequeñas cosas que la vida nos ofrece, porque estas son las que nos hacen felices. Gracias, mamá, te quiero.

A mis dos tesoros, Noelia y Cristina, que dan sentido a cada día que vivo. A su lado, la vida es inmensa.

A Begoña y Pilar, que me aconsejan, critican y corrigen mis novelas con la mejor de las voluntades.

A Alex, mi amigo y mi mayor crítico, quien se encarga de llenar de «varicela» mis obras. Eso sí, con mucho cariño.

Meses atrás soñé con mi antiguo colegio. Estaba esperando a que acabaran las clases para recoger a mi hermano. Debía acompañarlo a alguna parte, no sé a dónde. Tampoco recuerdo qué edad tenía yo en el sueño, ya que no pude ver mi rostro, pero él tendría siete u ocho años, con su cara de bichejo y su pelo rubio, casi albino. Un vecino le apodaba «el alemán», ya que con aquella edad parecía extranjero y solo cuando hablaba, con ese acento andaluz que tenía de pequeño, la gente descubría que no lo era.

El patio estaba igual que treinta y tantos años atrás, cuando estudiábamos EGB. Ahora ha quedado reducido a la mitad, porque en una parte han construido un gimnasio, del que carecía desde que transformaron el antiguo en comedor escolar.

La profesora me recriminaba que hubiera llegado tarde, yo cogía a mi hermano de la mano y nos marchábamos. Por el camino íbamos recogiendo unos muñequitos del suelo, pajaritos de fieltro de distintos colores, unos grandes, otros pequeños, con ojos de lentejuelas, con botones cosidos... Mi hermano se ponía muy contento cada vez que recogía uno y yo lo guardaba en mi bolso.

Quiero leer a Freud y averiguar el significado de aquel extraño sueño. A veces sueño que vuelo a ras del suelo —nunca consigo hacerlo por encima de las nubes—; o que encuentro cientos de monedas entre la arena y, a medida que las cojo, van apareciendo más y más; o que hablo con mis abuelos, ya fallecidos, y el sueño es tan real que siento que están vivos, que no estoy soñando. En ocasiones sueño que las personas a las que quiero se van haciendo pequeñas entre mis dedos, hasta que se convierten en una mota de polvo y desaparecen. Esa pesadilla me produce tal angustia que he llegado a despertarme con lágrimas en los ojos.

De niña soñaba con un personaje oscuro que me perseguía por toda la casa y al que no podía ver el rostro. Donde quiera que me escondiese, me encontraba. Si corría, siempre me alcanzaba, a pesar de que él caminaba con dificultad. Por mucho que lo intentara, no me movía del sitio. Con unos diez o doce años dejé de soñar con ese hombre tenebroso y comenzaron las pesadillas en las que las personas a las que quería desaparecían entre mis dedos.

Siempre me digo que debo buscar en la biblioteca un libro sobre interpretación de los sueños o adquirir uno, pero nunca lo hago. Solo cuando me despierto llorando me acuerdo del libro, pero lo olvido hasta la siguiente pesadilla.

Todo lo que he escrito hasta ahora es el resultado de experiencias vividas, de anécdotas que me han contado, de conversaciones mantenidas, de inventiva y una parte importante proviene de sueños, de los soñados y de los que he tenido a lo largo de mi vida, de mis expectativas e ilusiones.

La mayoría de nuestros sueños, aspiraciones y metas, no se ven materializados. Solo una mínima parte se hace realidad e incluso a veces no realizamos ninguno de nuestros proyectos de vida.

En esta etapa de la mía tengo un sueño: ser escritora y transmitir lo que he vivido, lo que he sentido, lo que me han contado, lo que he soñado y seguiré soñando, mis ilusiones y desilusiones, mi vida en suma, a quien pueda interesarle.

Me siento viva y necesito compartir la felicidad que me embarga, ahora que he comenzado a estar bien conmigo misma. Y solo puedo hacerlo a través de lo único que considero que no hago mal: escribir. Deseo contar algo que merece la pena ser leído y disfrutado por todos vosotros, amigos lectores.

Espero haber logrado mi propósito con esta novela.

La autora.
Mayo de 2018.

ÍNDICE

[El día de Reyes de 2013](#)
[Navidades de 1996](#)
[Abril de 2007](#)
[Mayo de 1997](#)
[Verano de 2007](#)
[Junio de 1997](#)
[Verano de 2011](#)
[Septiembre de 2007](#)
[Junio de 1998](#)
[Otoño de 2011](#)
[Navidades de 2011](#)
[Año 1998](#)
[Primavera de 2012](#)
[Agosto de 1999](#)
[Junio de 2012](#)
[Navidades de 2005](#)
[Agosto de 2012](#)
[Septiembre de 2012](#)
[Año 2008](#)
[Otoño de 2012](#)
[Finales de 2010](#)
[Octubre de 2012](#)
[Noviembre de 2012](#)
[Principios de diciembre de 2012](#)
[Tras la cena...](#)
[Mediados de Diciembre de 2012](#)
[Día de Reyes de 2013. El principio del fin](#)
[Epílogo: febrero de 2013](#)



El día de Reyes de 2013

Tení planeado escribir aquel discurso y aprendérmelo de memoria. Serían palabras bien meditadas para expresar todo lo que durante años me había hecho sentir, las humillaciones, las lágrimas derramadas, el dolor, el sufrimiento. Me había anulado como persona hasta el extremo de dejar de ser yo, para convertirme en una maldita prolongación suya. Tenía tantas cosas que decirle y tan poco tiempo, que escribirlo hubiera sido lo más apropiado. Me hubiera puesto delante de él, con mi folio imaginario grabado en la memoria, y le hubiese contado lo que había sido mi vida desde que lo conocí, desde que la mala fortuna hizo que se cruzase en mi camino y se convirtiera en mi verdugo, en el dueño de todo mi mundo y en el hombre que merecía morir, por haberme transformado en la persona que ahora era. Sin embargo, no escribí ni memoricé texto alguno. Solo me puse enfrente y

le grité «hijo de puta», mientras hundía hasta la empuñadura el cuchillo en su flácido cuerpo, una y otra vez, cosiéndolo a puñaladas hasta que los movimientos de mi mano y el horrible sonido de la carne desgarrándose cuando penetraba en él, se me antojaron como si lo estuviera soñando.

Hincó las rodillas en el suelo, la camisa chorreando con su sangre viscosa y negra, sus ojos vidriosos fijos en los míos y sin comprender qué había pasado. Creí que se defendería tras la primera pero, lejos de hacerlo, se quedó inmóvil, con la boca abierta, emitió un gritito ahogado y ridículo y se llevó las manos al pecho. No se esperaba ni la segunda, ni la tercera puñalada, ni todas las que siguieron. Debí suceder todo muy rápido para que no reaccionara y lo único que pudiese hacer el muy cabrón fuera mirarme con ojos de sorpresa.

Se me detuvo el tiempo, como se me había parado la vida al comenzar a vivir la suya. Me quedé quieta, viendo cómo trataba de cubrirse las heridas con ambas manos, hasta que se desplomó en el suelo, dejando a su lado una mancha de sangre que llegó a tocar mis zapatos. Continué con el cuchillo en la mano, mirando sin pestañear su cuerpo inerte. Me oía a mí misma repetir «hijo de puta, hijo de puta», pero me pareció que lo estaba diciendo alguien al fondo de la habitación y no yo, ya que sonaba muy lejano, como un susurro.

No sé cuanto tiempo permanecí de pie contemplando mi obra, satisfecha, liberada, sin temor, sin necesidad de tapan las huellas de mi crimen. Cuando noté que se me dormían las piernas, me agaché y decidí sentarme encima de ellas para continuar admirando mi obra. Mi obra de arte. Fue en aquel momento cuando me percaté de que tenía las manos manchadas con su sangre y me las limpié en los pantalones. Mi vista se nubló y me di cuenta de que estaba llorando.

Me quedé sentada frente a él durante mucho tiempo y después decidí tocarlo. Primero despacio y con la punta del cuchillo, para ver si aún estaba vivo. No se movió. Tiré el cuchillo ensangrentado y lo zarandé una y otra vez. «¿Estás muerto, cabrón?», grité. No contestó.

Me tumbé en el suelo y descansé otro buen rato, ya que estaba agotada. Noté entonces un cierto hormigueo en el brazo y lo achaqué al esfuerzo de acuchillarlo. Intenté hacer memoria de cuántas veces lo había hecho, pero no

tenía ni idea de las que habían sido, ni la más remota idea. Entonces me invadió el sueño y no me incomodó dormir en el suelo. Estaba tan cansada...

Al despertar, me sentí eufórica y vital, como si hubiera vuelto a nacer. Me desperecé y comprobé que seguía allí. No podía ser de otro modo, porque los muertos no caminan y no esperaba que él pudiera haberse levantado, mientras yo dormía, para vengarse de mí. Ya no podía hacerme daño, los muertos no hacen daño.

Sonreí, me levanté y, dirigiéndome a él, le pregunté: «¿Una cerveza? ¿No? Yo me tomaré una bien fría, me apetece». Me dirigí a la cocina, abrí la nevera y cogí una Mahou, arrojando la anilla al cubo del reciclado. Reciclar se ha convertido en una costumbre para mí. Sueño con recuperar un mundo verde para los demás, ya que el mío es bastante negro. «Plástico, *bricks* y latas, al cubo amarillo». Cogí una jarra helada del congelador y vertí el contenido de la lata, la arrugué con la mano y la encesté en el cubo. «¡Canasta!». Me gusta la cerveza en jarra helada y por eso siempre tengo en el congelador unas cuantas, que repongo a medida que las voy usando.

Me senté en la mesa de la cocina y comencé a beberla a pequeños sorbos, paladeándola como si de un buen vino se tratara. Me tomé mi tiempo para degustarla y, en cuanto la terminé, me levanté a por otra. Antes de sentarme de nuevo, encendí el televisor. Estaban emitiendo *Pasapalabra*: «Carnero, dial, emprender, furibundo». Pensé que podría presentarme como concursante, porque se me daba bien adivinar palabras. Solía acertar un buen número de ellas con más rapidez que el concursante de turno.

En cambio, escribir me daba bastante pereza. Solía enviar, de vez en cuando, algún *email* a mi hermana, aunque no era muy dada a ponerme delante de un folio en blanco. Haciendo memoria, recordé que el último se lo había mandado hacía más de cuatro meses, para felicitarla por el nacimiento de su segundo hijo. Semanas después me rogó que fuese a su bautizo. No contesté a su mensaje y supuse que, después de lo que acababa de hacer, ya no tendría oportunidad de conocer a mi sobrino.

En aquel correo, mi hermana me comentaba que se llamaría Pablo y me gustó aquella elección. En mi opinión, Pablo era un nombre más bonito que Enrique, que fue el nombre que pusieron a mi sobrino mayor. A ese sí que lo

conocía y recordé lo mucho que me alegré cuando nació. Lástima que, en aquellos tiempos, yo no fuera una persona valiente. De haberlo sido, las cosas hubiesen acontecido de manera distinta. Enrique tenía ya casi tres años y sentí algo de tristeza. Traté de hacer memoria y de visualizar su cara. No lo logré. Recordaba que era rubio y pálido, como su padre, aunque no pude acordarme del color de sus ojos. Creía que eran verdes, mas no estaba segura.

Terminé la cerveza y apagué el televisor. Cogí el portátil de la sala de estar y me decidí a enviar un correo electrónico a mi hermana. Escribí unas líneas y adjunté varias fotos que había tomado la primavera pasada a mi balcón, en las que aparecían mis geranios recién florecidos. Los tenía de todos los colores y llenaban de magia la terraza. Me enorgullecían mis tiestos. Las vecinas no dejaban de decirme la envidia que tenían de mi balcón con la llegada de aquella estación, cuando se cuajaban de flores. Me pedían que les contara el secreto para que estuvieran tan bonitos y yo les decía que a las plantas, como a las personas, hay que darles amor aunque, en realidad, no sabía el motivo por el que estaban así. No hacía nada por ellas, incluso a veces olvidaba regarlas, pero florecían hermosas todas las temporadas. Recordé que un día, viéndolas tan coloridas, había querido immortalizar aquella imagen y guardar las fotografías en el ordenador.

En ese momento, decidí incluir algunas fotos más al correo. Fui al dormitorio y abrí el cajón de la cómoda donde tenía la cámara digital. Regresé al salón y allí seguía él, en medio de un gran charco de sangre, que había adquirido una tonalidad negruzca. Pensé que era enorme y me vino a la cabeza que tenemos cerca de cinco litros de sangre en el cuerpo. El muy cerdo se había desangrado por completo.

Hice una mueca de desagrado, pues me dio algo de asco, aunque no llegué a sentir náuseas. Había encendido la cámara sin darme cuenta y comencé a hacer fotos. Saqué varias de su cara desde lo más cerca que me permitía el objetivo. Entonces me percaté de que había muerto con los ojos muy abiertos y tenía en la boca una mueca extraña, como la de un payaso risueño.

Para fotografiar aquel rictus circense, me tumbé a su lado, casi cara con cara. Tuve que hacerlo encima de la mancha, que estaba un tanto pegajosa,

y me embadurné de sangre, pero no me importó. En esa postura, tan cerca de su rostro, hasta me pareció notar su respiración en el mío, como la había sentido en tantas ocasiones, cuando me agarraba con violencia y sacaba su lengua, pasándola desde los ojos hasta los labios, como si fuera un perro. Me susurraba lo muy puta que era, lo muy guarra, me golpeaba sin ninguna compasión. A veces me pateaba en el suelo, para luego lamer mis heridas y arrastrarme a la cama para entrar en mí con una crueldad extrema, hasta quedarse seco, mientras me decía que solo yo daba sentido a su existencia. Me babeaba todo el cuerpo, me ensuciaba con su hedor y me susurraba «ya está, ya está, mi pequeña, tú sabes lo mucho que te quiero, perdóname, no volverá a suceder».

Mentía.

Hice unas cuantas fotografías más, teniendo cuidado de que la cámara no se ensuciase con su sangre, ya que me costó mucho dinero y me dije que era una lástima que se estropease. Observé que tenía manchados hasta los zapatos. Me los quité y los deposité lejos del charco de sangre, uno al lado del otro, y fui al baño a limpiarme. Entonces me miré en el espejo y no me reconocí. Me parecía que aquella no era yo, sino otra persona. Me desnudé y eché la ropa en el cesto. «Tengo que poner una lavadora», pensé, «no tengo casi qué ponerme». No recordaba cuánto hacía que no ponía ropa a lavar.

Abrí la ducha y comencé a lavarme. Cuando me sequé, froté tan fuerte con la toalla que dejé mi piel enrojecida. Me desenredé el cabello y lo cubrí con un turbante para no mojar el suelo. Fue en ese momento cuando me eché a reír a carcajadas, recordando la imagen del salón. Nunca había tenido la casa tan asquerosamente sucia.

Cogí una camiseta y unos pantalones de chándal y regresé al salón. Conecté la cámara al portátil, descargué las fotografías, las adjunté al correo electrónico junto con las de los geranios, puse en copia a Cristina y pulsé «enviar».



Navidades de 1996

La casa estaba engalanada con un belén de plástico y un árbol artificial repleto de luces, bolas de colores, espumillón y figuritas de renos, estrellas doradas, pequeñas cajitas de papel brillante y un sinfín de adornos adquiridos durante años en la plaza Mayor y en las tiendas del barrio.

A mi madre le encantaba la Navidad y rejuvenecía cuando llegaba diciembre. Sacaba las cajas donde guardaba la decoración navideña y comenzaba, como siempre por aquellas fechas, su periplo por la casa pidiendo ayuda para adornar con espumillón de colores desde la lámpara del salón hasta los picaportes de las puertas.

Mi padre, por el contrario, odiaba aquellas fiestas y afirmaba que eran una tradición que los comercios habían inventado para que gastáramos en tonterías la paga extra. Mi madre se enfadaba con él por poseer tan poco espíritu navideño, aunque, por no oírla, mi padre terminaba poniendo la estrella en el árbol, una costumbre que había instaurado en casa para obligarlo a participar en los preparativos de aquellas fechas. Si mi padre no ponía la

estrella, en casa no se daba el pistoletazo de salida a la Navidad.

Noelia acababa de cumplir dieciocho años y aquellas fechas le traían sin cuidado, tanto como a mí. Para mi hermana solo significaban vacaciones para disfrutarlas con su novio y sus amigos, y yo opinaba lo mismo.

Desde que descubrimos que los Reyes Magos no existían, algo que se encargó mi padre de revelarnos de modo abrupto cuando yo tenía siete años y ella acaba de cumplir los nueve, la ilusión por la llegada de la Navidad desapareció de un plumazo. Nunca le perdoné lo que lloré cuando nos llamó y, sin más, nos lo soltó de golpe. Mi madre tampoco lo hizo y creo que por eso lo obligaba a poner aquella horrible estrella en el árbol año tras año, y él lo hacía, aún a regañadientes porque, en el fondo, aceptaba el castigo que le impuso por destrozarnos la infancia a tan temprana edad.

Aquel año tuvo que comprar los camellos y el rey negro, porque nuestro perro los había cogido por descuido y les había amputado las patas de un bocado. La cabeza de Baltasar se había convertido en una masa informe gracias a sus mordeduras y mi padre bromeó diciendo que teníamos un perro racista. Aquellas figuritas, que habían formado parte del patrimonio belenístico familiar desde que mis padres se casaron, habían empezado a caer en las fauces del animal dos años antes, cuando a mi padre se le ocurrió la brillante idea de comprarle un perro a mi madre porque su siamés había muerto. Quería tanto a Sócrates que estuvo meses llorando su pérdida, como si de un ser humano se tratase, y mi padre llegó a decirle que si a él le pasara algo de seguro no lloraría tanto.

Al cabo de los meses decidió que aquello debía acabarse y apareció con un cachorrito de samoyedo redondo y blanco, más parecido a un peluche que a un perro. Mi madre adoraba a los gatos por su carácter independiente, pero no tenía especial cariño por los perros, porque decía que eran sumisos, rastreros y no tenían carácter, al igual que algunas personas.

—¿Cuándo me has oído decir que me gustan los perros? —le recriminó.

—Nunca.

—Entonces, ¿qué significa esto? —Miró al cachorro con indiferencia.

—No lo puedo devolver.

—Mamá, es precioso —intervine.

—¿Lo pasearás tú? ¿Te comprometes a hacerlo? Porque yo no lo quiero y no voy a sacar al chucho a pasear. Podrías haberme comprado un gato, ya que sabes que no me gustan los perros.

—Cristina ha dicho que se ocupará ella. —Mi padre sonrió y me guiñó un ojo.

—¿Me das tu palabra? Si es así, el perro se queda; si no, ya puedes estar buscándole otra casa porque aquí no lo quiero. —Miró a mi padre con desdén y se dio la vuelta, dirigiéndose a la cocina. Ni siquiera acarició al cachorro.

Copo se quedó.

Aquellas Navidades di un estirón tremendo. Tuve que renovar gran parte de mi vestuario con la consiguiente envidia de mi hermana. Normalmente era yo la que heredaba su ropa, pero en los últimos meses había crecido tanto que las tornas se cambiaron. Un buen día nos miramos al espejo y descubrimos que le sacaba medio palmo. Se acabó el vestirme con sus camisetas de temporadas anteriores. Noelia iba a empezar a tener que aprovechar las mías.

Mi madre nos llevó de compras al centro y mi padre hizo las veces de porteador de perchas repletas de prendas que entraban y salían de los probadores. Aquel día me compré mis primeros zapatos de tacón. En septiembre había cumplido dieciséis años.

Por aquel entonces mis padres solían salir con Álvaro y Paqui, dos vecinos del bloque de al lado. Todos los viernes se reunían para jugar a las cartas, un día en nuestra casa y a la semana siguiente en la suya. Aquel viernes de primeros de diciembre les tocaba venir a la nuestra. Mi hermana había quedado con sus amigos y aún no había regresado.

Me acababa de poner el pijama para irme a la cama, cuando llamaron al timbre. Paqui llevaba una bolsa con un par de botellas y detrás estaba Álvaro, con las manos en los bolsillos de su cazadora. Desde que los conocíamos, hacía un par de años, me hacía la misma pregunta, ¿qué habría visto Álvaro en aquella mujer? Era poco agraciada, no medía más de metro cincuenta y era menuda y plana como una tabla, con un timbre de voz desagradable y un gesto serio y altivo. Tampoco entendía cómo mi madre la

apreciaba tanto, ya que no tenían nada en común. Lo único que poseía Paqui era elegancia. Iba siempre bien vestida, sabía llevar con gracia unos zapatos de tacón, se contoneaba al andar y daba la sensación de que se creía una mujer atractiva cuando, si había una palabra que mejor describiese su físico, era *fea*. En cambio, Álvaro era un hombre muy guapo. Le sacaba media cabeza a mi padre, que no era precisamente bajo, tenía un abundante cabello castaño claro y era delgado y atlético. Pero lo que más me llamaba la atención eran sus ojos verdes y sus largas pestañas. Debía notármelo mucho que me gustaba, porque siempre que venían a casa le sonreía y me quedaba embobada mirándolo. Ella me ignoraba y entraba sin prestarme la más mínima atención, como si yo no tuviera ningún valor como mujer, como si fuera poca cosa. Y ahí me quedaba yo, mirando a Álvaro y sonriendo, a la espera de que me diera un par de besos en la mejilla. Sin embargo, en aquella ocasión sucedió algo diferente. Cuando me saludó, detuvo la mirada en mi escote. No me incomodó, todo lo contrario. Sentí un escalofrío recorrer mi espalda conforme se acercaba para besarme. Cuando cerré la puerta, lo miré y me mordí el labio. Él me sostuvo la mirada durante unos segundos, la bajó hasta mi boca y sonrió.

Cuando regresé a mi habitación, me observé en el espejo de la cómoda y vi mi escote, ya que la parte de arriba de mi pijama estaba abierta, hasta el punto de dejar ver mi sujetador de encaje. No recordaba no habérmela abrochado del todo, había sucedido por descuido. Sonreí y, al hacerlo, hallé la respuesta.

Desde mi habitación los oía reír y pasárselo bien. Sus risas se metían en mis oídos y no me dejaban dormir, así que decidí escribir en mi diario. Lo último a lo que había hecho referencia fue a las calabazas que le di a Antonio, un compañero de clase que andaba todo el día detrás de mí para que saliésemos juntos. No me gustaba nada porque era muy bajito y algo desgarbado. Pero lo que más me desagradaba de él era que, cada vez que hablaba, lo hacía de tal forma que escupía de vez en cuando y, además, siempre se estaba rascando la entrepierna y tirándose del pantalón, sin disimulo alguno. Mis amigas bromeaban diciendo que tendría ladillas.

Se había armado de valor, me había pedido salir y yo le había tenido que partir el corazón, no sin antes tener que sufrir que me regase la cara con su

declaración de amor. A mí quien me gustaba era Álvaro, el amigo de mis padres. A veces dejaba volar mi imaginación y soñaba que dejaba a Paqui y nos fugábamos. En ocasiones, fantaseaba con que llamaba a la puerta, me encontraba sola en casa y me seducía, desvirgándome en mi propia cama, mientras me susurraba al oído lo mucho que me amaba y que no había otra mujer como yo. De lo que no cabía duda alguna era de que, para mí, no había otro hombre.

Estaba escribiendo en mi diario con la puerta entornada cuando, de repente, se abrió del todo y me sobresalté. Álvaro me miró, sonrió y me guiñó un ojo. Después, abrió la puerta del baño que estaba frente a mi habitación y se metió en él. El corazón se me aceleró y no paró de latirme con fuerza hasta que, al cabo de un par de minutos, salió del baño y entró en mi cuarto.

—¿Qué haces?

—Escribo en mi diario.

—El diario de una adolescente, lo que daría yo por leer uno. Seguro que hay muchas cosas morbosas escritas en sus páginas.

—En el mío no —mentí.

—¿Y no habrás escrito en él algo sobre mí? —Se acercó y me acarició el pelo.

—Puede.

—Me lo imaginaba. Algún día me leerás tu diario.

—Pues no sé cuándo...

—Buscaremos el momento apropiado para hacerlo, Cristina, te lo prometo. Buenas noches. —Dio media vuelta y se marchó.

Noelia solía llegar los viernes sobre las once aunque, en ocasiones, tentaba a la suerte volviendo más tarde. Solía decirme que gracias a ella, que iba echando el alquitrán, yo me encontraría con la carretera asfaltada. Aquel tira y afloja con mis padres le había costado más de un fin de semana sin salir, pero también, poco a poco, fue ganando minutos al reloj. Roberto, el chico con el que salía, me caía bien. Era simpático y bastante guapo. Mi hermana tenía buen gusto, aunque ella tampoco estaba mal. Sin ser de una belleza espectacular, tenía un gran atractivo, un cuerpo lleno de curvas, una melena castaña larga y cuidada, y grandes ojos azules. El resto de sus rasgos eran

finos y correctos, y sabía sacarle partido a lo que tenía, mucho más que algunas de sus amigas que, siendo más guapas que ella, se quejaban de no tener tanto éxito con los chicos como mi hermana.

Roberto y Noelia formaban una pareja un tanto peculiar, pues él era una torre con su metro noventa de estatura y mi hermana apenas pasaba del uno sesenta, lo que la obligaba a llevar tacones de vértigo, con los que, por otro lado, caminaba como si hubiera nacido con ellos puestos.

Hacía unos meses que me había confesado que ya no era virgen y me preguntó si yo aún lo era. No solíamos mantener esas conversaciones, pero cuando Noelia quería sacar un tema que le interesase, acostumbraba a utilizar la misma estrategia: preguntarme sobre algo para que, al hilo de mi respuesta, pudiese contarme lo que quería, sin parecer ansiosa por hacerlo. Mi hermana era así de complicada.

—Supongo que perderé la virginidad cuando salga con alguien que me guste mucho, pero si tuviera que entregarla hoy mismo, tengo mi candidato.

—¿Un cantante, un actor, un compañero de clase?

—Frío, frío.

—¿Un vecino?

—Templado...

—El hijo de los del tercero.

—¿Ese? ¡Estás loca, es un creído! Pero si se mira en el espejo del portal cada vez que entra y sale, y no hace más que repeinarse.

—Pues no sé quién podrá ser, estoy perdida.

—Álvaro.

—¿El marido de la *estirada*?

—El mismo.

—Tienes buen gusto, pero ¿no es un poquito mayor para ti?

—¿Cuántos años tendrá?

—Calculo que unos treinta y cinco. Te saca casi veinte años.

—Yo aparento más.

—Pero no quince más.

—Me da igual. Me gusta y creo que yo también a él.

—¿Y por qué piensas eso?

—Lo intuyo por cómo me mira.

—Eres casi una niña. En todo caso, se hubiera fijado en mí.

—¿Y por qué en ti? Te saco casi una cabeza, tengo más tetas que tú y me acaba de mirar el escote cuando ha llegado.

—Lo provocarías.

—Un poquito.

—Eres mala... Yo hoy también lo he sido. —Inclinó levemente la cabeza, en una actitud insinuante. Mi hermana siempre estaba provocando, le gustaba ensayar sus gestos, era casi una obsesión—. Los padres de Roberto se fueron a cenar con unos amigos. Le han dejado que montase una pequeña fiesta, aunque solo hasta las once. Menos da una piedra. Hemos hecho el amor en su cama. Ya tenía ganas de hacerlo en un sitio en condiciones, el coche es incómodo. Me ha gustado mucho.

—Me encantaría que mi primera vez fuese en una cama. En un coche debe ser incómodo.

—En un coche puedes hacer ciertas cosas, pero para perder la virginidad no es el lugar ideal. Yo lo hice en el de Roberto y no resultó como lo había soñado. Las mujeres necesitamos estar cómodas y relajadas para mantener relaciones sexuales y en el asiento trasero de un coche es imposible estarlo. Las demás veces han sido mejores. Lo tuyo lo veo difícil porque Álvaro no se va a complicar la vida con una menor, dado que se puede meter en un lío.

—Lo sé, es tan solo una fantasía. No tengo la más mínima esperanza de perderla con él, es un sueño, nada más. Pero hoy, cuando he abierto la puerta, he notado que me miraba de un modo en que no lo había hecho antes. Y no me digas que mi imaginación me está jugando malas pasadas, porque sé lo que he visto. Además, hace un rato, cuando ha ido al baño, se ha entretenido un minuto en hablar conmigo. Lo que me ha dicho ha sido muy revelador.

—¿Muy revelador?

—Me ha preguntado si escribo sobre él en mi diario y ha comentado que algún día se lo mostraré y que encontrará el momento apropiado para que lo haga.

—Vaya con Álvaro.

—No digas nada, por favor.

—¿Y a quién se lo voy a contar? ¿A Paqui? ¿A mamá? No soy idiota, Cristina. Prométeme que tendrás cuidado, hermanita. Sabes que nunca me he metido en tu vida, pero Álvaro no es un adolescente, es un hombre.

—Por eso me gusta tanto.

Copo movía el rabo y saltaba intentando cogerme la pelota. La tiré lejos y corrió a por ella. Lo hice varias veces hasta que, exhausto, se tumbó a mis pies. Le puse la correa y me acerqué a un banco donde estaban sentados mis amigos. Lo acariciaron, se sacudió, y una cortina de pelo blanco invadió el aire.

Al cabo de un rato vi aparecer a Noelia con su novio y les pedí que se llevaran el perro a casa. Necesitaba pasarme por el centro comercial para terminar las compras de Navidad. Hacía unos días había visto una pulsera para mi madre que me había gustado y no quería quedarme sin ella. Mi hermana accedió si a cambio elegía algo para mis padres de su parte y me encargaba de comprarlo. Chantajista...

De camino a casa me pitó un coche y me sorprendió descubrir que era Álvaro, que conducía despacio y casi pegado a la acera.

—¿Vas a casa? Te puedo llevar. Está empezando a llover. —Paró el coche y se inclinó para abrir la puerta.

—Gracias. Olvidé el paraguas.

—Y además vas cargada. Sube, te vas a empapar.

Cuando lo hice, me miró sin dejar de sonreír y me acarició el pelo. Me gustaba que Álvaro no fumase. Mi padre lo hacía y odiaba el olor que el tabaco dejaba en el coche y en toda la casa. Mi madre se pasaba el día echando ambientador y abriendo las ventanas. El aspecto que tenía el coche de Álvaro no se parecía al que ofrecía el Opel de mi padre: no había un solo papel en el suelo ni folletos de propaganda amontonados en la guantera, ni una sola colilla en los ceniceros, la tapicería estaba imaculada y el único olor que se apreciaba era el de su loción de afeitarse.

Quitó una mano del volante y la puso en mi pierna, sin disimulo alguno y sin dejar de mirar al frente. Me limité a observarlo mientras conducía y, al

cabo de unos segundos, coloqué la mía encima y acaricié la suya con la punta de mis dedos. Entonces me miró, sonrió y volvió a fijar la vista en la carretera. Antes de que llegásemos a casa, volvió a poner la mano en el volante.

—¿Cuándo me leerás tu diario?

—No hay nada interesante en él.

—El diario de una chica de dieciséis años siempre es interesante. Me dijiste el otro día que hablaba de mí.

—Alguna cosa escribí sobre ti.

—¿Por qué no has impedido que te tocara? —preguntó, cambiando de tema.

—Porque me ha gustado.

—Y a mí hacerlo. Quiero tocarte más. ¿Querrás que lo haga?

—Sí. —Sonreí nerviosa. Intenté parecer indiferente, pero él me inquietaba.

—Mañana Paqui se va al pueblo para cuidar de su madre, que está enferma. Yo trabajo el sábado y me quedo en Madrid. Pásate por mi casa a las cinco. ¿Lo harás?

—A las cinco en punto.

Aquel viernes saqué toda mi ropa del armario y me la probé una y otra vez. No encontraba lo que quería ponerme, hasta que mi hermana me aconsejó y me decidí al fin. Mentí diciendo que iba a quedar con un chico que me habían presentado la semana anterior, pues no me apetecía que me sermonease. Lo que iba a hacer era lo que deseaba y lo que podría ocurrir era lo que quería que sucediera, lo que soñé tantas veces tumbada en mi cama antes de dormirme. No necesitaba charlas ni consejos, solo que me orientase sobre qué camiseta y qué falda me sentaban mejor.

Mis padres se habían ido a comprar la cena de Navidad y Noelia se estaba vistiendo en la habitación. Me peiné con una coleta alta, me maquillé y me eché un perfume carísimo de mi madre que me encantaba. Busqué en la agenda del salón su teléfono y llamé a Álvaro para cerciorarme de que estaba en casa y no había olvidado nuestra cita. Me dijo que me esperaba. Consulté el reloj y comprobé que aún faltaba media hora. Inquieta, me pregunté cómo

podría matar aquel tiempo y dejé volar mi imaginación, algo que se me daba bien. Me vi entre sus brazos, fundiéndonos en un húmedo beso. De nuevo, en el cuarto de baño, busqué entre el maquillaje una barra de labios que no fuera demasiado untuosa. Quería que aquellos besos que tanto anhelaba fueran perfectos.

Me recibió sonriendo y me acompañó hasta el salón. Del mueble bar sacó dos vasos y me preguntó si quería tomar algo. Aunque luego comentó que no podía ofrecerme alcohol por ser menor, así que me dio a elegir entre refresco de cola o de naranja. Me pareció un contrasentido que recordase la edad que tenía para no ponerme una copa, cuando me había invitado a su casa para tocarme, tal y como me dijo en su coche días atrás. Para eso no importaba que yo solo tuviese dieciséis años.

Me pidió que me sentase en el sofá mientras se servía un *whisky* y me ponía mi refresco. Luego se acomodó a mi lado y comenzó a preguntarme cosas sobre el instituto, las amigas, los novios y mi diario. Le conté con una fingida desgana sobre todo aquello, hasta llegar a lo que escribía en él de vez en cuando. Me miró con interés y se acercó un poco más, poniendo su brazo alrededor de mi hombro. Estábamos tan cerca que sentí su aliento en mi cara.

—Cuando éramos pequeños, mi hermana también escribía en un diario. Tenía una pequeña llavecita y una cerradura diminuta, lo recuerdo bien. Lo escondía para que no lo encontrase, pero yo siempre daba con él. Un día me venció la curiosidad, rompí el cierre y lo leí. Ponía cosas de chicos, tonterías de uno y de otro, cursilerías de niñas y guardaba flores secas entre sus páginas, margaritas, si mal no recuerdo. Cuando las toqué, se deshicieron entre mis dedos. Menudo disgusto se llevó mi pobre hermana. La paliza que me dio mi madre por cotillear fue de aúpa, no se me olvidará en la vida. Con la zapatilla. Me puso el culo como un tomate.

—Yo también escribía cursilerías, pero cuando tenía diez o doce años. Ahora ya no escribo tonterías.

—No he querido decir que tú lo hagas, no me malinterpretes. —Llevó su otra mano a mi barbilla y me atrajo hacia él—. ¿Qué escribes de mí en tu diario, Cristina? Siento curiosidad.

—Cosas...

—¿Qué cosas? Me intrigas, no te hagas de rogar. —Me soltó y se apartó de nuevo. Me irritó que lo hiciera, pero intenté no aparentarlo.

Me gustó cómo olía su casa, a flores del campo, a fresco. Inspiré su perfume y me sosegué, pues empezaba a inquietarme. Deseé que no hubiera soltado mi cara y que me hubiese besado por fin. La conversación me desesperaba, los preámbulos me estaban haciendo perder los nervios, su sonrisa me llenaba de desazón.

—Te comparo con los chicos que conozco.

—¿Y...? Comparar a un hombre de treinta y tres años con críos de dieciséis, ¿en qué sentido? —preguntó, poniendo un gesto de sincero interés.

—Solo he besado a chicos de esa edad. Me preguntaba cómo besaría un hombre mayor.

—¿Mayor? ¡No soy tan mayor! ¿Y te gusta cómo besan los chicos de dieciséis?

—Depende del chico, algunos sí y otros no. No me gustan los que te chupan los labios como si te los estuvieran pintando, ni los que te pasan la lengua por dentro de la boca con tanto detenimiento que parecen que te van a quitar un empaste. Es asqueroso.

—Y entonces, ¿cómo te gusta más? —Llevó de nuevo su mano a la barbilla como si le intrigase mi respuesta.

—Me gusta que sean suaves, dulces, que te besen y te hagan sentir especial. —Me fijé en sus labios, perfectamente perfilados y sensuales. Pensé en cómo sabrían, en qué sentiría al morderlos. Me ruboricé.

—¿Te han besado así alguna vez? —Se acercó tanto que creí que iba a hacerlo.

—Me han gustado algunos besos, pero nunca he sentido mariposas en el estómago. Mi hermana dice que aletean cuando besa a su novio y algunas amigas también. Yo jamás he tenido esa sensación.

—¿Querías averiguar cómo besa un hombre de treinta y tres años? ¿Crees que si te besara yo las mariposas revolotearían en tu interior? —preguntó acercándose tanto que sus labios casi acariciaron los míos.

—Sí —contesté sin dudar.

—Pues tendrás que esperar.

Volvió a alejarse y sonrió. Un minuto después se levantó, me pidió que lo acompañase y me llevó a su dormitorio. La cama me pareció enorme. Era mucho más grande que la de mis padres y tenía un dosel con una tela de gasa blanca. Estaba cubierta con una colcha de piqué, también blanca, y varios cojines de diferentes formas y tamaños, dispuestos con estudiado desorden y de un blanco impoluto, como el resto de la habitación. La cama de una princesa de cuento de hadas. Ni un cuadro, ni un marco con una foto, ni un adorno en las dos mesillas de los lados, tan solo dos lamparitas antiguas con tulipas, blancas, cómo no. Una habitación más propia de revista de decoración, tan pulcra y tan perfecta, que daba pena dormir en ella. Parecía una estancia de adorno, un dormitorio cuya cama nunca había sido deshecha, en el que nadie dormía, en el que nadie hacía el amor.

Me pidió que me tumbase en ella y obedecí. Se quitó la camisa y la dobló con cuidado, dejándola encima de un pequeño sillón orejero situado a los pies de la cama. Se acercó y se sentó a mi lado, observándome sin decir una sola palabra. Pude ver su torso desnudo y sin vello, y sus abdominales marcados como los de un nadador profesional. Me gustó tanto su cuerpo como sus ojos verdes, hipnotizantes como los de un gato. Quise incorporarme para acariciarlo, aunque no me adelanté a sus movimientos. Me desabrochó la blusa, dejando el sujetador al descubierto, me quitó los zapatos y los puso en el suelo. Luego me subió la falda, me bajó las medias y las bragas, me abrió las piernas ligeramente y me pidió que cerrase los ojos. Comenzó a acariciarme con extrema suavidad, de modo casi imperceptible, con la punta de los dedos por la frente, tanto que me pareció que lo estaba haciendo con una pluma. Los ojos, la boca, el cuello... Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y el vello se me erizó. Siguió por mis pechos, ahuecando el sujetador y tocándome los pezones, que se me habían puesto erectos al contacto de sus dedos. Bajó hasta mi vientre, recreándose en mi ombligo, e hizo que me estremeciera de nuevo. Siguió por el interior de los muslos y llegó hasta los pies. En ese momento comenzó a lamerme los pulgares muy despacio, pasando la punta de la lengua por el resto de los dedos. Fue entonces cuando me incorporé y abrí los ojos, para ver cómo se los llevaba a la boca, deseando que no acabase nunca, deseando a la vez que me tomara, que se perdiese

dentro de mí. Pero no lo hizo...

—Has hecho trampa, te dije que no abrieses los ojos. Vístete —me ordenó. Cogió su camisa y se la puso sin mirarme.

—¿He hecho algo malo? ¿Te has enfadado porque los he abierto? — pregunté, perpleja y confundida.

—No has hecho nada malo. Y no, no me he enfadado. Simplemente, has mirado, sucumbiste a la curiosidad y mereces que te castigue por ello. Ahora quiero que te vistas y te vayas a casa.

—Pero creí...

—Que iba a hacerte el amor. —Me miró de arriba abajo con indiferencia e hizo que me sintiera como una niña. Aquello no me gustó.

—O, al menos, que ibas a besarme.

—No te voy a besar, no voy a seguir acariciándote y no te voy a desvirgar hoy, porque supongo que eres virgen. No me contestes si no quieres.

—Lo soy.

—Te dije que te iba a tocar, ¿recuerdas? Y eso es lo que he hecho. Esperabas más, lo sé.

—Lo esperaba todo.

—¿Todo lo que escribiste en tu diario? Cuéntame lo que fantaseabas que ocurriría de estar solos tú y yo, como ahora. Todo.

Volvió a sentarse a mi lado y me ayudó a abrocharme la blusa. Continuaba sorprendida porque no había pasado nada de lo que me imaginaba, pero había comenzado a relajarme.

—Soñaba que nos encontraríamos aquí o tal vez en mi casa. Me besabas, me llevabas al dormitorio y me desnudabas sin prisa. Te arrodillabas y besabas mi vientre y más abajo...

—Tu sexo.

—Mi sexo.

—¿Lo abría, tal vez...?

—Sí, lo hacías.

—Lo lamía y perdía mi lengua en él.

—Lo hacías.

—Me pedías que te hiciera disfrutar.

—Te lo pedía.

—Gemías y me acariciabas el pelo mientras te llevaba al orgasmo.

—Gemía como hago en mi casa, en mi cama, sola, por las noches, tapándome la boca con la almohada, para que Noelia no me oiga.

—¿Y después...? Cuando terminabas, ¿qué hacías?

—Te pedía que me hicieras el amor.

—¿Con esas palabras?

—No.

—¿Qué me dices? ¿Cómo me lo pides? —Sonrió mientras me ayudaba a ponerme las bragas.

—Te pido que me folles.

—¿Cómo podrías pedírmelo también?

—Te pido que me la claves.

—Más... ¿De qué otro modo?

—Que me la hundas hasta el fondo.

—Mejor aún, me suplicas... de un modo menos vulgar, más sutil, más sensual...

—Te lo suplico... Te suplico que me poseas.

—Estupendo. Bendita imaginación. Una sobrina de mi mujer tiene tu misma edad. Nunca imaginé que una chiquilla de dieciséis años pudiera ser tan lasciva. —Cogió las medias y me las dio—. Póntelas tú, me temo que podría rompértelas. Mi sobrina lleva uniforme. Una cría con faldita plisada azul marino, camisa blanca, mocasines y medias azules. No, no soy capaz de imaginármela pidiéndole a su novio que se la clave, con esas palabras y esa carita tan angelical.

—¿Y a mí sí me imaginabas? —Comenzó a molestarme que me comparase con su sobrina.

—A ti, con sinceridad, siempre te he imaginado de rodillas frente a mí.

—¿Y cómo te lo hacía?

De repente, sonreí y se me pasó el malestar que me había causado su comparación. Supe entonces que no lo hacía para provocarme, sino que me estaba regalando un cumplido. Me estaba halagando, a su manera.

—De miedo, Cristina, de miedo.

Mi padre había abierto ambas alas de la mesa del salón y apenas quedaba espacio para podernos sentar con comodidad. Cada vez que tenía que hacer esto cuando venían invitados, despotricaba sobre por qué habían comprado aquella mesa tan grande, si apenas nos cabía abierta en el salón de casa, cuyas dimensiones eran bastante reducidas. Mi madre le recordaba que se pasaron semanas visitando tiendas de muebles antes de comprar aquel armatoste y que él había ido a todos esos comercios con el metro en la mano. Entonces, mi padre agachaba la cabeza, refunfuñaba, buscaba en el cajón del mueble el mantel blanco bordado que usaban para ocasiones especiales y ayudaba a poner la mesa. Mi madre cogía una cerveza de la nevera, se la servía acompañada de unas olivas y se sentaba con él un rato, hasta que volvía a sonreír. Al segundo trago olvidaba el tamaño de la mesa y del salón e incluso bromeaba sobre la tremenda estupidez que habían hecho al comprarla. Diez centímetros menos hubieran sido suficientes para que encajase holgadamente, tan solo diez centímetros.

En la vida, a veces, todo se reduce a diez centímetros, a no haber dicho no a tiempo, a no cruzar la línea, a no pasar por una calle en un preciso momento, a no sonreír a alguien, a no sostener una mirada, a no aceptar una invitación, a no coquetear con un compañero de trabajo, a no sucumbir a la tentación. En la vida, a veces, los grandes cambios se producen por detalles muy pequeños, incluso insignificantes. Pero son precisamente esos detalles los que nos la cambian por completo. En esa ocasión, un hecho, uno solo, hizo que la mía cambiara.

La madre de Paqui había sido ingresada en el hospital. Según los doctores, permanecería las Navidades allí. Por ese motivo, decidió quedarse a acompañarla. Álvaro había insistido en hacerlo también, pero su mujer no quería que ambos pasaran aquellas fechas tan señaladas en una triste habitación de hospital.

Toda la familia de Álvaro vivía fuera de Madrid y mis padres los habían invitado a celebrar la Nochebuena con nosotros. La idea era que

Álvaro recogiera a su suegra del pueblo y Paqui ayudase a mi madre a preparar la cena y disfrutáramos de unas Navidades especiales, como las que mis padres recordaban de cuando eran pequeños, en las que lo poco que se tenía se compartía con los vecinos. Ellos dos apenas tenían familia y solían festejarla con la madre de Paqui, que era viuda. Aquel año la cosa se complicó.

Trajimos más sillas de la cocina y las dispusimos en torno a la mesa, mientras mi padre colocaba la vajilla y Noelia ponía un gran centro de velas que mi madre había hecho ese año en el taller de manualidades. Había descubierto su vocación artística a través de la asociación de amas de casa. Nunca paraba quieta, siempre debía tener algo entre manos para distraerse. Mi padre decía que era como una lagartija, en todos los sentidos. Cuando la llamaba así, ambos sonreían y ella le acariciaba la cara. Mi hermana y yo intuíamos por qué lo hacía.

Mi abuela Teresa ayudaba a mi madre en la cocina. Desmoldaban un flan de huevo que habían hecho para postre. Mi abuelo tomaba moscatel sentado frente a la televisión, esperando a que emitieran el discurso del Rey. En aquel momento llamaron a la puerta. Eché a correr para abrir, adelantándome a mi hermana, que me miró extrañada.

Álvaro llevaba un abrigo gris marengo y una bufanda de rayas en tonos grises por los hombros. Se había engominado el pelo y se lo había peinado hacia atrás, lo que le daba un aspecto bohemio e intelectual. Me recordaba a mi profesor de francés que también me atraía, pero no tanto como él. Traía una bolsa de papel en la mano, de la que asomaba una botella. Me sonrió y me ruboricé. Desde aquel viernes en su casa no había vuelto a verlo. Cuando me enteré de que venía a cenar con nosotros, me puse nerviosa y anduve revolviendo el armario buscando qué vestido ponerme, como el día en que fui a su casa. Todavía recordaba sus caricias y nuestra conversación. Me dijo que quería tocarme y lo había hecho, pero nada más. Yo lo esperaba todo, como le dije, pero Álvaro se había limitado a jugar conmigo de un modo sensual. Había conseguido que naciese en mí un deseo tal que, desde aquel día, no había logrado quitármelo de la cabeza.

—Espero no haberme retrasado demasiado. Me he entretenido

hablando con Paquita. Su madre está peor —se disculpó con mi padre, mientras se estrechaban la mano y se quitaba el abrigo, dándomelo para que lo colgase en el armario del recibidor.

—Cuánto lo siento. Tranquilo, cenaremos algo más tarde, todavía no ha terminado el discurso del Rey. Angelines está con su madre en la cocina, terminando de preparar los canapés. —Le sirvió una copa y llenó la de mi abuelo de nuevo.

—«Me llena de orgullo y satisfacción...», visto uno, los has visto todos. Voy a saludarlas. —Álvaro sonrió y me miró de reojo.

—Nos lo sabemos de memoria.

—Por cierto, he traído cava. Lo había comprado Paqui para brindar tras la cena. Los catalanes no podemos hacerlo con otra cosa.

—Nos lo tomaremos a vuestra salud y a la de tu suegra. Dáselo a mi mujer y que lo deje en la terraza para que se conserve frío.

Regresé a mi habitación y me miré en el espejo. Noelia se pintaba la raya de los ojos de azul celeste. Mis ojos son verdes, como los de mi padre, en cambio ella había sacado los de mi abuelo paterno, que eran de un azul intenso. Llamaban la atención. Era en lo único en que me había ganado en el reparto genético, le recordaba cuando le daba por decirme que sus ojos eran más bonitos que los míos. Noelia no llegaba al uno sesenta y yo medía un metro setenta y dos. «Si te pones chula, te daré un capón», bromeaba con mi hermana cuando hablábamos de nuestro aspecto físico. Era esbelta y grácil y la falta de altura, como solía decir, la podía suplir con unos buenos tacones. Yo tampoco estaba nada mal y lo sabía porque los hombres se me quedaban mirando cuando pasaba por su lado y se detenían en mi escote, dado que poseía unos pechos redondos y generosos. Y una vez que se habían detenido lo suficiente en ellos, alzaban la vista y descubrían a una joven agraciada, de larga melena castaña y grandes ojos verdes.

Los chicos de mi edad no me atraían y me era indiferente que se fijaran en mí o no, ya que prefería a los hombres maduros. Disfrutaba con sus miradas. La mayoría de mis compañeros de clase todavía no habían madurado sexualmente y les sacaba altura, por lo que no tenía ningún aliciente salir con alguno de ellos, y con los que eran mayores que yo no había tenido mucha

suerte.

En una ocasión salí con un chico de la pandilla de mi hermana que me sacaba tres años, pero no me gustó cómo besaba. Era del tipo *dentista*, como le había contado aquel día a Álvaro, de esos que te buscan las caries dentro de la boca con su lengua. No aguanté con él ni dos semanas. En cuanto quiso meterme mano, lo mandé a paseo.

—Está muy guapo. —Noelia me miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—No lo está, lo es —la corregí.

—Es, simplemente, perfecto. Tiene los rasgos de un busto griego, de esos que están expuestos en los museos. Hasta el pelo lo tiene igual, ligeramente ondulado. Una vez, en el instituto, nos llevaron a un museo y vi una estatua igualita a él.

—¿A ti también te gusta?

—¿Bromeas? ¿A qué mujer no le gustaría Álvaro?

—Hace unos días estuve en su casa.

—El día en que sacaste todos los modelitos del armario y me pediste consejo, imagino.

—Ese día. Y no pasó nada. —No pude evitar poner cara de decepción al recordarlo.

—¿Te invitó a su casa y no ocurrió nada?

—Estuvimos charlando, nada más. Yo deseaba que pasara todo, pero no sucedió absolutamente nada.

—¡Qué chasco!

—Me dijo que tendría que esperar. Se limitó a acariciarme. Fue sensual, pero no sexual. ¿Me explico?

—A la perfección. —Noelia me observó a través del espejo mientras terminaba de pintarse.

—Le dije que nunca había sentido mariposas en el estómago al besar a un chico ni al acariciarlo, como tú cuando besas a Roberto. Creo que quiere que las sienta con él cuando me bese por primera vez.

—Pero han pasado varios días desde aquello y no has vuelto a verlo a solas.

—No habrá encontrado el momento.

—O tal vez quiera ser malo contigo. Se hace de rogar porque te vio impaciente.

En ese momento mi madre entró en la habitación, anunciando que la cena estaba ya en la mesa. Mis padres tenían su lugar fijo en la mesa, pero los demás nos sentábamos donde nos apetecía. Aquella noche pude ponerme al lado de Álvaro. Apenas participé en la conversación, aunque todos charlaban animadamente. Estaba inquieta y, de vez en cuando, lo miraba de reojo. En más de una ocasión nos rozamos por debajo de la mesa, sin que nadie se percatase de ello, ni siquiera mi hermana, a pesar de que no nos quitaba el ojo de encima.

Cuando terminamos con el asado, mi madre trajo aquel flan tan brillante, apetecible y tembloroso, y comenzó a servirlo. Cuando cogí mi plato, Álvaro se dio cuenta de lo nerviosa que estaba y me ayudó a dejarlo en la mesa. Mientras lo hacía, rozó mi mano y un escalofrío recorrió mi espalda.

Acabamos de cenar, recogimos la mesa y los hombres se sirvieron una copa. Noelia y yo ayudamos a limpiar la cocina y después nos sentamos todos en el sofá, alrededor de una bandeja repleta de dulces navideños. En la televisión emitían el típico programa de Nochebuena, con soporíferas actuaciones musicales, cuando sonó el teléfono. Mi padre llamó a Álvaro para que se pusiera, pues era Paqui la que estaba al otro lado del hilo telefónico, y llamaba para preguntar qué tal lo estábamos pasando. Tras unos minutos, lo oí despedirse con un «te quiero» que martilleó en mis oídos como si de una traca de fin de fiestas se tratase.

—Las enfermeras acaban de pasar con bandejas de turrón y polvorones. Mi suegra está mejor. Paqui os manda recuerdos.

—Está muy apegada a su madre. Debe estar pasándolo mal —comentó la mía.

—Son uña y carne. Es hija única y eso se nota. Le hemos dicho que deje el pueblo y se venga a vivir a Madrid, pero mi suegra es muy cabezota, casi tanto como Paqui. En parte lo entiendo, porque allí tiene a sus amigas y a algunos parientes. Dice que no se le ha perdido nada aquí y eso a mi mujer le crisca. Siempre le recrimina, «mamá, aquí tienes a tu hija y a tu yerno, ¿te parece poco motivo para venir a pasar una temporada a Madrid?».

—A esas edades, dejar aquello a lo que se está acostumbrado es muy duro. Las personas mayores llevan mal los cambios. Además, trabajáis los dos. Se pasaría la mayor parte del tiempo sola. —Mi madre rebuscó en la bandeja y se llevó un mazapán a la boca.

—Tienes razón, pero mira ahora dónde está Paqui en Navidad. Conforme transcurra el tiempo, su madre empeorará y es mejor que esté cerca de nosotros. Nochebuena, mi mujer cuidando de su madre en el hospital y yo aquí. Entendedme, estoy disfrutando pero, en parte, me siento culpable por no estar con ella o, al menos, pasar un rato a su lado, aunque luego me fuese a casa a dormir. Si mi suegra viviese en Madrid, podría haber cenado con mi mujer y después irme.

—Ya es cansado estar en el hospital, como para tener que quedarse dos personas con un enfermo. Paqui ha hecho bien en no dejar que la acompañes —comentó mi padre mientras le servía otra copa—. Cristina, trae más hielo, por favor.

Copo estaba tumbado en el recibidor, en su cojín. Entreabrió los ojos y movió el rabo. Cuando salí de la cocina se levantó, se desperezó y dio un gran bostezo. Se acercó al mueble donde teníamos su correa y me miró.

—Papá, me parece que Copo quiere salir.

—Lo he sacado antes de cenar.

—Es que lo sueles sacar a las diez y hoy lo has hecho a las ocho —le recriminó mi madre—. Y luego le has dado agua. Mira que te tengo dicho que no le des de beber tan tarde.

—Lo puedo sacar yo, si queréis. Me da pena, tiene muchas ganas de salir —sugerí.

—No me gusta que bajes sola a estas horas, que te acompañe tu hermana. —Mi madre miró a papá, que se hizo el remolón cogiendo un par de hielos de la cubitera.

—Noelia estará hablando por teléfono con Roberto, como de costumbre. No querrá hacerlo, nunca lo saca.

—Yo te acompaño —comentó Álvaro, mientras se levantaba del sofá—. Tu madre tiene razón, ya es tarde y no son horas para que vayas por ahí sola con el perro.

—Me haces un favor, porque no me apetece salir ahora con la que está cayendo —se justificó mi padre.

—Pero si no hace malo, al contrario, hace una noche para pasear. Cristina, ¿me traes el abrigo, por favor?

Llevamos a Copo hasta el pequeño parque que había detrás de nuestra casa y lo dejé suelto. Álvaro me cogió la mano y me sorprendió aquel gesto. Lo hizo con suavidad, acariciando mis dedos con los suyos, dibujando círculos en ella. Mientras el perro olisqueaba de acá para allá, nos sentamos en un banco. Me miró y rompió por fin aquel silencio incómodo.

—Tu madre cocina fenomenal. Estaba todo delicioso.

—Sí, muy rico. Es una gran cocinera. Me gustaría que probases su paella y su cocido. Para chuparse los dedos. —Me coloqué la bufanda y me tapé la boca con ella. Hacía mucho frío y me castañeteaban los dientes.

—Me ha encantado el flan casero y eso que no me gusta el dulce. Estaba exquisito. Por cierto, tú temblabas igual que él. Temí que se te fuera a caer el plato cuando lo has cogido.

—Me intimidas y me pones nerviosa. Desde el otro día, cuando estuve en tu casa, no sé qué pensar de ti.

—¿Y qué se supone que deberías pensar de mí?

—Cuando me invitaste a tu casa, creí que iba a haber algo más. Me llevaste a tu cama, me desnudaste casi por completo y me acariciaste. Besaste mis pies. Y de repente, me dices que me vista y que me vaya.

—Te pedí que mantuvieras los ojos cerrados y desobedeciste.

—Sentí curiosidad. Me resultó excitante que me los lamieras y quise mirar cómo lo hacías.

—Desobedeciste, Cristina.

—¿Así que eso es lo que pasó? ¿Todo se reduce a que no acepté tu regla? Porque eso era lo de tener los ojos cerrados, una regla que no acaté.

—Una regla, un juego, algo que te pedí, llámalo X. Te lo pedí y no lo hiciste.

—No me lo pediste, me lo exigiste. Abrí los ojos y me dijiste que te había desobedecido. No era una regla ni un juego. Era una orden.

—El próximo viernes quiero que vengas a casa. A las cinco en punto.

—¿Es otra orden?

—Lo es.

—¿Y qué me harás? ¿Volverás a pedirme que me tumbe, volverás a ordenarme que cierre los ojos, volverás a lamirme los pies?

—El viernes, a las cinco en punto. —Se levantó y me pidió que llamase al perro. Silbé y vino corriendo. Le puse la correa y regresamos a casa.

Aquel viernes, a las cinco, puntual como un reloj, llegué a su casa. Llevaba puesto un albornoz y tenía el cabello empapado, como si acabase de salir de la ducha. En el salón me esperaba una Coca-Cola y un vaso. A su lado, una botella de *whisky* y una cubitera con hielo. Me la bebí deprisa, con la esperanza de que aquellos preliminares no se alargasen en exceso. Álvaro, por el contrario, bebió despacio, observándome, deleitándose con cada trago, saboreando mi impaciencia.

—Has venido a las cinco en punto.

Aquella era la primera frase que pronunció. No me había saludado cuando entré, me había pedido que me sentara con un simple gesto de su mano y me había traído una bebida sin preguntar siquiera si deseaba tomar algo.

—Me dijiste que fuese puntual.

—Y has obedecido.

—La otra vez no lo hice, abrí los ojos y me mandaste a casa. Temí que, si me retrasaba un minuto, no fueras a abrirme la puerta.

—Aprendes rápido.

—Tengo un buen maestro. ¿Paqui sigue en el pueblo?

—Y estará ahí una buena temporada. Su madre continúa ingresada. Mañana voy para allá y me quedaré hasta el domingo por la tarde con ella.

—¿Se está muriendo tu suegra?

—Me temo que sí. Es cuestión de tiempo. Nunca gozó de buena salud.

—Si falleciera mi madre, me moriría. La quiero muchísimo.

—Si se muriese tu madre, sobrevivirías, es lo que harías, Cris. Sobrevivir. Todos somos supervivientes de nuestra propia vida. Hay que

llevarlo lo mejor que se puede. Te sorprendería descubrir de lo que eres capaz y lo que podrías llegar a aguantar.

—Yo no quiero saberlo, no quiero sufrir.

—Nadie quiere, pero todos lo hacemos. Dejemos de hablar de la muerte, quiero algo de ti. Ven, hoy no voy a exigirte.

Me tendió la mano, sonrió y me llevó al dormitorio. Hizo que me sentase en la cama y acercó el sillón, se acomodó en él, sin dejar de observarme. El albornoz se le ahuecó ligeramente y pude ver su pecho desnudo. Recordé las miradas de los hombres a mi escote cuando paseaba y llevaba la blusa entreabierta, con simulado descuido. En aquel momento, con mis ojos fijos en su torso, entendí la excitación que provocaba en ellos descubrir el borde de mi sujetador de encaje y que fantasearan sobre lo que escondía debajo.

—Hoy me exigirás tú. Pídeme lo que quieras, cualquier cosa. Hoy tú pones las reglas. Quiero hacerte olvidar que algún día tendrás que sobrevivir.

¿Qué podía exigir una adolescente a un hombre de treinta y tres años que podría ser su padre? ¿Qué podía pedirle? Le tenía ahí, sentado frente a mí, pidiéndome que le exigiese, diciéndome que le podía pedir cualquier cosa.

Había descrito momentos como aquel en mi diario y escenas que parecían propias de una película de adultos de las que veían mis padres los fines de semana en la intimidad. No me imaginaba besos dulces con Álvaro, sino que me poseía a la fuerza, tirándome en la cama, o que me lo hacía encima de la mesa, que me cogía por detrás y me agarraba del pelo, que me arrancaba los botones de la blusa.

Y ahí estaba yo, sentada en aquella cama de cuento de hadas con dosel incluido, en aquella cama en la que parecía que nunca había dormido nadie, que nadie había gozado entre sus sábanas, frente al que me parecía el hombre más atractivo del mundo, sorprendida, asustada y excitada a la vez, sin saber qué exigirle ni qué obligarle a hacer. Me acababa de decir que, esta vez, yo ponía las reglas, y no tenía ni la menor idea de a qué quería jugar. Le tenía a mi merced como siempre había soñado y estaba paralizada.

—No sé qué pedirte.

—Con lo imaginativa que tú eres. Piensa en algo que hayas escrito en

tu diario, en lo primero que se te ocurra. Algo que hayas deseado íntimamente sobre los dos. Piensa, Cris, el reloj corre, tic, tac, tic, tac...

—¿Ya me estás echando otra vez? ¿Has puesto el cronómetro en marcha?

—Esto es un juego, tu juego, si no quieres jugar... Habrá que poner un límite, marcar un tiempo de espera, una limitación temporal a tus exigencias.

—Desnúdate —le dije al fin.

—Así me gusta.

Se levantó, se desató el cinturón del albornoz y se lo quitó, dejándolo caer al suelo y quedándose de pie ante mí, mientras observaba con deleite cómo lo miraba embelesada de arriba abajo. Nunca había tenido a un hombre desnudo frente a mí. Tan solo los había visto en las películas de mis padres, aquellas que mi hermana y yo curioseábamos cuando ellos se marchaban y que cogíamos de debajo de las toallas de su cómoda, donde las escondían. No hay rincón inaccesible para dos adolescentes en plena ebullición hormonal.

Tenía los músculos marcados y definidos y su abdomen parecía una tabla, nada parecido a la curva de la felicidad de la que se enorgullecía mi padre. Solo tenía algo de vello en las piernas y en los brazos, de un castaño claro. Detuve la vista en su pene, que le caía relajado entre las piernas. En aquel estado me pareció de muy buen tamaño.

—¿Puedo?

—¿Que si puedes qué? —Sonrió y continuó quieto, inmóvil frente a mí.

—Acariciar tu...

—Es tu juego. Haz lo que quieras y pide lo que te dé la gana. Tic, tac, tic, tac, tic, tac...

—Tu ironía me exaspera. ¡Para ya, es mi juego! —le ordené.

—Eso es, Cris, eso es, domina, pide, manda. Hoy las riendas las llevas tú. La próxima vez las cogeré yo. Aprovecha tu momento.

Acaricié su sexo con suavidad, observando cómo iba creciendo entre mis manos. Era grande, como las de las películas. Comencé a masturbarlo como había visto hacer en ellas y empezó a jadear. Al cabo de unos minutos paré y me tumbé en la cama, pidiéndole que me besara. Era mi juego, como él

me había recordado con insistencia.

—Primero en los labios, pero no quiero que hundas tu lengua en mi boca. Bésame suave, despacito, apenas rozando los míos y luego continúa por los ojos, la cara, el cuello... Desnúdame y cúbreme de besos de arriba abajo y después bésame los pies y lámemelos, como hiciste el otro día. Me gustó mucho.

—¿Y ahora qué más quieres? —me preguntó cuando le pedí que se incorporase y se sentase a mi lado.

—Ahora, Álvaro, voy a vestirme y esta vez seré yo la que se vaya a casa. No me pedirás tú que lo haga como el otro día. Tic, tac, tic, tac. Por hoy el juego ha terminado.

—¿Todo lo que imaginabas se ha reducido a que te cubra de besos y a que te lama los pies? —preguntó sorprendido, pero con una sonrisa en los labios.

—El otro día me disgustó que jugaras así conmigo. Si quieres jugar, juega de veras. ¿No dices que el próximo día serás tú el que ponga las reglas? Pues hazlo. Juega.

Me vestí y me fui a casa.

Tras las Navidades, comenzaron de nuevo las clases. La madre de Paqui experimentó una ligera mejoría y decidieron contratar a una enfermera para que ella pudiese volver a Madrid cada dos fines de semana y descansara. Los sábados que Álvaro no trabajaba y ella estaba fuera, los pasaba con su mujer para hacerle compañía, y todos los viernes nos veíamos en su casa.

El primero después de las fiestas, de los muchos que vinieron durante los meses en que permaneció su suegra enferma, me sorprendió con una cena. Llegué a su casa con la esperanza de que ese viernes fuese por fin el día en que me poseyera. Por ese motivo escogí un vestido negro que me compré para celebrar la llegada del nuevo año y el conjunto de lencería que me habían regalado por mi dieciséis cumpleaños. Mentí a mis padres diciendo que iba a casa de una amiga y me ordenaron regresar a las diez. Les pedí a Laura y a Susana que me encubrieran y aceptaron de buen grado, dado que yo les había cubierto las espaldas en más de una ocasión.

Álvaro me ayudó a quitarme el abrigo y, cuando vio mi vestido, me dijo que estaba espectacular. Me ruboricé y sonreí, dándole un beso en la mejilla, igual que se lo hubiera dado a mi padre ante tal cumplido. Se sorprendió por mi pueril reacción y me sonrió abiertamente.

—No sé por qué reaccionas así. Estás increíble y no podía dejar de decírtelo.

—Lo hago de este modo porque me gusta que me lo digas y me encanta gustarte, pero también porque sigues intimidándome. Es una sonrisa nerviosa.
—Lo miré a los ojos e intenté relajarme.

—No quiero causarte inquietud, Cristina. Deseo que te encuentres cómoda a mi lado. Este vestido te hace mayor y te sienta bien. Estás preciosa, de veras. Y por eso tengo que decírtelo.

—Gracias.

—Quítatelo —me pidió en tono serio y autoritario.

—¿Qué? —pregunté extrañada. «¿Tan pronto...?», pensé. No me esperaba aquello.

—Que te desnudes. Cenaremos sin ropa.

—¿Tú también te vas a desnudar?

—No, me vas a desnudar tú. Esta es mi primera petición de la noche. Quítate la ropa y déjala en el sofá. Y cuando lo hayas hecho, desnúdame —me exigió con naturalidad.

Obedecí y me gustó complacerle. No era una exigencia difícil de cumplir y no me produjo desasosiego alguno, tan solo sorpresa. Me resultó una petición curiosa y me pareció que sería excitante cenar en su casa desnuda y ver que él también lo estaba. Incluso pensé que me divertiría.

Había adornado la mesa del salón con velas y había dispuesto unas cuantas en el mueble y en la mesita pequeña, creando un ambiente sensual y agradable. Se había tomado muchas molestias para hacer de aquella velada algo inolvidable.

A la tenue luz de las velas me desnudé despacio, recreándome, sin pudor alguno, mirándolo a los ojos, como si lo hubiera hecho ante él miles de veces. Me contempló mientras lo hacía, sentado en el sofá, con ambos brazos cruzados detrás de su cabeza, relajado y disfrutando de la visión de mi

desnudez. Me quedé delante de él, inmóvil y sonriendo. Me observó con atención, mirándome a los ojos, parando la vista en mis labios, bajando hasta mis pechos y deteniéndose unos instantes en mi sexo. Volvió a acariciar mi cuerpo con su mirada y, por fin, habló.

—Ahora, desnúdame. —Se levantó y se quitó los zapatos y los calcetines—. No me gusta dejarme el calzado y los calcetines puestos. Me siento ridículo.

—No queda muy bien, tienes razón. —Sonreí y empecé a desabrocharle la camisa. No llevaba camiseta, al contrario que mi padre—. Me gusta tu pecho y tu estómago, no tienes tripa, tu vientre es firme.

—Horas de gimnasio y buenos genes —comentó con orgullo y una sonrisa de oreja a oreja.

—Eres un engreído. —Toqué aquellos marcados abdominales y los acaricié con delicadeza.

—Tal vez... Ahora, los pantalones y el bóxer.

Hizo una mueca divertida y consiguió que me riese. Enseguida percibí que aquel juego lo había puesto nervioso. Los desabroché y se los bajé, poniéndome de rodillas, con mi cara a la altura de su sexo.

—Estás excitado.

—En los hombres la excitación es evidente, no podemos ocultar que deseamos a una mujer. ¿Te gusta lo que ves?

—Me encanta. —Me levanté y me quedé a escasos milímetros de él. Su sexo rozaba mi piel.

—Siéntate a la mesa. Traeré la cena. —Se apartó de mí y supe que no iba a besarme todavía, por mucho que yo le provocase.

—Te ayudaré.

—Eres mi invitada, siéntate —insistió.

Me demostró que era un gran cocinero. De primero, lubina al horno con una guarnición de verduras al vapor, y de postre un pastel de plátano que estaba exquisito. Me gustó tanto que repetí. La cena fue agradable y conversamos de un modo distendido, a pesar de lo peculiar de la situación.

No me sentí desnuda en ningún momento y, al cabo de un rato, olvidé que él también lo estaba. Me trató como a una persona adulta y no tuve la

sensación de que había venido a su casa dispuesta a ser seducida, aunque yo necesitaba que lo hiciera. No me dejó recoger y me pidió que esperase sentada en el sofá. Al cabo de unos minutos regresó con una bandeja, un par de tazas y unas jarras con leche y café.

—Ni siquiera sé si te gusta solo o con leche, o si prefieres cacao. Ni te he preguntado.

—Me gusta el café. Con poca leche, por favor. Y sacarina.

—Lo recordaré para la próxima vez. ¿Tienes frío?

—No.

—Me ha parecido que temblabas. La calefacción está muy alta, pero tal vez...

—No estoy temblando de frío.

—Es por el «qué pasará ahora», después de tomarnos el café.

—Sí, es por eso. —Cogí la taza y la mantuve entre mis manos, calentándome con ella.

—Llevas esperando ese «qué pasará» tres semanas.

—Veo que ambos llevamos la cuenta. Me dijiste que esta vez exigirías tú. Tu juego y tus reglas.

—Estoy dispuesto a dejar que seas tú quien las imponga hoy, si lo deseas.

—No, gracias. Quiero obedecerte, he venido sabiendo que eso era lo que iba a hacer y deseo hacerlo.

—Entonces, vamos al dormitorio.

Tampoco en aquella ocasión sucedió lo que tanto ansiaba. Jugó conmigo y recorrió con su lengua cada centímetro de mi piel, proporcionándome un placer inmenso, pero no dejó que lo tocara. A pesar de que disfrutaba a su lado, mi desesperación iba en aumento conforme pasaban los días. Lo imaginaba en esa cama dándole a su mujer lo que a mí se negaba a entregarme y aquella sensación de angustia se escapaba a mi control. No entendía por qué no quería poseerme. Cada vez que me vestía y nos despedíamos, me iba a casa con la sensación de haber sido castigada por algo, sin descubrir qué hacía mal ni cuál era mi pecado.

A finales de enero era el cumpleaños de nuestro amigo Ramón y la pandilla se había reunido en el centro comercial para comprarle un regalo. A las seis habíamos quedado con él, pues nos invitaba al cine y después iríamos a una hamburguesería. Pedro y Nuria se perdieron por el centro comercial mientras comprábamos el regalo y Andrés se me pegó como una lapa, sin que tuviese ocasión de quitármelo de encima. Finalmente le corté y le pedí que me dejara en paz. Semanas antes había intentado enrollarse con mi amiga Paula, pero le había dado calabazas. No era mal chico aunque, como a la mayoría de mis compañeros de clase, le sacaba unos cuantos centímetros. Además, después de la peculiar relación que había establecido con Álvaro, no me apetecía salir con jóvenes de mi edad. Con ellos no podía jugar, no podía exigir y tampoco me veía obedeciendo sus órdenes.

Había cogido dinero de mis ahorros y aproveché para entrar en la tienda de lencería del centro comercial y echar un vistazo, ya que quería sorprender a Álvaro con algo especial, para ver si, de una vez por todas, dejábamos de jugar en broma y comenzábamos a hacerlo en serio. Quería poseerlo y él seguía siendo malo conmigo.

Laura me acompañó para aconsejarme por si veía algo de mi interés y no me decidía. Entonces vi aquel conjunto. Imaginé que sucedía igual cuando sientes un flechazo. El corazón se te dispara y, de repente, lo sabes. Dentro de la tienda, el maniquí que lo llevaba puesto parecía que brillaba con luz propia. Era un precioso conjunto con encaje y finos bordados. La copa del sujetador era transparente y estaba adornada de pequeñas florecitas, estratégicamente distribuidas por la tela, de modo que dos de ellas tapaban los pezones. El tanga, también transparente y con flores algo más pequeñas, era espectacular. Y a juego, un liguero precioso que sujetaba unas finas medias con un encaje ancho adornado con el mismo dibujo.

Cuando me lo puse, no pude evitar pensar en Álvaro quitándomelo y haciéndome el amor. Laura se probó otro conjunto en color *nude*, que le hacía el pecho más grande. Nos pusimos frente al espejo y nos descubrimos tan exuberantes que estuvimos tentadas de llevárnoslos puestos. Finalmente, volvimos a ponernos nuestra ropa interior y salimos de la tienda con dos pequeñas bolsitas y una sonrisa de satisfacción en la cara.

Cuando Ramón llegó y entramos en el cine, yo todavía pensaba en Álvaro y apenas pude prestar atención a la película. Volví a imaginarme con mi conjunto de lencería nuevo, de pie frente a él, esperando a que me lo quitase muy despacio. En ocasiones se mostraba exasperadamente tranquilo, templado, inexpresivo en sus gestos y acciones. Cuando se portaba así, creía que lo hacía para irritarme y que perdiera los nervios, que le gustaba verme desesperada. Cuando estaba a su lado, aquella estudiada sonrisa me desarmaba, me dejaba sin fuerzas, sin ganas de exigir y como si estuviese hipnotizada. Sus ojos verdes eran agujas de vudú que se clavaban en mí, privándome de la voluntad. Hacía semanas que ya no quería dominar, aunque me lo pidiera. Y conforme estas transcurrieron, sin poderlo evitar y cada vez con más ganas, le fui entregando mi alma.

Mientras Nuria y Pedro se comían la boca en el cine, Laura y yo comentábamos la buena compra que habíamos hecho. Pensé que mi amiga no iba a aprovechar aquel conjunto tan *sexy*, puesto que ni siquiera tenía novio, pero a ella le gustaba ir impecable por dentro y por fuera, con independencia de tener a alguien a quien poder mostrárselo. Mi hermana, en cambio, poseía infinidad de conjuntos, algunos caros y otros de mercadillo, pero nunca iba con una braga de un color y un sujetador de otro y menos desde que salía con Roberto, que la veía en ropa interior a diario. Solía decir que al hombre se le conquistaba por el estómago y por el sexo, y una lencería excitante, unida a una blusa semitransparente y desabrochada con cierta estrategia, era lo que servía mejor a este último propósito. Aprendí bien aquella lección y, desde entonces, la apliqué en mi vida en numerosas ocasiones.



Abril de 2007

—No me gusta ese bikini. No quiero que te lo vuelvas a poner. —Hizo una mueca extraña, mitad de desprecio y mitad de disgusto.

—Cuando me lo compré, no me dijiste nada. —Alicia miró con disimulo a su alrededor y no vio que nadie la estuviese observando. Sacó el pareo del bolso de playa y se lo puso.

—Cuando te lo compraste, no pensé que te fueran a mirar tanto. — Raúl se revolvió en la toalla y se incorporó, mirando a su alrededor, con cara de pocos amigos.

—Entonces, ¿cuál deseas que me ponga? Solo he traído este y el azul marino.

—El azul marino. Te queda mejor.

—Y no me miran —replicó Alicia, arrepintiéndose al instante de

haber pronunciado aquellas palabras.

—Con que te mire yo es suficiente y te debe bastar. —Raúl tenía la cara desencajada y había ira en sus ojos.

—No te enfades, por favor.

—No me enfado, Alicia, pero no me gusta que te miren así. Te devoran con la mirada. ¡Y tú me perteneces solo a mí!

—Iré a ponerme el azul.

—Y ese tíralo.

—Es que me costó tan caro...

—Te regalaré dos más, si quieres, pero tira ese bikini.

Ya en el apartamento, Alicia se desnudó, se puso una bata playera y lavó el bikini a mano, colgándolo en el tendedero improvisado que habían hecho con dos cuerdas atadas a la barandilla del balcón. Al cabo de una hora lo recogió, lo dobló y lo guardó en una bolsa. Le apenaba tirarlo después de lo que había costado, así que decidió regalárselo a su hermana. Pensó en cómo se lo podría hacer llegar sin que Raúl lo supiera, ya que se enfadaría al descubrir que no lo había tirado como le ordenó.

Le daban pánico sus ataques de ira. Alicia se había comprado aquel bikini en marzo, pensando en esas vacaciones de Semana Santa tan esperadas. Necesitaba olvidarse de la oficina y Raúl también. En los últimos tiempos, su marido estaba más irascible que de costumbre. Ella achacaba aquel comportamiento a que no desconectaba del trabajo. Desde que lo ascendieron, se llevaba expedientes a casa y apenas disponía de tiempo libre. Ya casi nunca quedaban con sus amigos y habían dejado de ir a bailar.

Desde que se conocieron había cambiado tanto, que a Alicia le parecía que su marido era otra persona distinta de la que se enamoró. No le gustaba que la mirasen, se sentía mal si lo hacían, se enfadaba de forma desproporcionada y las consecuencias de sus ataques de celos eran violentas e imprevisibles. Antes no era así, al menos ella no se había apercebido de su carácter celoso y posesivo cuando comenzaron a salir. A veces se obsesionaba con un vestido, una falda o una camiseta ajustada y ella tenía que desecharla de su vestuario. En aquella ocasión la tomó con aquel bikini que había ido a comprar con él para que le diese su opinión. Le había dado el visto bueno,

observándola con detenimiento en el probador, mientras Alicia se giraba y ponía poses, se agachaba y se volvía a levantar, para que la viese desde todos los ángulos posibles, y Raúl le había dicho que podía comprárselo. Pero una vez en la playa, no le había gustado. Tal vez algún hombre la había mirado de reojo y aquel hecho originó que él ya no quisiera que se lo volviera a poner. Lo metió en la maleta y sacó el azul marino del cajón de la mesilla para ponérselo por la tarde.

Mientras preparaba la comida, Raúl se acercó y empezó a masajear su cuello. Hizo que se girase y la besó. Alicia tenía las manos enharinadas por estar rebozando pescado y las dejó pegadas al cuerpo para no mancharlo.

—Quiero tomarme el postre antes de comer. —Su marido sonrió y metió la mano por debajo de su vestido, apretándole un pecho con fuerza, pero sin llegar a hacerle daño.

—Raúl, estoy terminando de freír esto.

—Lo quiero ahora. Mi postre, ya.

—Al menos déjame que saque el pescado de la sartén y la aparte del fuego.

—Y después ven, te espero en el dormitorio. No tardes —ordenó. Le subió el vestido y le bajó las bragas, llevándoselas consigo.

Alicia era secretaria en una empresa dedicada a las artes gráficas. A comienzos del dos mil, le presentaron a Raúl en la fiesta de una compañera que se casaba aquel verano. A los seis meses de conocerse, le pidió que se fuese a vivir con él, pero su madre la convenció para que esperase un poco más y no se precipitase. Tras las Navidades de ese año hizo las maletas y dejó su casa. Las madres tienen una especial intuición para saber qué cosa puede ir bien y qué cosa puede estar abocada al desastre. «Quizás ese sexto sentido les venga dado por ese instinto primitivo de protección con relación a sus hijos», pensó su hija cuando comenzaron los celos, las peleas, la actitud posesiva y, finalmente, las palizas.

A la madre de Alicia nunca le gustó Raúl. Había algo en él que desde el principio la inquietó. Tenía buena presencia, era educado y atento, y poseía un trabajo estable y bien remunerado como economista en una multinacional. Por más que lo pensaba, no sabía por qué le incomodaba su sola presencia.

Quizá había sido algún comentario que hizo en algún momento, un gesto, algún detalle que a su marido le había pasado desapercibido y a Alicia, enamorada como estaba, no le había llamado la atención. Tal vez algo que ella había visto y los demás no, pero no le gustaba para su hija. Su padre, por el contrario, estaba encantado con él y se le llenaba la boca cada vez que le preguntaban por quien ya llamaba «futuro yerno».

El novio de su hermana sí era del agrado de su madre y, en cambio, a su padre no le terminaba de caer bien. Aunque no le iba mal dedicándose a lo que le gustaba, la escultura, no encajaba con lo que hubiera querido para su hija. Raúl era otra historia. Llevaba traje y corbata, y no pantalones raídos y el pelo largo como un *hippie*. Silvia era feliz al lado de ese desarrapado, como le llamaba su padre, y la intuición de su madre le decía que Gonzalo era una buena persona. Sin embargo, Raúl estaba hecho de una pasta diferente, la desconcertaba y la hacía sentirse incómoda ante su presencia. Pero cuando una hija está enamorada, no valen razones ni argumentos para hacer ver lo que se esconde tras una estudiada sonrisa. Así las cosas, la madre de Alicia no tuvo más remedio que aceptar su decisión.

—Date la vuelta. A cuatro patas.

—No seas brusco, por favor.

—No te quejes, te gusta, lo sé.

—Me haces daño. Ni siquiera me has lubricado —protestó cuando intentó penetrarla de aquella manera que a ella tanto le repugnaba.

—Siempre te ha gustado así.

—Pero si fueses más delicado, me gustaría más.

No se atrevió a decirle que se equivocaba, que odiaba su rudeza, que le asqueaban sus caricias, que le tenía miedo. Apretó los labios y aguantó. No quería que perdiese los nervios y se ensañara con ella.

—Las tías de las películas no se quejan, disfrutan con ello. —Empujó más fuerte.

—Son actrices, se supone que son profesionales. Yo no soy una actriz, soy tu mujer. ¡Raúl, por favor, me haces daño!

—Cuando yo lo digo, eres una actriz, y cuando yo lo digo, eres una puta. Mi puta. —La penetró con rabia.

—Por favor, me duele, por favor...

—Te gusta, puta, y a mí me gusta más. Dilo, dilo, di: «me gusta, Raúl, me gusta mucho».

—Me gusta, me gusta mucho. —Gimoteó.

—Otra vez. —Empujó más fuerte, pero ella, vencida al fin, ya no se quejó. Tan solo deseaba que terminase, que se vaciase en ella y que la dejase en paz.

—Por favor..., me gusta, me gusta..., por favor, sí, sí, acaba ya.

—Así, así, así... Esto es por lo del bikini. No me gusta que te miren. Te compraré dos más, te lo prometí.

Le tiró del pelo y eyaculó tras la última embestida. Encogida y con las piernas recogidas sobre su estómago, Alicia se puso de lado sin dejar de morderse los labios, dolorida y cansada, y rezó con el pensamiento, pidiendo que aquello tardase en repetirse.

Hacía dos años que había dejado de ir a las comidas de empresa. Al principio, sus compañeros habían insistido en que los acompañase pero, tras varios intentos y sus continuas negativas a asistir, poniendo diversas excusas, dejaron de contar con ella. Alicia no era la misma desde que vivía con Raúl. Apenas sonreía, había dejado de desayunar con Marcos y Ernesto, y solo lo hacía con Manoli. Cuando alguno de ellos se unía al grupo, ponía cualquier pretexto y salía a otra hora o, simplemente, no lo hacía.

Cuando la ilusión que tenía al principio de su relación con Raúl se fue perdiendo y comenzó a contar algunos detalles oscuros de la conducta de su pareja, justificándolos por lo mucho que la quería, por su inseguridad o por su carácter introvertido, Manoli, la más radical y reivindicativa de sus compañeras, intentó hacerle ver que Raúl era celoso hasta la paranoia. Alicia insistía en que estaba enamorado y veía fantasmas donde no existían, defendiendo su actitud, en definitiva. En ocasiones, cuando aún no se había encerrado en su caparazón y protegido contra las críticas de sus compañeras por justificar lo injustificable, alguna se atrevía a aconsejarla.

Un día, Manoli le dejó una tarjeta al lado del teclado, mientras ella terminaba de cumplimentar los datos de un pedido urgente. Alicia cogió la tarjeta y la leyó con fingida desgana, dejándola después en el mismo lugar,

para continuar con su trabajo. Su compañera se quedó de pie junto a ella, observándola durante unos segundos. Bajo la gruesa capa de maquillaje, descubrió el color lila de un hematoma a la altura de su mejilla derecha. «Si necesitas algo, estoy aquí», dijo en voz baja. Le puso una mano en el hombro y volvió a su mesa.

A las siete, Alicia apagó el ordenador, cogió el bolso y volvió a leer la tarjeta, haciendo intención de romperla. Después, se la guardó en el billetero.



Mayo de 1997

—¿Blanco? ¿Qué es eso?

—¿Tú qué crees?

—Parece leche. —Lo miré extrañada. Cada día me sorprendía más.

—Es leche.

—¿Y quieres que me meta ahí?

—Sí, para eso la he llenado. Voy a desnudarte y te meterás en la bañera. Te bañarás en leche como si fueses una princesa egipcia.

—Eso de Cleopatra es un mito, me refiero a lo de que se bañaba en leche de burra. Seguro que es un cuento. ¿Me harás el amor en la bañera, por fin me poseerás? ¿Lo harás hoy? ¿Por eso lo de la leche? Tu suegra se pondrá bien, tu mujer regresará y adiós a nuestros encuentros y a nuestros juegos.

—No le diremos adiós a nada, Cristina. Te seguiré tocando, te seguiré

besando y continuaremos como hasta ahora. Sin prisas, sin precipitaciones, despacio, muy despacio. —Me quitó la blusa y el sujetador, dejando mis pechos al descubierto. Los acarició con delicadeza y paseó su lengua por los pezones.

—¿Está fría o caliente? La leche...

—Caliente, como lo estamos ambos. ¿Te depilaste como te pedí?

—Sí. Te gustará.

—Lo sé.

—Álvaro...

—Dime.

—¿Me quieres? —pregunté sin esperanza de que me contestase. Intuía su respuesta pero, aun así, quería escucharla. Nunca me había llamado cariño, ni mi vida, ni mi amor, ni siquiera princesa o cielo. Tan solo Cristina.

—¿Me quieres tú?

—Yo pregunté primero. Responde a mi pregunta. —Me puse de puntillas y cogí su cara con ambas manos.

—Pero aquí mando yo. Mi juego y mis reglas. Contesta, ¿me quieres tú?

—No lo sé —mentí.

—Pues yo tampoco sé si te quiero. Y además, ¿qué importa eso? ¿Tú estás bien así, con lo que tienes, con lo que tenemos? ¿Estás bien cuando te pido cosas? ¿Las haces con gusto? ¿Te gusta lo que te hago?

—Sí.

—¿Te gustará bañarte en leche mientras te enjabono la espalda y te lavo el cabello, mientras te acaricio y te como a besos?

—Me gustará. Por cierto, ¿cuántos litros caben en la bañera? Habrás usado un montón de *briks* para llenarla.

—Cris... —Lanzó una gran carcajada—. Es leche en polvo.

—Ya me parecía a mí.

Mis padres celebraron su aniversario de boda con un fin de semana romántico en la costa. Mi hermana iba a aprovechar que nos dejaban solas para dormir con Roberto en su cama. El viernes por la tarde yo no podía ir a

la de Álvaro, porque Paqui estaría en Madrid. Me fastidió que no tuviera que cuidar a su madre justo cuando mis padres se marchaban. Me gustaba ir a casa de Álvaro, pero me apetecía disfrutar de su compañía y de sus sensuales juegos en mi propio terreno.

Noelia había ido al cine con Roberto y no volvería hasta las once. No me seducía el plan de quedar con mis amigos y todavía estaba enfadada por no poder ver a Álvaro ese viernes. Cualquier cosa que hubiese hecho con mis amigos no me habría divertido.

Veía la televisión cuando llamaron por teléfono y me sorprendió oír la voz de Álvaro. Me preguntaba si podía pasarse por casa, ya que Paqui se había ido a comprar ropa con su prima. Desde que su madre enfermó y se había tenido que ir al pueblo para cuidarla, no había podido disponer de tiempo libre para ella. Ante una propuesta como aquella, la de pasar una tarde de tienda en tienda renovando su vestuario, no pudo resistirse. Álvaro mostró un fingido disgusto por dejarlo solo aquella tarde y Paqui le prometió que compensaría su ausencia cuando regresara. Pero Álvaro tenía ya planes para disfrutar de esas horas, mientras su mujer paseaba por las tiendas su tarjeta de crédito. Habíamos gozado de muchos viernes de juegos en su casa y, en aquella ocasión, jugaríamos en la mía.

—Mi hermana llegará sobre las once. Deberás marcharte a eso de las diez, pues no quiero que te encuentre aquí cuando regrese y tampoco que te vea algún vecino.

—¿Te apetece que vaya?

—¿Bromeas? Me apetece muchísimo. Lo que sucede es que tu llamada me ha sorprendido. No pensé que te vería este fin de semana.

—Ponte el conjunto negro del otro día. Con el liguero y las medias.

—Sé duro conmigo.

—Yo soy el que propone, Cristina. No iré a tu casa si es de otro modo.

—Me gustaría que lo fueras, por favor —le supliqué. Me asustó estar rogando por teléfono, deseándolo tanto.

—Si finalmente me apetece serlo, te arrancaré con violencia la lencería. Si se rompe, te compraré otra mucho más bonita. Estás preciosa con medias y liguero y... también sin nada.

—¿Me comprarás algo que te provoque? ¿Algo que, en cuanto lo veas en la tienda, pienses en mí llevándolo puesto y en ti quitándomelo?

—Te lo compraré. Y no uno, sino varios. Te desnudarás y te los irás poniendo para que te los vea y me deleite contemplándote.

—¿Y me poseerás por fin? No más juegos, no más caricias, no más orgasmos con tus dedos ni con tu lengua. ¿Me harás tuya?

—Puede...

—¿Y cuando vengas hoy me dejarás que termine? Nunca me has dejado que te haga llegar hasta el final, ni has permitido que la bese, ni que te satisfaga con la lengua, como me lo has hecho tú. ¿Solo dejas a tu mujer disfrutar de ella?

—A ella le doy todo y ella me lo da a mí —se limitó a contestar, como si le fastidiase hacerlo.

—¿Y por qué si ella te lo da todo, me buscaste? —pregunté, más por curiosidad que por celos.

—Porque lo que tú me das es distinto. Estamos perdiendo el tiempo hablando por teléfono, cuando nos vamos a ver esta tarde. Voy a ducharme y en media hora estoy en tu casa. Y luego me preguntas lo que quieras, ¿te parece bien?

—Te espero. —Colgué. Había logrado irritarme.

Llegó puntual y con un paquete en la mano. Bombones. Me encanta el chocolate y los bombones son mi debilidad. Me pareció todo un detalle. Poder disfrutar de él y comernos juntos unos cuantos, tumbados en mi cama. Un placer indescriptible.

Me desnudó en el salón y me contempló durante un buen rato, sentado en el sofá, como le gustaba hacerlo. Me miró de arriba abajo y me pidió que me diese la vuelta. Y cuando me había visto así durante unos segundos, volvió a ordenarme que me girara. Yo también lo observé con curiosidad, pues con sus gestos y actitudes nunca dejaba de sorprenderme. Después se levantó y me propuso que fuésemos al dormitorio de mis padres. Me extrañó aquella petición. Pensé que querría que estuviésemos en mi habitación, que no se atrevería a entrar en su cuarto. Me lo dijo con naturalidad, sin pensar que

estaba cruzando la línea de lo prohibido, o que me estaba obligando a hacerlo a mí. El cuarto de mis padres, tumbarme en su cama. No lo hacía desde que era pequeña, cuando tenía pesadillas en mitad de la noche y les rogaba que me hiciesen un hueco entre los dos.

Me sugirió que pusiese una sábana encima de la colcha. «Cualquiera», me dijo, «para no manchar la cama». Pensé que, por fin, lo haríamos. Sería en la habitación de mis padres. Qué excitante. Me ayudó a colocarla y me pidió que me tumbase boca abajo. Se fue al baño y cogió el bote de crema corporal, se echó un poco en las manos y las frotó para calentarla. Y, con la misma suavidad, comenzó a pasármelas por la espalda y a masajearme con delicadeza.

—Tienes una piel suave y perfecta. Apenas un lunar o una pequeña peca. Pon los brazos pegados al cuerpo, por favor. ¿Estás cómoda?

—En el cielo.

—Cierra los ojos, disfrutarás más —me ordenó. Fue bajando poco a poco hasta llegar a mi trasero, acariciándolo despacio, deleitándose, zigzagueando por él, abriéndolo con sus manos, llenándome de crema, haciéndome jadear—. Abre un poco las piernas. Un poco más. Así.

—Me gusta.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—Ahora voy a acariciarte desde las piernas hasta los pies, muy despacio. Siente mis caricias y déjate llevar.

Al cabo de unos minutos, me pidió que me diese la vuelta. Obedecí, sometida hipnóticamente a su voluntad. Estaba disfrutando, cautivada por intensas sensaciones difíciles de describir con palabras. Era mejor que el sexo, más placentero que un orgasmo. Hasta entonces había experimentado mucho placer con sus expertos dedos perdiéndose en mi interior, con su lengua paseándose por mi sexo con maestría, pero aquellas caricias tan sensuales me estaban excitando como no recordaba haberlo estado antes. Echó más crema en sus manos y comenzó a acariciarme el pecho, los hombros y el vientre, con la misma suavidad.

—¿Puedo abrir los ojos? Quiero verte.

—Puedes. La próxima vez depílatelo de nuevo, entero. —Estaba sonriendo y miraba mi sexo.

—¿Te gusta sin vello?

—Me encanta. Tienes un lunar en el pubis. Bendito lunar. Es una pena que permanezca oculta una maravilla como esta y que solo pueda ser contemplada cuando te rasuras. Abre un poco más las piernas, como antes.

Acarició con sus dedos mi sexo, introduciéndolos un poco. Noté su presión, primero ligera, luego salieron de mi y volvió a meterlos, más presión... Varios dedos, no pregunté cuántos... Los giró, salió y entró varias veces, despacio, más rápido, en círculos. Volví a gemir.

—Tienes unas piernas preciosas, bien torneadas y largas, muy largas. Perfectas. Como toda tú.

—Hoy tampoco es el día —protesté, decepcionada.

—Tampoco lo es.

—No puedo más. Esto es un calvario y tú un hombre cruel.

—No, Cristina, hoy tampoco es el día —repitió con frialdad.

—Por favor —insistí, intentando que se apiadara de mí.

—Mi lengua te dará placer. Pero hoy no habrá nada más. Y cuando termine, me darás un agradable masaje, como te lo he dado yo. Sensual y excitante. Haz que sufra.

—Vas a llevarme al orgasmo y yo quiero darte placer. Quiero usar mi lengua como la usas tú conmigo. Lo necesito. No entiendo que quieras quedarte así, sin nada. Que te guste no sentir nada.

—Acabaría en tu boca y te ordenaría... No a todas las mujeres les gusta su sabor.

—Quiero que me ordenes. Déjame que te dé placer.

—Hoy no, Cris, hoy tampoco es el día, no insistas. Dame solo lo que te pido, nada más.

Su sexo estaba erecto, irguiéndose majestuoso ante a mi, mientras lo acariciaba apenas rozándolo con la punta de los dedos, extendiendo la crema despacio por su cuerpo. Pero no jadeó ni gimió, tan solo aquella erección era el signo evidente de que estaba disfrutando. Tenía los ojos cerrados y los brazos por detrás de la cabeza, como si se hubiera quedado dormido, y lo

observé mientras lo acariciaba.

Era muy guapo, de una belleza excesiva, sí, esa era la palabra que podría definirla mejor. Extremadamente atractivo y viril. Un hombre de anuncio publicitario. Y allí estaba yo, acariciando su cuerpo y mirándolo embelesada, sin poder masturbarlo, sin poder ver su esencia brotar de su cuerpo, cuando eso era lo que más deseaba. Quería que regase el mío, demostrarle que podía hacerlo mejor que Paqui, aquella mujer menuda, poco agraciada, de aspecto huraño y gesto desagradable. Necesitaba que supiera que yo era mejor que aquella desgraciada que podía tenerlo cuando quisiera, a la que decía amar y a quien entregaba lo que yo ansiaba poseer.

A mí me daba placer, pero no me dejaba que yo se lo proporcionase. No quería desvirgarme, no quería vaciarse dentro de mí, no quería que lo sintiese en mi interior ni que lo viera disfrutar con mis caricias. Y no entendía nada.

Me exigía que me humedeciera con las suyas y me obligaba a ver cómo se autocastigaba sin obtener placer a cambio del que me proporcionaba. Eso intuía que era, un castigo que se imponía y yo no sabía por qué se lo infligía. O tal vez, pensé de pronto, gozaba a través de mi placer, de mis orgasmos y de mis gemidos y con eso le bastaba.



Verano de 2007

La madre de Alicia estaba preocupada. Hacía semanas que no recibía noticias tuyas. Le había dejado varios mensajes en el contestador y en el móvil, pero no había respondido. Así que se presentó en su casa, llamó al timbre una y otra vez y aporreó la puerta con el puño. Le pareció oír ruido en su interior y volvió a llamar. Voceó el nombre de su hija y, al fin, la puerta se abrió.

Alicia llevaba el pelo recogido con una coleta y le dio la impresión de que se acababa de levantar de la cama. Su hija pareció no reconocerla y su madre se sobresaltó. Estaba en avanzado estado de gestación. Seis o siete meses, calculó. Su familia no sabía nada. Desde el otoño pasado no la habían visto, ya que ella había puesto mil excusas para no ir a visitar a sus padres y que ellos no fueran a su casa. Les había ocultado su embarazo. ¿Por qué? Sin

decir nada, se dio la vuelta, dejando la puerta abierta para que su madre entrara. Se fue a la cocina, sacó un par de tazas y le ofreció café.

—No sabíamos nada de ti, no contestas a mis mensajes y ahora descubro que mi hija está embarazada. ¿Qué narices pasa aquí, si puede saberse? ¿Cuándo nos ibas a dar la noticia, cuando te pusieras de parto?

—Mamá, por favor, estoy cansada.

—¿Qué sucede, Alicia? Hija, dime qué te pasa.

—Nada que tú puedas solucionar, mamá. No te metas en mi vida, por favor, no necesito que me sermonees. No os lo conté y punto. ¿No puedes pensar que mis razones tendría?

—¿Te amenaza? ¿Te pega, mi amor? Si es así, te vienes a casa y denunciarnos la situación. Por favor, Alicia, cuéntame.

—Mamá, basta te he dicho. No estoy amenazada y me encuentro bien. ¿Café?

—No quiero café, no quiero nada, quiero que me cuentes y que vengas a casa —insistió con la esperanza de que su hija reaccionase.

—Yo tomaré una tila. El médico me ha prohibido el café y otras muchas cosas. Estar embarazada es un verdadero fastidio. No puedes comer casi nada, todo son prohibiciones. Estoy deseando que esto termine. Se me está haciendo eterno.

—O me dices qué te pasa o no me voy de aquí hasta que venga Raúl y me lo explique. Nunca me gustó y, viendo cómo estás, sé que mi intuición era acertada. ¿Desde cuándo se oculta a los padres un embarazo?

—Mamá, te pido que te marches. Si necesito algo, os lo haré saber. Me encuentro bien y no quiero que estés aquí cuando regrese. No te metas en mi vida, vete a tu casa y déjame en paz. Cuando nazca tu nieta, te enterarás.

—¿Es una niña?

—Se llamará Verónica.

—Es un nombre precioso.

—El favorito de Raúl. Adiós, mamá.

La acompañó a la puerta y se despidió con un abrazo. Su madre se emocionó y ella también. Cerró la puerta y observó por la mirilla cómo bajaba las escaleras. Se fue a la cocina, tomó su infusión y rompió a llorar.

Cuando Raúl llegó a casa, ella ya tenía puesta la mesa y le había preparado el baño. El pijama y la ropa interior estaban encima de la cama y le había dejado toallas limpias. Lo recibió con un beso y le preguntó cómo había pasado el día. Él le fue a acariciar el pelo y Alicia, sin quererlo, se apartó con un gesto de incertidumbre en la cara. Raúl hizo una mueca extraña y le pidió que se duchase con él. Cogió otro par de toallas, su camisón y lo siguió. Se enjabonaron mutuamente y cuando terminaron su marido le ordenó que lo acompañase al dormitorio. Tras el séptimo mes de embarazo se encontraba pesada, pero no quería disgustarlo. Cuando él acabó, se vistieron y se pusieron a cenar.

Después de cenar, Raúl se sentó en el sofá mientras ella terminaba de recoger la cocina. Le sirvió un café, le dio las buenas noches y se fue a la cama. No le comentó que su madre había venido, ya que no quería que se enfadase y temía su ira. Hacía tiempo que había asumido que sus ataques de celos no eran debidos a que la amara, sino a que era una persona desequilibrada, insegura y enferma. En más de una ocasión había pensado en dejarle y pedir ayuda, pero él siempre le pedía perdón y prometía que nunca más sucedería. Y ella perdonaba, aunque cada vez era más dura la convivencia y le resultaba más difícil disimular en el trabajo. Aun así, en los últimos meses no había tenido que maquillarse más de la cuenta, porque no había nada que ocultar. El embarazo había supuesto una especie de tregua y un periodo de artificial tranquilidad, que Alicia agradeció. Cesaron las palizas, pero continuaba poseyéndola a la fuerza. Y para que su marido disfrutase, tenía que mentir, diciendo que era único, especial y el que mejor se lo había hecho nunca. A veces se preguntaba si Raúl sabía que ella no gozaba, que le decía aquello porque era lo que quería escuchar, porque con sus palabras de fingido deseo lograba que él acabara antes. En cualquier caso, a Raúl le daba lo mismo satisfacerla en la cama.

Hacía mucho tiempo que Alicia había descubierto que a su marido solo le importaba él.

Recordó las palabras de su madre cuando, le parecía que hacía ya casi un siglo, le dijo que no le gustaba Raúl. Recordó la visita de aquella tarde y su mano tendida, para ayudarla a escapar.

Pero, para huir, necesitaba vencer su miedo y había tanto acumulado...



Junio de 1997

—Nunca he entendido qué te atrajo de ella. No es nada agraciada.

Miré sus labios y tuve que besarlos, pues me hipnotizaban. Terminé de afeitarme, le quité los restos de espuma con una toalla y comprobé el resultado. Aunque era la primera vez que lo hacía, el resultado había sido satisfactorio. Ni un solo corte. Le di el espejo, se miró y sonrió. Dejé todo en la mesilla y me tumbé en la cama. Al cabo de unos segundos, se echó a mi lado y comenzó a contarme.

—No me enamoré de una cara, lo hice de una mujer. Cuando la conocí, yo estaba perdido y Paqui me ayudó a encontrarme. Es una larga historia y no quiero aburrirte con los detalles. Además, cuando recuerdo mi pasado siento que me asomo a un agujero negro y voy a precipitarme dentro de él. Lo cierto es que, gracias a ella, terminé mi carrera y comencé a trabajar. Si

no hubiera sido por Paqui, lo habría abandonado todo, hubiera tirado la toalla. Aunque te parezca increíble, antes era una mujer muy diferente a la que ves ahora. Me enamoré de su carácter, de su forma de ser, dejé de ver un físico y descubrí a la persona. Me mostró su alma y quise que se quedase a mi lado. Podíamos pasarnos tardes enteras sentados en una cafetería conversando, hablando de mil cosas. Disfrutaba a su lado y ella veía más allá de lo que fui una vez, veía al hombre en el que podría convertirme. Cuando nos casamos, su mayor ilusión era tener un hijo. Quiso quedarse embarazada enseguida y no me dejó que lo pensara. Pero vi tantas ganas en ella, que nos pusimos a intentarlo desde el primer día. No pudo ser, las cosas suceden de un modo y no hay que darle más vueltas. No hay que buscar culpables cuando no los hay, pero ella lo hizo. Se culpabilizó de lo que nos ocurría. Tuvo varios abortos y se desesperó. Hay mujeres que no tienen el cuerpo preparado para ser madres y aquel descubrimiento la hundió. Dejamos de intentarlo y para cuando asumió los hechos, se había convertido en otra persona.

—¿Sigues enamorado de ella?

—No. Hace mucho que dejé de estarlo, pero le sigo entregando todo lo que soy y ella me lo da también. Le debo ser la persona que tienes ante ti y le estoy agradecido.

—Se lo das a ella y no quieres entregármelo a mí. Y todo por gratitud. No me pidas que lo entienda, porque soy incapaz. —Lo miré a los ojos, volví a besarlo e intenté hacer cuentas de cuántas veces lo había hecho aquella tarde —. No es la primera vez que te digo esto, pero es que no comprendo esta espera. Cualquier otro hombre soñaría con desvirgar a una adolescente.

—Olvidas que yo no soy cualquier hombre —contestó. Me bajó los tirantes del sujetador, dejó mis pechos al descubierto y comenzó a acariciarlos.

—Y tampoco quieres darme tu placer.

—¿Cuándo empezamos esto? —me preguntó con gesto pensativo, como si calculase mentalmente las semanas que habían transcurrido desde el primer viernes en que fui a su casa.

—Cambiamos de tema, por lo que veo. Eres tan extraño... Lo nuestro dura más de seis meses y todavía no has tenido un orgasmo conmigo. Me has

proporcionado mucho placer, pero tú, nada. Ya no es que no quieras penetrarme, es que no quieres sentir conmigo de ninguna manera. Te niegas a sentir.

—Seis meses jugando. ¿Te gustan nuestros juegos, Cristina? ¿Te gusta llegar al orgasmo en la mesa del salón, en el sofá, en la bañera, en mi cama, en la de tus padres, como aquella vez en que os dejaron la casa para vosotras solas por su aniversario y te hice disfrutar tanto?

—Estábamos hablando de otra cosa, hablábamos de ti, no cambies de tema.

—Voy a cambiar de tema las veces que quiera, porque yo soy el que manda, no lo olvides nunca. Respeta mis reglas.

—Pero...

—¡Ssssshhh! Respétalas. Vamos a jugar, se acabó esta conversación. ¿Recuerdas cuando te hablé de la sobrina de Paqui, esa que tiene tu edad, la que lleva uniforme en el instituto? Faldita corta plisada, medias de punto hasta la rodilla, camisa blanca, ¿esa?

—Sí, recuerdo que una vez me hablaste de ella y me llamaste lasciva al compararme con tu sobrinita —comenté con tono sarcástico.

—Ya veo que te acuerdas.

—Sí, ¿y a qué viene esto ahora?

—La semana pasada me la follé —me confesó de repente.

Me pareció que la sangre se me había helado en las venas. Me levanté de la cama e hice intención de vestirme. Aquella confesión, sin venir a cuento, me afectó tanto que comenzó a dolerme el corazón, como si me hubieran clavado un puñal en él.

Me cogió del brazo y me obligó a que me sentase. No había acabado. Supuse que aquella tarde el juego consistía en eso, en confesar sus pecados para darme celos, y con la primera frase lo había conseguido.

Sonrió mientras me lo contaba y lo hizo como si se lo estuviese confesando a un amigo, de un modo pretencioso y con un orgullo masculino inusual en él. Nunca había visto aquella parte oscura de su personalidad.

Cuando terminó, se quedó mirándome con una sonrisa extraña en los labios y me pidió que le contara qué estaba pasando por mi cabeza en aquellos

momentos. Me limité a preguntarle cómo era ella, de aspecto y en la cama, aunque en mi interior deseaba abofetearlo. Sus palabras todavía retumbaban en mis oídos.

—Es menuda, como Paqui, con cintura estrecha y un trasero respingón, del tipo que nos gusta a los hombres, sin ser exagerado. Se nota que hace deporte, porque no tiene un ápice de grasa de más en su cuerpo. Sus pechos son pequeños y redondos, aunque los tuyos son más bonitos. Mide algo menos de uno sesenta y tiene unos grandes ojos color miel, nariz aguileña y labios finos, pero bien dibujados. No es fea, aunque tampoco posee una gran belleza. Es vistosa, eso sí. Con unos centímetros más, lo tendría todo para ser una mujer de bandera. Pero tranquila, porque tú eres más mujer que ella, tú sí eres de bandera.

—¿Te la has tirado y dejaste que te masturbase? ¿Y te gustó? ¿Es buena? ¿Te la comió bien, como imaginabas que lo haría yo? —Me sorprendí gritándole y, al instante, se le borró aquella sonrisa de la cara.

—Cálmate, Cristina, por favor. Fue una sola vez y no le di placer. Te pertenezco solo a ti. Me pidió que le hiciera el amor, pero solo follamos. Nada de amor, solo sexo. Y lo hice porque necesitaba comprobar algo. Fue, digamos... un experimento. Le pregunté si era virgen y me dijo que no. Si lo llega a ser, no la hubiera desvirgado, te lo juro. Solo quiero desvirgarte a ti.

—¿Un experimento? No entiendo nada. Le diste a ella lo que yo llevo pidiéndote seis meses. —Me encontraba tan mal que estuve a punto de echarme a llorar.

—Necesitaba descubrir si podía llegar a más con una adolescente, porque eso es lo que es ella y lo que eres tú, por muy mujeres que os creáis. Hablamos de desvirgarte y no lo voy a hacer, ni voy a eyacular en tu boca ni en tu cara, aunque lleve deseándolo mucho tiempo, si no me siento preparado, Cristina. Tú puede que lo estés, pero yo no. Hasta ahora, solo podía llevarte al orgasmo sin penetrarte. No quería hacerlo. Podemos jugar, divertirnos, puedes acatar mis órdenes y disfrutar haciéndolo. Te enseñé y aprendiste bien. Has sido una buena discípula y creo que yo un buen maestro, pero si te desvirgo, corro el riesgo de hacer el amor contigo, no de follarte.

—Sigo sin entenderte. ¿Qué diferencia hay entre los dos conceptos?

—La hay y mucha —puntualizó. Estaba serio. Me pareció que, por primera vez, me estaba tratando de igual a igual. Había dejado de querer ser el que llevara la batuta en aquella historia. Caminábamos juntos por fin, no le iba a la zaga—. Sexo o amor, hay mucha diferencia. Follar es sexo, hacer el amor implica pertenecernos.

—Tampoco querías sentir nada. Con independencia de que pensaras que ibas a hacerme una cosa u otra, no dejabas que te tocara más allá de unos segundos, no permitiste jamás que llegara hasta el final.

—¡Claro que quería sentir y claro que quiero hacerlo ahora, pero no puedo permitirme ningún error! ¡No quiero enamorarme, no quería llegar a abrirte mi corazón!

—¿Y por qué, por qué, por qué? ¿Qué hay de malo en amar?

—¡Porque podría ser tu padre, joder! ¡Te saco casi veinte años! —Me agarró de los hombros con ambas manos y me zarandó. Luego me besó con violencia, hundiendo su lengua en mi boca y apartándose de mí al instante, antes de que pudiera disfrutar de ella—. Si dejaba que lo hicieras, si permitía que me masturbases, no iba a acabar así. Te poseería, pues no podría frenar como hasta ahora he hecho. Sabía que te haría mía. Y si lo hago, Cristina, si lo hago, no sé lo que sentiré. Te repito que no quiero enamorarme de ti. Esto nuestro es una locura a la que evitaba engancharme. Nuestra relación tiene fecha de caducidad, ambos lo sabemos. Me asusta estar así, deseando tocarte, queriendo desvirgarte, tomarte con fuerza y terminar dentro de ti y teniendo que contenerme con una fingida sonrisa en los labios. Para un hombre es difícil controlar sus instintos y, como tú misma has dicho, a cualquiera que se le ofreciese una atractiva adolescente en bandeja, para que la desvirgara, vería en ello un valioso regalo. Y tú eres preciosa. Cuando te ibas a casa después de tenerte desnuda, de palpar la humedad de tu sexo, de oír tus gemidos, de sentir cómo disfrutabas con mis caricias y te corrías con mi boca, me masturbaba imaginando que estabas encima de mí, haciéndome retorcer de placer.

—Seis meses, Álvaro, seis meses —le recordé.

—Te hubiera hecho el amor el primer día en que viniste a casa, te lo juro. De hecho, me muero por hacértelo. Y me consumo porque la beses,

porque te la metas en la boca, por acabar dentro de ella y que sientas su sabor. Siempre he pensado que lo harías de miedo, pero no podía permitirme el lujo de que lo hicieras. Sabía que cuando la sintiera en tu interior comenzaría a pertenecerte con el corazón. No estaba preparado para ello.

—Hace unos minutos, cuando me contabas lo de tu sobrina, temí que fueras oscuro, siniestro, creí que me mostrabas un lado de ti que no me estaba gustando descubrir. ¿Qué es lo que me estás contando en realidad? ¿Que no eres gris, que no eres tenebroso? Todavía sigo sin entender. ¿Que lo que te sucede es que eres cobarde y no quieres enamorarte? ¿Quién de los dos es el inmaduro?

—No has dejado que termine, Cristina. Te estoy diciendo que, aunque sigo asustado porque el miedo a sentir más allá de deseo por ti continúa martilleando en mi cabeza, ya estoy preparado. Quiero correr el riesgo. Quiero tenerte, pertenecerte y poseerte.

—¿Y si al final te pasa lo que temes que suceda o si me enamoro yo? ¿Te hundirás, me apartarás de ti? ¿Sufriremos los dos?

—Después de estos meses, he llegado a la conclusión de que no podemos vivir pensando siempre en el mañana y sin gozar del presente por causa de nuestros temores. ¿Acaso sabemos qué ocurrirá mañana, pasado o al día siguiente? Soy parco en palabras, pero es que no lo sé. Si me enamoro de ti, ¿qué sucederá con nosotros? Tal vez ya lo esté y ni siquiera me he dado cuenta. Tú creías que jugaba contigo al gato y al ratón por diversión y lo hacía por miedo. Te he confesado lo que me pasa, ya sabes por qué me he comportado así contigo y solo te voy a pedir una cosa ahora.

—¿Qué?

—No me pidas que lo haga hoy, por favor. —Me miró suplicante.

—De acuerdo, hoy no sucederá. Puedo esperar, pero yo también te voy a pedir algo. No me ordenes nada, no me hagas que me meta en la bañera, no me des un masaje que me excite tanto que no pueda dejar de desearte, no me beses los pies ni me metas los dedos hasta llevarme al orgasmo. Déjame que sea yo quien te exija ahora.

—Está bien. Hoy mandas tú, pídemelo lo que quieras, menos eso.

—Tumbate y cierra los ojos, relájate y deja que te haga.

—Hoy mandas tú —repitió, dejándose hacer por primera vez desde que estábamos juntos.

Cuando terminé se incorporó y me besó. Era la primera vez que le daba placer. Y yo disfruté al percibir su sabor deslizándose por mi garganta. Cuando acabé, hundió su lengua en mi boca con pasión, aquella que yo había anhelado desde el primer día, la que creía que no estaba dispuesto a darme por un motivo muy diferente al que me acababa de confesar. Su temor no era el mío. Yo hacía tiempo que me había enamorado de él, aunque aún no se lo había dicho.



Verano de 2011

Ya no quedaba nadie más en la oficina. Gloria apagó el ordenador y buscó su tarjeta de identificación en el bolso. Siempre le sucedía lo mismo, nunca encontraba nada en él. Si buscaba las llaves, estas desaparecían misteriosamente; si lo que trataba de encontrar era el paquete de pañuelos, tampoco lo conseguía. Los bolsos grandes, pensaba cuando esto le sucedía, eran como las chisteras de los magos, porque se metía la mano dentro y salía de todo, incluso lo que hacía días que se andaba buscando y no se había logrado encontrar, pero nunca lo que realmente buscaba.

Mientras lo hacía, su compañero Nacho la observaba. Era una mujer atractiva y con un cuerpo perfecto, pensó. Casi nunca llevaba falda, pero aquel día se había puesto una corta de color negro y medias finas con botas de caña alta, y había podido disfrutar durante toda la mañana de la visión de sus

piernas cada vez que Gloria se había levantado de su silla. Su camiseta ajustada dejaba entrever su escote y sus pechos debían ser tan atractivos como los imaginaba.

Llevaban trabajando juntos cuatro años y se había fijado en ella hacía poco, cuando la habían ascendido y había pasado a ocupar una mesa cercana a la suya. Con anterioridad a ese hecho, apenas habían mantenido un par de conversaciones intrascendentes, compartidas con el resto de sus compañeros. Pero desde que la tenía al lado, hablaban a diario, aunque solo fuera para comentar la cantidad de trabajo que tenía cada uno, las ganas de coger unas vacaciones para desconectar o sobre alguna noticia que habían escuchado en el telediario del día anterior.

A medida que pasaron los meses, se fue fijando más en ella. En su pelo, que cambiaba a menudo de color y corte, en su rostro alargado, en su bonita nariz, en sus ojos, en sus labios, con los que había soñado que besaba con más frecuencia cada vez. Ella estaba casada, era de lo poco que sabía de su vida y, por otra parte, él también lo estaba.

«¿Por qué no probar suerte, ahora que nos hemos quedado solos?», pensó. Recogió sus cosas y preguntó a Gloria si ya se marchaba. Ella asintió con la cabeza y le enseñó su tarjeta, que por fin había encontrado en aquel bolso trampa.

—Odio los bolsos grandes, nunca encuentro nada cuando lo busco y, sin embargo, no podría vivir sin ellos. Cada vez me los compro de mayor tamaño. Y luego así me pasa, cuando salimos con los niños siempre termina convirtiéndose en una maleta más que en un bolso. «Que si guárdame la Nintendo, mamá, que si no podrías llevar tú mi cartera, o que si mete mis llaves, que me ocupan mucho en la chaqueta». Siempre digo que voy a comprarme uno mini y al final nunca lo hago. Algún día tendré que decir basta.

—¿Vas al metro? —preguntó acercándose a ella.

—Sí, ¿y tú?

—También.

—Estoy cansada, hoy ha sido un día agotador. Me duelen los ojos de tanto mirar el ordenador.

—¿Tienes prisa?

—¿Por? —preguntó intrigada.

—Me preguntaba si querías tomar un café conmigo. Yo también estoy agotado y en cuanto llegue a casa ya no pararé. Me tomaría un respiro, aunque solo fuera unos minutos antes de meterme en la rutina: preparar la cena, los baños de los niños, ya sabes, lo de todos los días.

No quiso que tuviese la sensación de que quería ligar con ella, pero aquella invitación parecía exactamente eso. Ni tan siquiera habían desayunado un día juntos y ahora la estaba invitando a tomar un café fuera del horario laboral. Conforme terminó de proponérselo, sintió haberlo hecho.

—Tomaré un café contigo. Será una buena forma de desconectar. A mí también me espera mucha tarea cuando llegue a casa.

Gloria volvió a sonreír y le pareció que estaba soñando. No había provocado en ella inquietud ni sorpresa. Su sonrisa denotaba más bien agradecimiento, un deseo de liberarse de la carga emocional que había supuesto aquella dura jornada de trabajo.

La llevó a una cafetería cercana a la oficina, donde solía desayunar casi todos los días. El café estaba bueno, lo ponían con espuma, el lugar era agradable y se podía conversar sin tener que alzar la voz. Quería poder hacerlo con tranquilidad, aunque solo fuera unos minutos, porque deseaba conocerla mejor. Tal vez no tendría otra oportunidad como aquella.

Gloria no echó azúcar al suyo y, aun así, le dio vueltas con la cuchara una y otra vez. Lo miró y comentó que aquel café estaba buenísimo y que lo necesitaba. Mientras lo hacía, él se fijó más en sus ojos. Verdes, con un brillo especial y unas rizadas y largas pestañas. Preciosos. Le pareció que ella también lo observaba, aunque lo disimulaba dando pequeños sorbos a su café.

—A mí me pasa como a ti, cuando llego a casa siempre me espera lo mismo. Que si las clases extraescolares, luego ponte con la cena, prepara la comida del día siguiente, dúchate y, con un poco de suerte, saca un minuto para leer un libro o ver la televisión. La rutina de todos los días. Mi marido ayuda poco, pero es lo que me ha tocado. Hace tiempo que decidí tirar la toalla.

—No es esto lo que uno espera de la vida, supongo. Es gracioso que un simple café pueda cambiar un día que estaba abocado a ser como todos los demás.

—No es un simple café, para mí es un café con un compañero de trabajo que me cae bien.

—¿Te caigo bien? No tenía ni idea, ya que apenas hablamos.

—Si no me cayeses bien, no habría aceptado tu invitación y preferiría estar de camino a casa, aunque sepa lo que me espera. —Sonrió y aquella sonrisa fue sincera, no cortés.

—Hacía tiempo que estaba deseando invitarte —le confesó y, cuando lo hizo, suspiró aliviado. El primer paso.

—¿Y por qué has esperado tanto tiempo?

—Porque no quería que pensaras algo raro. No sé cómo expresarlo.

—¿Algo así como que estabas intentando ligar con una compañera de trabajo que está casada?

—Lo has explicado a la perfección, aunque yo hubiese empleado la palabra seducir. Ligar suena demasiado frívolo y tú me importas mucho, Gloria.

—Pensé que lo estabas haciendo. Tienes razón, el término seducir es más apropiado. Me he dado cuenta de cómo me miras, ya que hace tiempo que te observo.

—Tienes razón, lo hago porque eres una mujer atractiva y no soy el único en la oficina que tiene esa opinión.

—Dime lo que sientes tú y empecemos por ahí. Estoy tomando un café contigo, no con los demás. Para eso he aceptado tu invitación, para que hablemos. Estoy dispuesta a escuchar. Es obvio que este es un café con intención, no somos críos. Te fijas en mí, en mi escote, en mis piernas, me sigues con la mirada cuando me levanto de mi silla...

—Veo que no sé disimular. —Estaba nervioso y aun así prosiguió. Ella le estaba dando pie para que continuase—. Me gustas y llevo tiempo deseando decírtelo. Es más, llevo tiempo muriéndome por besarte.

—Hazlo. No quitaré mi boca si lo haces ahora.

Le sorprendió aquella abierta invitación. Gloria estaba casada, tenía tres niños pequeños, y él también lo estaba y era padre. Hacía tiempo que había dejado de amar a su mujer, pero su matrimonio se sostenía sobre otras bases, los cimientos de dos niños en común, a los que amaba por encima de

todo. Desconocía en qué se sustentaba el de su compañera y, al hablarle de aquel modo, sospechó que atravesaba por una crisis como el suyo. Le acababa de decir que lo había descubierto mirándola más de una vez y, sin embargo, él nunca se hubiera imaginado que ella también lo observaba. Se sintió halagado porque ella era una mujer que llamaba la atención y le constaba que más de un compañero se interesaba por ella. Él no era un tipo del montón, pero Gloria jamás dio muestras de haberse fijado en él.

Miró a su alrededor y no descubrió a nadie conocido, así que aprovechó para acercarse más a Gloria, hasta que estuvo a solo unos cuantos centímetros de sus labios. La besó con la boca cerrada. Un beso suave, nada pasional. A pesar de que solo los rozó, sintió un escalofrío sensual recorrer su espalda al hacerlo. Entonces, ella le echó el brazo al cuello, lo atrajo con suavidad y lo besó abriendo la boca para que él entrara en ella. Se lo dijo sin palabras, quería un beso de verdad, no se conformaba con lo que le había dado y entonces él le dio lo que ella le estaba pidiendo.

Gloria llegó a casa media hora más tarde de lo habitual. Demasiado trabajo en la oficina y una reunión de última hora, comentó a su marido. Cogió el coche, recogió a los niños de sus clases de inglés y, después de ducharse, comenzó a preparar la cena. Luís se ocupaba de la comida del día siguiente. Por la noche, hicieron el amor. Fue más apasionada que de costumbre y su marido se sorprendió gratamente. Hacía tiempo que no recordaba a su mujer tan fogosa.

A la mañana siguiente, en la oficina, se saludaron como siempre. Ella retrasó su horario de desayuno y se fueron a tomar un café. Se preguntaron a qué les llevaría aquello y cómo iban planificar sus encuentros si decidían seguir con lo que habían empezado el día anterior. Nacho quería continuar, ya que deseaba de ella más que un beso. No había podido dormir en toda la noche pensando en Gloria, en sus labios y en lo que deseaba que viniese después.

Hablaron de sus matrimonios y se confesaron sus mutuos fracasos. Tomando café comenzaron aquella aventura y asumieron los riesgos que podía conllevar. Tenían derecho a disfrutar de unos momentos de felicidad al día y querían aprovechar la oportunidad. La tarde anterior, cuando se besaron,

habían sido felices por un breve espacio de tiempo. Gloria no tenía miedo, ni le importaba lo que durase, y así se lo dijo mientras desayunaban. Solo le pidió una cosa: que no le hiciese daño. Nacho le juró que no se lo haría.

Meses más tarde, incumpliría su promesa.



Septiembre de 2007

No tenía ganas de nada. Estaba ausente, contemplando aquella habitación de hospital tan fría, tan falta de vida. Le hubiera gustado que sus paredes no fuesen blancas. Las miraba y recordaba la ropa que había comprado con tanta ilusión para su bebé. Iba a ser una niña y no quería vestirla de rosa, pues le parecía un estereotipo del que siempre intentó huir. Rosa para las niñas y azul para los niños. Se negaba a aceptar aquellos clichés. Todo blanco y alguna prenda lila y beis, de esos colores había comprado la ropita para su hija.

Y ahora estaba en esa habitación, tumbada en aquella cama tan incómoda, contemplando las paredes blancas, sin querer pensar en nada e intentando olvidar. Raúl se hallaba a su lado y mostraba claros síntomas de nerviosismo. Se frotaba las manos y paseaba de un lado a otro. De vez en cuando se sentaba en el sillón y la observaba. Había tenido que dar muchas

explicaciones a la policía pero, al final, todo se había resuelto. Aun así, continuaba intranquilo. Unas horas antes, Alicia había dado a luz a un bebé muerto.

No sabía qué había pasado, comentó cuando llegaron al hospital. Su mujer perdía, como de costumbre, el autobús para ir a trabajar. Siempre apuraba hasta el último momento para salir de casa. Si no cogía ese, el siguiente tardaría diez minutos en pasar. No le gustaba llegar tarde a la oficina y por eso acostumbraba a ir a la carrera. Le había dicho muchas veces que no bajase las escaleras tan deprisa, que un día acabaría cayéndose. Ya estaba en la recta final de su embarazo y caminaba con dificultad. Él se encontraba en la cocina, recogiendo las tazas del desayuno. Acababa de darle un beso y le había deseado un buen día, como de costumbre. El ruido fue tan grande que corrió al descansillo temiendo lo peor. Alicia se había caído por las escaleras y estaba inconsciente. La llevó en brazos hasta el coche y la trajo al hospital. Estaba magullada y tenía el cuerpo lleno de hematomas pero, milagrosamente, no se había fracturado ningún hueso. No encontraron latido fetal y le provocaron el parto. No pudieron hacer nada por el bebé.

Regresaron a casa unos días más tarde y comunicaron a su familia la noticia. Durante las siguientes semanas, Raúl se volcó en ella. Le pidió mil veces perdón y le juró que nunca quiso hacerles daño.

Si ella no hubiera salido corriendo aquella mañana huyendo de él... Su cabeza decidió borrar lo sucedido y él no la tocó durante meses.

Antes de que Raúl empezase a hacerlo de nuevo, Alicia decidió llamar a la psicóloga que Manoli le había recomendado hacía tiempo. Su amiga había insistido en que era una gran profesional y que a ella le había infundido el coraje necesario para poner fin a un matrimonio que la oprimía, a un hombre que la anulaba como persona. «En la vida hay que luchar. Es el momento de que empieces a hacerlo, Alicia». No rompió la tarjeta como pensó hacer cuando se la dio y rebuscó en el tarjetero, tras recordar que la había guardado allí. Mientras pasaba las hojas intentó hacer memoria. «¿Cómo se llamaba? Cristina... Sí, Cristina no sé qué». Entonces la encontró. «Cristina Lagos Nogales. Psicóloga». Sacó su tarjeta y la guardó en el monedero.



Junio de 1998

Me gustaba acurrucarme entre sus brazos, mientras me acariciaba el pelo. Más de una vez tuvo que despertarme porque me había quedado dormida al calor de su cuerpo.

Perdí la virginidad la semana siguiente a aquella en que me confesó sus temores. Fue tal y como lo había imaginado y aquel día, lejos de exigirme, me lo entregó todo. Cuando acabamos, me abrazó. Entonces lo supe. Le pregunté si estaba asustado y me respondió que no. Y tras aquella respuesta, le confirmé lo que estaba segura que él ya sabía, que lo amaba. Sonrió, me besó con ternura y me dijo que, si las cosas estaban así, teníamos un serio problema.

Tras una nueva recaída, la madre de Paqui murió a finales de ese mes

y nuestros apasionados viernes tocaron a su fin. Álvaro había recorrido un camino de más de seis meses hasta admitir que quería que aquello continuase, a pesar de que reconocía que era una locura. Comenzó a pensar en la forma de seguir con nuestras citas como hasta entonces, ahora que las circunstancias habían cambiado. Yo, como consecuencia de mi edad, lo veía todo más fácil y me costaba aceptar que no pudiésemos estar juntos durante varias semanas, hasta que ideó la manera de que pudiésemos hacerlo sin que su mujer sospechase nada.

Le dijo que tenía que hacer horas extras en la oficina porque, en las últimas semanas, el volumen de trabajo había aumentado. Una excusa bastante manida, pero ella nunca había tenido motivos para desconfiar de su marido y aceptó los hechos sin hacer preguntas. A fin de cuentas, tan solo era un día a la semana.

La primera vez que nos registramos en el hotel, el recepcionista nos observó con curiosidad. Me había maquillado, recogido el pelo y llevaba un vestido que me hacía aparentar veinte o veintiún años, pero Álvaro también aparentaba la edad que tenía. Supuse que el empleado pensó aquello era un rollito o que yo era una universitaria que se pagaba los estudios como acompañante de ejecutivos. Mi hermana me había hablado de esas estudiantes, pues una amiga suya se estaba costeando así la carrera.

De aquella cama con dosel en la que disfruté tanto e hicimos el amor por primera vez, pasamos a la de la habitación de un discreto hotel, situado a varias estaciones de metro de nuestro barrio. No era tan romántica como la cama de su dormitorio, aunque tampoco era de exposición de casa de muebles, como la suya. Era una cama con vida, donde se dormía y se hacía el amor.

La bañera era mucho más grande que la de nuestro cuarto de baño y que la de la casa de Álvaro. Cuando la vimos por primera vez, nos miramos y sonreímos. La llenamos y nos metimos dentro, con el agua llegándonos casi hasta el cuello. Nos relajamos y nos pusimos a hablar hasta que la temperatura del agua descendió y decidimos salirnos. Me secó el pelo y me lo cepilló. Nos fuimos a la cama, nos tumbamos y nos abrazamos.

—Hace mucho que no jugamos. Me tenías abandonada.

—Te he echado de menos. ¿A qué quieres jugar?

—Vamos a amarnos con violencia. Quiero ver la fuerza que tengo y la que tienes tú. Intenta penetrarme, mientras me empeño en que no lo hagas. Pero juega bien, porque trataré de zafarme de ti, te clavaré las uñas y te morderé si es preciso. Te advierto que voy a tomármelo muy en serio.

—¿Quieres que emplee la fuerza para poseerte? ¿Toda de la que sea capaz para vencer tu resistencia?

—Puedo morderte y arañarte, pero tú no emplees una violencia excesiva para doblegarme. La regla es que te controles y, a la vez, intentes ganar, aunque yo pueda emplear todas las artimañas de las que sea capaz para que no consigas hacerme tuya.

—Menudo juegucito. ¿Estás segura de que quieres jugar a esto?

—¿No te excita jugar? Yo creía que los juegos eran tu debilidad.

—El simple hecho de tenerte desnuda ante mí me excita. Y solo explicándome las reglas de este juego lo ha hecho aún más.

—Ya lo veo. —La acaricié y me incliné para besar su sexo.

—Pero hay un pequeño problema.

—¿Cuál?

—¿Cómo le explico a mi mujer los arañazos y los mordiscos?

—No hagas el amor con ella hasta que desaparezcan las señales de la encarnizada lucha.

—¿Eso es lo que quieres?

—Estoy celosa. Tú sabes que solo soy tuya y, en cambio, yo tengo que compartirte con ella.

—Esto es lo que hay, Cristina, soy un hombre casado. No te comportes como una chiquilla. Si quieres jugar, juguemos, pero no me marques como a una res como si fuera de tu propiedad, porque ya me tienes. —Fue una confesión en toda regla, su personal declaración de amor.

—¿De verdad?

—Te pertenezco y lo sabes, no te hagas la tonta.

—Está bien. Me conformaré teniendo que compartirte porque no me queda otra, pero hoy voy a ser una fiera, no te lo pondré nada fácil. Tú intenta que no te arañe y empecemos a jugar.



Otoño de 2011

La llevaba en el monedero desde que perdió a su bebé y en múltiples ocasiones decidió hacer algo para acabar con su sufrimiento, aunque nunca encontró el valor para ello. Siguió aguantando, cada vez más anulada, haciéndose más y más pequeña cada día. Nunca llamó para pedir cita y tampoco la había vuelto a poner en el tarjetero. Alicia cogió el monedero para pagar los cafés y la tarjeta cayó al suelo al sacar el dinero. Estaba muy deteriorada, pero Manoli identificó el logotipo de la consulta de Cristina. Había visitado a la psicóloga hacía años y guardaba un excelente recuerdo de aquella mujer de aspecto sereno, larga melena y penetrantes ojos verdes. Su voz transmitía tranquilidad y le resultaba sencillo conectar con sus pacientes. Cuando Manoli fue a su consulta por primera vez, estaba perdida y al borde de una depresión. Cristina logró que sacase una fuerza interior que desconocía

poseer. Gracias a las sesiones de terapia, recobró la autoestima y dijo adiós a todo lo que la oprimía. Sin mirar atrás y sin remordimientos. Una fuerza que deseaba que tuviera Alicia para decir basta.

Manoli era incapaz de entender a su amiga y sintió unas ganas enormes de zarandearla para que reaccionase y regresara a la cruda realidad. Estuvo a punto de coger el móvil y marcar el teléfono de la psicóloga, aunque se contuvo. Nunca lo había hecho hasta entonces, pero ya no aguantaba más. La miró a los ojos y se lo dijo, sin pensárselo dos veces: su marido era un maltratador que había matado a su hijo. La humillaba, abusaba de ella sexualmente y la había anulado como persona.

Cuando le recordó cómo había perdido a su bebé años atrás, Alicia la corrigió: Raúl no la había empujado, intentó sujetarla cuando perdió el equilibrio. «Esa no es la versión que tu marido dio en el hospital, sino otra bien distinta. Estaba en casa cuando oyó el golpe y corrió en tu auxilio. Sin embargo, entre lagunas, tienes imágenes de lo que sucedió en realidad. Él estaba a tu lado cuando caíste. Te empujó o te hizo caer mientras huías de él. Eso es lo que sucedió y eso es lo que decidiste borrar de tu mente. Tu miedo ha guardado en tu memoria una versión distorsionada de los hechos», insistió. «De eso hace mucho tiempo, solo recuerdo que trató de sujetarme. Estaba a mi lado, no en casa como dijo, pero... Si dio otra versión, sus razones tendría».

A Manoli se le atragantó el café cuando escuchó a Alicia negar algo tan evidente.

Cuando se reincorporó a trabajar tras la muerte de su bebé, Alicia comenzó a abrirse a su amiga. Poco a poco, y sin que Manoli lograra entender por qué se había producido aquel cambio en su actitud, empezó a sincerarse con ella y a romper su escudo protector.

En una ocasión le confesó que no existía causa física por la que no se hubiera vuelto a quedar embarazada, pero tampoco le importaba no ser madre, pues ya no deseaba tener hijos. «La maternidad está sobrevalorada», señaló. Tras la muerte del bebé, Raúl tampoco volvió a hablar de intentarlo.

Alicia estaba centrada en su marido y apenas tenía contacto con su familia. Cuando se fueron a vivir juntos, él se molestaba cuando pasaba algunas tardes en casa de sus padres o de su hermana, y le recriminaba que

esas visitas restaban tiempo para disfrutarlo en pareja. Insistía en que ellos eran ya una familia y debía estar más pendiente de él. Al cabo de un tiempo, sobre todo después de que el bebé falleciera, Alicia se distanció aún más de los suyos hasta romper con ellos definitivamente, convenciéndose de que su familia era su marido y nadie más. Con el tiempo volvió a retomar el contacto con su hermana, tras el nacimiento de su sobrino Enrique. Al cabo de unos meses, ante las continuas discusiones con Raúl, que se quejaba de que le estaba descuidando de nuevo, dejó de visitarla, recibiendo noticias de su hermana solo a través del correo electrónico. De vez en cuando, Silvia le enviaba fotos del pequeño, que archivaba en una carpeta de su ordenador y en un *pendrive* que guardaba en su mesilla de noche. Su madre, que estuvo años llamándola por teléfono sin que le devolviera las llamadas, dejó de hacerlo, y se resignó a saber de ella a través de su hermana.

Aquella mañana, cuando Manoli reconoció la tarjeta en su monedero, sintió el impulso de pedírsela. Hacía una mañana clara, el sol lucía y en la cafetería hacía calor, pero Alicia no se había quitado la chaqueta. Observó a su alrededor y comprobó que todos los clientes iban en manga corta.

—Dame la tarjeta. Llamaré y te pediré cita. Y no me digas que no, porque vas a ir. Además, voy a acompañarte y así, de paso, saludaré a Cristina, ya que hace mucho que no hablo con ella.

—No necesito ningún psicólogo y no estoy para tirar el dinero.

—No lo tirarás. Es invertir en tu salud mental.

—¿Y cómo le justifico a Raúl el dinero que me he gastado en la consulta?

—Las mujeres tenemos inventiva. Échale imaginación. Por cierto, ¿qué te ha hecho ahora?

—¿A qué te refieres? —preguntó Alicia con evidentes signos de nerviosismo.

—¿Te agarró fuerte? ¿Te sujetó mientras te follaba?

—No sé de qué me hablas. Tal vez deberías ser tú la que fuera a la loquera esa.

—Me refiero a tus brazos. Tienes hematomas. ¿Te zarandeó? ¿Qué te hizo ese malnacido esta vez y por qué? Y no me tomes por gilipollas, que nos

vamos conociendo. Solo quiero ayudarte. Quítate la chaqueta, hace un día espléndido.

—Me obligó a agacharme... Me agarró fuerte, me bajó a la fuerza y se lo tuve que hacer. Cada vez es peor. Me insulta y me golpea, aunque hace tiempo que evita la cara. Antes me golpeaba donde pillase, incluso me pateaba si estaba muy alterado. Ahora nunca lo hace en el rostro.

—¡El muy cabrón! Si no lo denuncias tú, lo haré yo. A ese hijo de puta habría que mandarle un par de matones que le dieran tal paliza que se pasara dos meses en la UCI y se le quitasen las ganas de maltratar a una mujer en toda su miserable vida.

—Siempre me pide perdón, a veces llora como un niño e incluso se arrodilla. Se arrepiente siempre. —Alicia se enjugó las lágrimas.

—¿Qué me estás contando? ¿Que porque te pide perdón tienes que aguantar que te trate como una ramera? Mi marido me humillaba, me hacía sentir basura, una auténtica mierda. Que valía mucho menos que él, me decía a diario, incluso llegué a creérmelo y necesité ayuda para decir «hasta aquí hemos llegado». Cristina me salvó y va a ayudarte a ti también, como me llamo Manoli. Dame esa maldita tarjeta, que voy a llamar ahora mismo.

—Estoy asustada. Me matará si se entera que he ido a un psicólogo.

—No se va a enterar. Te acompañaré. Trae acá. —Cogió el móvil y comenzó a marcar—. Hola, ¿Cristina? Soy Manoli Ramos, no habíamos hablado desde el año pasado si mal no recuerdo... ¿Te acuerdas de mí?... Ya, ya, me lo imagino. Nunca olvidas un caso. ¿Tendrías un hueco para una amiga que necesita tu ayuda?... ¿Sí? Fantástico. ¿La semana que viene? Sí, sí, fenomenal... El miércoles, a las cinco... Allí estaremos. Por cierto, ¿todo bien? ¿Sigues tan estupenda como siempre? ¿Mucho trabajo? No me extraña, este mundo es un caos y hay mucho loco suelto. Me alegra haber hablado contigo, el miércoles seguiremos charlando. Un beso. Nos vemos, chao... Sonríe, Alicia, porque a partir del miércoles próximo, tu vida va a cambiar.

Aquella tarde, pese a que era ya otoño, hacía un calor insoportable más propio del mes de julio. Un sol de justicia atacaba a los desesperados viandantes, que intentaban resguardarse de sus rayos bajo los parasoles y

toldos de las terrazas de cafeterías y restaurantes. Alicia y Manoli se guarecieron de aquel bochorno tomando un refresco en un bar, antes de entrar en el gabinete de la psicóloga. Alicia estaba nerviosa y miraba de un lado para otro, como si tuviese miedo. Su rostro desencajado reflejaba tensión. Manoli pensó que buscaba a su marido, porque temía que él sospechase que iba a la consulta y fuera a aparecer de un momento a otro para sacarla de la cafetería por la fuerza. Se imaginó la escena que podría estar viviendo su amiga dentro de su cabeza en ese momento, cogió su mano y la sacó de su mundo de terror. Alicia agradeció el gesto con una sonrisa.

La consulta de Cristina se hallaba situada en el cuarto piso de un edificio de principios del siglo XX, cuya fachada había sido rehabilitada. El portal estaba recubierto de mármol, al igual que los suelos, que brillaban como si los hubiesen pulido recientemente. Un gran espejo y un taquillón de madera de roble, con un jarrón de vidrio y unas flores secas, lo adornaban. Los buzones parecían nuevos y en alguno de ellos aún no figuraba el nombre de su propietario. Hasta el ascensor parecía recién instalado. A Alicia le llamó la atención su techo, de color azul cobalto, con luces led que parpadeaban secuencialmente y que hacían que pareciera un cielo estrellado. Se quedó observándolo hasta que las puertas se abrieron.

En la puerta de entrada a la consulta figuraba el nombre de la psicóloga, en letras doradas sobre fondo negro. Una mujer joven con bata blanca abrió y las acompañó a la sala de espera, advirtiéndoles que tendrían que esperar, puesto que Cristina iba con retraso. Al cabo de unos minutos, Alicia comenzó a impacientarse.

—Ya deberíamos haber entrado. —Consultó su reloj.

—Solo han pasado diez minutos de la hora de tu cita. Tranquilízate. Ya nos avisó la recepcionista.

—Estoy nerviosa.

—Lee una revista, hay muchas encima de la mesita.

—Entra conmigo, Manoli.

—¿Lo crees necesario? ¿Acaso eres una niña y tengo que hacerlo, como la mamá que acompaña a su hija al médico? Esto no es una consulta pediátrica, Alicia. Pero si necesitas que lo haga, lo haré.

Unos minutos más tarde, Cristina salió de su despacho con una libreta en la mano, se despidió de su paciente y las saludó con la cabeza y una amplia sonrisa. Reconoció a Manoli en cuanto la vio, aunque habían pasado algunos años desde que le dio el alta tras la correspondiente terapia. Alicia le pidió que su amiga entrase con ella y Cristina accedió.

—Si quieres que lo haga y tienes la suficiente confianza con Manoli para hablar sin cohibirte, por mí no hay inconveniente.

—Me sentiré más cómoda si me acompaña.

—Entonces, que pase.

Alicia se sentó en el sillón, se frotó las manos y comenzó a temblar. Contar sus miedos a una desconocida le resultaba complicado. Realizar un ejercicio de sinceridad para obtener la llave hacia la libertad y la recuperación de la autoestima no dejaba de ser un desafío para una mujer como ella, que había vivido en la oscuridad durante tantos años.

Cristina cogió unas tazas de una alacena, les sirvió café y puso un platillo con pastas de té sobre la mesa. Aquel gesto tan simple consiguió que se tranquilizase y le hizo sentir como si estuviera en casa de una amiga y no en la consulta de una psicóloga. Cuando pareció relajarse, Cristina se sentó en un sillón al lado de las dos mujeres y la invitó a contarle su historia. Cogió una taza, se puso unas gotas de edulcorante líquido y dio vueltas a su café con parsimonia. Luego cogió una pastita y se la metió en la boca entera, masticando despacio. A continuación se tomó el café. No tenía prisa.

Medio año más tarde, tras varias visitas a la consulta, Alicia encontró el valor para cambiar su vida. Habló con la asistente social, denunció su caso, consiguió una orden de alejamiento y solicitó el divorcio. Pero, sobre todo, se convenció de que merecía ser feliz y se apoyó en sus amigas. Hubiera podido ir un paso más allá, cambiando de domicilio y de trabajo, pero nada le hacía prever que Raúl era un hombre más oscuro de lo que ella pensaba.

A pesar de hallarse en paz consigo misma, todavía sentía desasosiego en su interior, como si llevase una alarma dentro de su cabeza que le hiciera reaccionar ante cualquier circunstancia que pareciera amenazante. Esa sensación, le comentó Cristina, tardaría en desaparecer.

Durante un tiempo, no se sintió preparada para abrir la puerta a una

posible relación. Tuvieron que pasar varios meses para que se decidiese a salir con un compañero de oficina. Fue el primer paso hacia su liberación definitiva.

Aquello duró un par de meses. No era lo que buscaba, comentó a Manoli cuando esta le preguntó el motivo por el que lo habían dejado. Después de tantos años de maltrato, todavía tenía heridas por cicatrizar.

—Supongo que soy más exigente. —Removió su café mientras miraba al vacío, pensativa.

—Todos lo somos. Exigimos ser felices, estamos en nuestro derecho.

—Habrá más oportunidades.

—Eres una mujer estupenda, habrá muchísimas más, no lo dudes. — Manoli cogió la mano a su amiga y logró sacarle una sonrisa.

—En el fondo, todavía tengo miedo. Aún vuelvo la cabeza cuando oigo pasos detrás de mí por la calle. Me imagino que es Raúl que me persigue, que me va a dar una palmadita en el hombro y cuando me dé la vuelta lo voy a ver ahí, con su sonrisa perversa diciéndome lo mucho que me quiere y que me echa de menos.

—Quítate esa tontería de la cabeza. Aquello es agua pasada, debes mirar hacia delante. Fuiste valiente y rompiste con esa vida. No has vuelto a recibir noticias tuyas, no se te ha acercado desde que os divorciasteis, tampoco ha tratado de ponerse en contacto contigo. No seas paranoica y olvida de una vez. Él ya te olvidó.

—Hace semanas que recibo llamadas a medianoche, en ocasiones a altas horas de la madrugada. Descuelgo el teléfono y oigo una respiración. A veces son jadeos, como si al otro lado un hombre estuviese... Creo que hace algo...

—¿Como si se estuviera masturbando?

—Sí, creo que eso hace.

—Será un gilipollas que solo se puede correr haciéndose una paja mientras al otro lado del teléfono tiene a una mujer asustada. Y tú piensas que es Raúl, ¿a que sí?

—Estoy casi convencida de que es él.

—Por favor, Alicia, no me fastidies. ¿Hace tiempo que no sabes nada

de él y va a empezar ahora a acosarte a través del teléfono, masturbándose mientras siente tu miedo al otro lado de la línea?

—Puedo esperar cualquier cosa de él. Me maltrató física y psicológicamente, y me anuló por completo. Quizás crea que, después de tanto tiempo, nadie va a sospechar que vaya a regresar.

—Como una trama de película cogida por los pelos. Estoy convencida de que ese hijo de puta está haciendo la vida imposible a otra desgraciada. ¿Para qué complicarse en joder de nuevo la tuya? Piénsalo. Es un cabrón, pero ya se cansó de ti. Tú lo has dicho, ha pasado mucho tiempo.

—Pero esa respiración, esos jadeos...

—Alicia, vas a tener que pasarte a las tilas y dejar el café. Por cierto, hoy me toca pagar a mí, ¿no?



Navidades de 2011

No es sencillo mantener una aventura en el lugar de trabajo. Solo un determinado colectivo, el que tiene un horario laboral indeterminado, puede disponer del tiempo suficiente para llevar una vida paralela a la que tiene en casa. Una relación extramatrimonial necesita de tiempo, un bien escaso en nuestros días. Si la aventura es sexual, que es así como la mayoría de ellas comienzan, tal vez esa carencia se pueda suplir con imaginación. Cualquier lugar es bueno para un beso furtivo, una caricia, un abrazo, un orgasmo improvisado.

No obstante, si lo que comenzó como una mera diversión para salir de la rutina y evadirse de la mediocridad de nuestro día a día se convierte en algo más profundo, la cosa se complica. Ya no es suficiente con unos minutos al día en un rincón perdido de la oficina, en la trastienda o en los lavabos de la

cafetería donde desayunamos cada día. Cuando la aventura pasa a transformarse en algo con visión de convertirse en una relación duradera, o incluso en una nueva apuesta por la que romper con todo lo anterior, comienza a sentirse un deseo cada vez más incontrolable de querer más, de necesitar disfrutar de la otra persona durante más tiempo y la realidad nos golpea de manera abrupta, casi dolorosa.

No hay tiempo. El deseo físico, que podría solventarse con una hora al día, deja de ser lo más importante, para dar paso a algo que lo es más. Y así, nuestras necesidades afectivas, que requieren de mucho más tiempo para alimentarse, aquel del que no se dispone por más que se busque, quedan frustradas y comienzan a pasarnos factura si no se ven cubiertas.

—Nosotros pasaremos la Nochebuena en casa de mis suegros y la Navidad en la nuestra. Vendrán mi madre y mi hermana con su familia. Nos juntamos unos cuantos y es una auténtica locura, pero me encanta. Hay gente que aborrece estas fiestas y, sin embargo, yo las disfruto, quizás porque mis niños son aún pequeños. La mayoría de mis amigas tienen hijos adolescentes a los que la Navidad les trae al fresco, por lo que viven estas fechas como una cruz. En cambio, nosotros todavía vamos a la cabalgata de Reyes para coger caramelos y les ponemos agua a los camellos y leche caliente a Sus Majestades. La ilusión de mis hijos merece la pena.

—Mi hijo mayor está con la mosca detrás de la oreja. En el colegio no hacen más que comentar que los Reyes no existen. Habrá que contárselo. Me da pena, pero mantener el engaño es peor, pues cuando descubren la verdad se sienten decepcionados porque sus padres les han mentido. —Nacho la observó con detenimiento. Cada día le parecía más maravillosa. A duras penas podía contener las ganas de besarla.

—A Rocío le conté un cuento que me envió una amiga por correo electrónico. Sobre el papel me pareció una buena forma de desvelarle la verdad sin que se disgustase demasiado. Le estaba lavando la cabeza y faltaban unos días para Reyes. Me lo preguntó de repente. «Dime la verdad, mamá, ¿los Reyes Magos existen? Es que en el cole me han contado que sois vosotros». Me prometí un día que, cuando me lo preguntase, no mentiría. Así

que comencé a contarle el cuento y, conforme lo hacía, sus ojos empezaron a enrojecerse. En ese momento rompió a llorar e intenté consolarla. La abracé fuerte y, al final, lloré con ella como una chiquilla. Se hizo mayor ante mis ojos, se escapó mi niña con el último aclarado de su melena rubia. Cuando se tranquilizó me preguntó, todavía con lágrimas en los ojos, «y entonces, el Ratoncito Pérez tampoco existe, ¿no?». —Gloria tenía la vista perdida, en algún punto de la pared, mientras contaba aquella historia.

—Se hacen mayores sin que nos demos cuenta. Es hora de desayunar, ¿lo hacemos juntos o has quedado?

Nacho decidió cambiar de tema, pues le pareció que aquel abría la puerta a la nostalgia y Gloria se había puesto triste al recordar.

—Invitas tú, necesito un café.

Se sentaron en su mesa habitual, en aquella en la que la había besado por primera vez. Desde aquel día, solo habían podido hacerlo de manera esporádica, aprovechando las pocas ocasiones en que no quedaba nadie en la oficina, y a lo único que habían llegado era a que Nacho perdiera sus dedos bajo el sujetador de Gloria y a hundirlos en su interior para gozar de su humedad, y a que ella llevase la mano a su entrepierna para sentir su deseo.

Se habían convertido en dos adolescentes, quedándose siempre con ganas de más. Demasiada pasión y muy poco tiempo. No veían la oportunidad de ir un paso más allá, por pequeño que fuera. Él necesitaba tocarla, sentirla, besarla durante más de un minuto, entrar en ella.

Un paso más allá.

Gloria lo observó mientras pedía los cafés en la barra. Una hora antes habían estado abrazados en el baño de la oficina. Ella también ansiaba más. Nunca había engañado a su marido y se preguntaba por qué ahora y por qué precisamente con él. Cuando le dio pie para que la besara, ya hacía tiempo que iba a la deriva. Había llegado el momento de tomar de nuevo las riendas de su vida. Tal vez ese beso, pensó entonces, le ayudaría a hacerlo. Meses más tarde las agarraría bien fuerte, pero caminaría por una senda bien distinta.

—Quiero más. Necesito más, Gloria. No somos críos y me siento así cada vez que nos besamos o nos acariciamos.

—¿Podrías sacar una tarde para nosotros? Porque si piensas que eres

el único que necesita más, no sabes lo que busco en realidad.

—Necesito una tarde contigo.

—Saca ese tiempo y yo haré lo mismo. Estoy cansada de besos furtivos y caricias por los rincones. Ya solo nos falta perdernos en los probadores de un comercio para tener intimidad.

—¿Consideras que lo que hemos hecho hasta ahora es una infidelidad?
—Nacho observaba cómo daba vueltas a su café. Nunca le echaba azúcar, pero tenía aquella costumbre que a él le llamaba la atención.

—¿Te refieres a que, al no habernos acostado aún, lo que tenemos no es una aventura en toda regla? Porque desde que me besaste, siento que llevo el cartel de infiel pegado a la frente. No estoy arrepentida, pero desde aquel beso mi vida no es la misma. Es mejor.

—No he querido decir eso, no me malinterpretes. Lo que tenemos va más allá de una aventura, por eso te lo preguntaba. Tú me importas y cada día que pasa lo haces más. No estoy asustado, solo me pregunto a qué nos llevará todo esto. No sé cómo te sientes tú. Yo estoy muy bien contigo, aun sin haberte tenido, y no solo necesito sentirte, también deseo conocerte más. Me sorprendes cada día y me gusta lo que descubro. Por ejemplo, ahora mismo, mientras das vueltas a tu café, ¿sabes que le das quince vueltas con la cuchara? Ni catorce ni dieciséis. Quince. ¿Las cuentas?

—No, nunca las he contado. —Lo miró con gesto sorprendido.

—Siempre das las mismas, quince. Una manía. Seguro que yo tendré cientos.

—¿Y qué otras cosas hago de las que no soy consciente?

—Deja que piense... Te haces tirabuzones con un mechón de cabello cuando hablas por teléfono. Sujetas el auricular con la mano izquierda y, mientras conversas, enrollas tu pelo. Si la conversación te interesa, lo enrollas y desenrollas, una y otra vez y, en ocasiones, te lo echas por detrás de la oreja. Si estás nerviosa o te aburres, lo enrollas dos o tres veces a lo sumo, te rascas la cabeza y te revuelves en la silla. Ah, si estás francamente aburrida, coges un bolígrafo y comienzas a golpear con él la mesa. Martilleas incansable y los compañeros te miran. Pones unos gestos divertidos. Me gusta observarte.

—Supongo que lo de revolverse en la silla cuando la conversación es

aburrida lo hacemos todos.

—Lo de rizarte el pelo con los dedos solo lo haces tú.

—Debes estar muy ocioso para observarme tanto.

—No, lo que estoy es deseando descubrirte. Ya te he confesado que me importas.

—Entonces, ¿es cierto que para ti soy más que una aventura?

—Mucho más. ¿Y para ti?

—Nunca me había pasado esto y llevo años casada. A mí también me importas —reconoció al fin.

—¿Tienes miedo? ¿Al mañana, a que en el futuro tal vez tengamos que tomar decisiones? Porque yo lo tengo.

—Siempre me ha asustado el futuro, ¿a quién no? Pero no es un miedo exagerado, sino un temor llevadero. Soy una persona positiva, siempre pienso que esto que he vivido hasta ahora no es todo lo que me espera, que hay mucho más y mejor al final del camino. ¿Ha sonado muy poético?

—Ha sonado literario, pero también optimista. Estoy pensando, cambiando de tema, que podría decir que es el cumpleaños de un compañero y que nos ha invitado a tomar unos vinos. Para sacar nuestra tarde...

—Es una excusa factible. La primera que le pondrás a tu mujer a partir de ahora. ¿Y las demás? Porque tendremos que inventarnos otras muchas. Una al mes, al menos.

—¿Una al mes? Eso lo veremos sobre la marcha. —Nacho cogió su mano y observó sus dedos, largos y finos.

—¿Un cumpleaños entonces? —Gloria acabó su café.

—El próximo jueves. ¿Te viene bien? —La miró a los ojos y esperó ansioso su respuesta.

—Perfecto.

—Es tarde, tenemos que regresar a la oficina.

—Tú también haces una cosa cuando estás nervioso y ni siquiera te has dado cuenta, como yo con el café.

—¿Ah, sí?

—Te tocas la nariz. Y ahora mismo lo estás haciendo.



Año 1998

Una futura psicóloga en la familia. Desde pequeña quise estudiar Psicología. Aquella era una de las cosas que siempre tuve más claras en mi vida. Mi hermana estudiaba Empresariales y yo había comenzado aquel año la carrera. Cuando nuestros padres hablaban de nosotras, no podían hacerlo con más orgullo. Por eso, en ocasiones se me pasaba por la cabeza qué pensarían de su hija pequeña si supieran que llevaba años manteniendo una aventura con un hombre que le duplicaba la edad y que, además, era uno de sus mejores amigos.

Desde que Álvaro y yo manteníamos aquella extraña relación, tenía más ganas de estudiar Psicología, porque su personalidad me intrigaba. Deseaba desentrañar los misterios de su alma y los oscuros secretos de su corazón. Para mí era como un reloj antiguo: necesitaba ver su complicada

maquinaria y averiguar por qué funcionaba así.

Cuando estaba a su lado, mi corazón latía con fuerza y quería saber por qué me dominaba de aquel modo, por qué sentía por él tanta dependencia, por qué me atraían sobremanera sus juegos. Anhelaba que llegara el día de nuestro encuentro para descubrir qué me tenía preparado y qué nuevo divertimento había ideado para mi deleite. A veces pensaba que dependía más de aquellos juegos que de él mismo.

Hacía tiempo que habíamos cambiado los viernes por los jueves y, dado que la excusa de las horas extras no era algo que pudiese mantener por tiempo indefinido, tuvo que agudizar su ingenio buscando otras igual de creíbles. Con estas nuevas mentiras nos vimos obligados a distanciar nuestros encuentros a uno o dos al mes, lo cual nos parecía poco, pero tuvimos que resignarnos a vivir así nuestra clandestinidad.

Conforme transcurría el tiempo y nuestra historia fue avanzando, decidí dedicarme de lleno a mi carrera. Aunque esperaba nuestros encuentros como anhela un niño la llegada de los Reyes Magos, también empecé a hacer amigos en la facultad y a salir con ellos cuando los estudios me lo permitían.

Entre aquellos amigos universitarios estaba Juan Carlos, un joven simpático y atractivo que me atrajo desde el primer día en que nos conocimos. Me recordaba a Álvaro, aunque físicamente no se parecían. Era tal vez por su modo de hablar, su enigmática mirada o la facilidad que tenía para llamar la atención solo con su media sonrisa. Resultaba difícil imaginar lo que pensaba, la intencionalidad de lo que decía o si estaba interesado por la conversación que manteníamos en un momento determinado. Era, en definitiva, todo un enigma para mí. Averiguar qué se encerraba tras aquella actitud suponía un reto para una estudiante de Psicología.

En uno de mis encuentros con Álvaro, tras haber hecho el amor en la ducha, nos sentamos en la cama y me cepilló el pelo, como de costumbre. Me lo había cortado por encima de los hombros, hecho que le sorprendió, acostumbrado a mi larga melena. No le disgustó aquel cambio tan drástico, pero me confesó que hubiera preferido que le consultara antes de hacerlo. Aquel fue el primer gesto, después de tanto tiempo juntos, con el que descubrí que me consideraba realmente suya. Lejos de molestarme, me agradó su queja

y aquel sentimiento de posesión que había germinado en él.

Cuando terminó de cepillarme el cabello, nos tumbamos en la cama y nos pusimos a conversar. Estaba impaciente por contarle todo lo que me había sucedido durante aquel mes. Me resultaba increíble que pudiésemos llevar bien aquella relación tan singular y que lo nuestro todavía funcionara. Nos veíamos una o dos veces al mes y, tras el fallecimiento de su suegra, era yo quien le llamaba a su oficina, de vez en cuando y durante apenas unos minutos, para saber cómo estaba y quedar el jueves que le venía mejor hacerlo.

Además de aquel día en nuestro hotel habitual, tenía que conformarme con verlo los viernes en que venía a casa con Paqui para jugar su habitual partida de cartas, abrirles la puerta y rozar con disimulo su mano cuando entraba en casa.

En ocasiones, me preguntaba si merecía la pena mantener lo nuestro, castigarme con no buscar algo que pudiese satisfacerme más y me preocupaba que si existía el hombre que pudiera hacerme olvidar a Álvaro, yo no estuviese haciendo nada por encontrarlo. Imaginé cómo sería una relación con Juan Carlos y si él podría llenar el vacío que sentía cuando no estaba con mi amante, ya que mi compañero de facultad era el único hombre con el que intuía podría comenzar algo nuevo.

En más de una ocasión, mis amigas habían comentado que existía química entre nosotros, pero él nunca me pedía que saliésemos solos. Después, cuando llegaba el esperado jueves y me perdía entre las sábanas con Álvaro, aquel pensamiento desaparecía de mi cabeza, simplemente por un único hecho: lo amaba. Entonces olvidaba mis dudas y me bastaban aquellas horas para recordar lo mucho que significaba para mí.

Sin saber por qué, aquel día comencé a hablar con Álvaro de mis amigos de la facultad y de Juan Carlos en especial. Tras su comentario acerca de mi corte de pelo, quizá mi intención fue ponerlo celoso.

—Y ese compañero del que me hablas, ¿te atrae sexualmente? —preguntó con curiosidad.

—¿Sexualmente? Sí, aunque no más de lo que me atraes tú.

—Veo que me ha salido un duro competidor. Este día tenía que llegar. Mucho ha tardado. —Lejos de enfadarse, sonrió.

—Duro, duro, no. Acabo de decirte que tú me atraes más que él.

A pesar de aquella sonrisa, temí que la conversación tomase otros derroteros. Álvaro y yo jamás habíamos discutido y pensar que podría haber iniciado nuestra primera pelea me llenó de inquietud.

—El grado de «más» es lo que me preocupa. ¿Algo más, mucho más, muchísimo más?

—Muchísimo más, tonto. —Le tiré del pelo y traté de calmarme.

—Ven aquí. Dime cuánto, me gusta oírlo.

—Me atraes mucho y te quiero más que a nadie en este mundo. — Hundí mi lengua en su boca. Con aquel beso descubrí que no estaba enfadado, ni siquiera un poco celoso—. Dejemos de hablar y juguemos otra vez.

—De acuerdo. Voy a atarte y a taparte los ojos. Hoy toca jugar a las adivinanzas. Pasaré una parte de mi cuerpo por tu piel y por tu boca y tendrás que decirme qué parte es. Cada vez que aciertes, te deberé una y si te equivocas, me deberás tú a mí. —Se puso encima de mí para impedir que me moviese y sentí el peso de su cuerpo. Él era mío.

—¿Y qué nos deberemos?

—Favores sexuales.

—Entonces, que comience el juego.

Con los ojos vendados y las manos atadas al cabecero de la cama, empezamos aquel sensual divertimento. Gané la mayoría de las ocasiones, ya que conocía a la perfección su cuerpo. Cuando acabamos, hicimos el amor. Un par de horas amándonos, sin apenas darnos un respiro para descansar.

Cuando dimos la sesión por finalizada, me tumbé a su lado, apoyé la cabeza en su hombro y le comenté que lo notaba fatigado, no sexualmente, recalqué, sino con un cansancio que me preocupaba, sin saber por qué. Le pregunté si le pasaba algo, pues tenía mal aspecto y sus ojos no brillaban como de costumbre. Su silencio me llenó de desasosiego.

—Estoy haciéndome unas pruebas. Han detectado algo en mis análisis y tienen que determinar qué es. En unas semanas tendrán los resultados. Pero no te preocupes, no será nada.

—No me mientas.

—Y no lo hago, te repito que hasta dentro de unas semanas no sabré

nada.

—¿Cuántas semanas? —insistí. Me senté y lo observé con más detenimiento. Estaba pálido y había adelgazado.

—No sé, dos, quizás tres. No te preocupes, no te mentiré.

Lo abracé y le pedí que no lo hiciera, pasara lo que pasara, pues no quería que me tratase como a una chiquilla. No me consideraba como tal cuando se perdía en mi cuerpo y no quería serlo para ninguna otra cosa. Me acarició el rostro con ternura y después se deslizó hasta mis pies para besarlos y hasta mi sexo para darme placer despacio, como a mí me gustaba.

Cinco semanas más tarde me dio la noticia. Lo hizo porque le pedí que no me mintiera y que no me tratase como a una niña, y me lo contó para demostrarme que nunca me había considerado como tal. Cáncer. La noticia me cayó como un jarro de agua fría. Comencé a llorar, incrédula, perdida, queriendo despertar de lo que me parecía un mal sueño, sentada en aquella cama de hotel, abrazada a él y sin querer soltarlo. Cuando finalmente me calmé, le colmé de besos, no dejando un milímetro de su piel sin besar.

Me dijo que lo que vendría a partir de entonces iba a ser duro y que esa parte del camino la tenía que recorrer solo. Me juró que aquellos últimos dos años habían sido los mejores de su vida y, después de poseerme por última vez, me dijo adiós.

Ya no disfrutamos de más jueves, ni más masajes, ni vendas en mis ojos, ni cenas desnudos a la luz de las velas. Tampoco hubo más partidas de cartas en casa de mis padres. Me consumí por dentro a la espera de noticias acerca de su enfermedad, que recibía a través de ellos, mientras intentaba disimular mi dolor.

Paqui venía a casa de vez en cuando, a tomar un café y a llorar sobre el hombro de mi madre. Por ella supe que se estaba muriendo. En los últimos meses le fueron a ver varias veces al hospital. El diecisiete de enero del año siguiente, falleció. No tuve fuerza para ir al tanatorio, ni para acudir a su entierro.

Fue como si, con su muerte, también lo hubiera hecho una parte de mí.

Un par de semanas más tarde, cuando regresaba de la facultad, me encontré a Paqui sentada en las escaleras del portal. Cuando me vio, se

levantó y, con gesto serio, me dijo que me estaba esperando y que si podíamos ir a tomar un café, porque tenía algo que contarme.

Caminé a su lado, sin pronunciar una sola palabra, observándola de reojo. Había adelgazado, estaba demacrada y tenía los ojos hundidos en sus cuencas. Incluso su piel presentaba una coloración cetrina, como la de un cadáver. Ni siquiera se había preocupado por mandar a la modista el abrigo que llevaba puesto y que le quedaba enorme, debido a que su cuerpo se estaba consumiendo. Andaba encorvada, como camina una anciana. Aquellos meses de hospital la habían hecho envejecer veinte años.

Nos sentamos en una mesa al lado de la ventana y pedimos café. Se quedó mirando la calle durante unos minutos, sin pronunciar palabra alguna y después abrió su bolso, sacó un sobre y me lo me entregó temblorosa: «A Cristina: No sobrevivas, ¡vive!», escrito a pluma y con una caligrafía impecable.

—Álvaro lo guardaba en la mesilla del hospital, junto con otro dirigido a mí. Me rogó que te lo entregase cuando todo acabara y me pidió perdón. No he tenido valor para dártelo hasta ahora —dijo por fin, mirándome a los ojos.

Abrí el sobre procurando no romperlo y me puse a leer. Dos hojas a doble cara con la misma esmerada caligrafía. A cada párrafo, emotivo y sincero, paraba y alzaba mi vista para observar a Paqui. Tenía los ojos enrojecidos y me miraba atenta, pero no vi atisbo de rencor en su mirada. Tras leerla, la doblé con cuidado, la introduje de nuevo en el sobre y la guardé en mi cartera. Sacó un pañuelo de papel del bolso y me lo ofreció, previendo que fuese a ponerme a llorar, pero no lo hice.

—Mi carta es más breve. Tal vez, porque lo único que quería era pedirme perdón —murmuró. Me pareció que iba a derrumbarse.

—Siento haberte hecho... daño —balbuceé.

Aunque no lo sentía en realidad, pronuncié aquellas palabras porque pensé que, al disculparme por lo sucedido, Paqui aliviaría su dolor. Había disfrutado de todos y cada uno de los momentos en los que estuve al lado de Álvaro y no estaba arrepentida de nada. Yo era una víctima más de su pérdida y lo quería y añoraría mientras viviese.

—¿Lo amabas? —preguntó mirándome a los ojos. Ni odio, ni rencor, ni ira en su mirada.

—Muchísimo.

—Yo también. Tuvo suerte. Dos mujeres que lo querían con locura. Me confesó que te amaba y creo que a mí ¿también? me quería, a su manera.

—Me consta... —No pude articular más palabras. Traté de calmarme y desdoblé el pañuelo con cuidado, por si fuese a necesitarlo en breve.

—Tenía un modo peculiar de amar.

—Lo tenía.

En aquel momento vi nuestra historia en un *flash*, pasando por mi cabeza a fotogramas. Todos nuestros encuentros y nuestros juegos. Recordé sus caricias, el primer día en que me poseyó después de tanto como se lo imploré, el día en que me explicó el motivo por el que no me quiso hacer suya antes. Mis lágrimas esperaban salir de mis ojos, me pedían permiso para hacerlo.

—Le pregunté, cuando encontré valor y solo nos quedaba despedirnos, cuándo comenzó lo vuestro. No puedo llamarlo aventura, no se me ocurriría hacerlo. Sé que fue mucho más y por eso me duele tanto. Sé que solo me pidió perdón por el daño que aquella confesión me había causado. Añadió que no se arrepentía de lo que había vivido, pues fue feliz y que no me descuidó en ningún momento, por lo que se encontraba bien consigo mismo. Y yo lo fui a su lado, enormemente feliz. Por eso, no tenía nada que perdonar ni yo tengo nada que perdonarte, ya que estabais enamorados. Álvaro era un hombre del que cualquier mujer podría enamorarse. Muchas le echaron el ojo antes y después de que nos casáramos y jamás me engañó, hasta que apareciste tú. Por eso sé que te amaba y no te guardo rencor, tan solo me siento mal por no haber sabido amarlo lo suficiente como para que no tuviera que buscar fuera de su casa lo que yo no supe darle. Lo que necesitaba se lo tuviste que dar tú, una adolescente que podría haber sido su hija.

—Un año, nueve meses y dos días.

—¿Disculpa?

—Lo nuestro duró un año, nueve meses y dos días. Desde las Navidades del noventa y seis hasta que le detectaron el cáncer. Cuando le dieron los resultados de las pruebas, nos dijimos adiós.

—Pensé que había sido bastante menos. Algo que se prolonga tanto no es una aventura. El tiempo que estuvisteis juntos me confirma que fue mucho más.

—¿Te habló de mí?

—Un par de semanas antes de morir. Me confesó todo, me contó lo de la carta y me pidió que te la entregara. Lloramos juntos. Fue la única vez que lo hizo. Desde el diagnóstico hasta el final, no vertió una sola lágrima ni lo vi abatido. Me daba ánimos, figúrate, él a mí. Se iba consumiendo poco a poco, dejó de ser él para convertirse en un muerto en vida y aun así, sonreía y gastaba bromas. Y yo tenía que salirme de la habitación, aprovechando que recibía alguna visita, para llorar en el pasillo y evitar que me viera hacerlo. Fue muy duro.

—¿Cuando murió tuvo alguna palabra para mí?

—Cuando murió estaba sedado. Pero días antes me dijo que nos quería a ambas, aunque de un modo diferente. Sé que no es un consuelo, al menos no para mí, pero debía decírtelo.

—No, no lo es.

No pude contenerme más y rompí a llorar. Se levantó de la silla y me abrazó como solía hacer mi madre cuando era pequeña y lo hacía desconsoladamente por algo. Agradecí aquel abrazo sincero.

—Gracias, Cristina. —Cuando me calmé, me soltó y volvió a sentarse.

—¿Por qué? —pregunté enjugándome las lágrimas.

—Por haberlo amado.



Primavera de 2012

El cielo de Madrid lucía espectacular aquella tarde. Gloria aborrecía el frío invierno y aquel sol y el luminoso azul de la capital le insuflaban vida. La excusa de ese mes, una jubilación, la de su compañero Alfredo. No había ningún Alfredo en la oficina, como tampoco existía Juan Antonio, quien el pasado mes había invitado a unas cañas con motivo de su boda.

Nacho pagó en efectivo. Días antes había efectuado la reserva por teléfono, solicitando la misma habitación de la vez anterior. Estaba situada en el primer piso y daba a la calle principal. Era amplia y decorada con estilo minimalista, con muebles claros y un amplio cuadro abstracto que hacía las veces de cabecero. La atrajo hacia él y, nada más cerrar la puerta, la besó con tanta fuerza que ella se quejó. Como castigo a su ímpetu, le mordió los labios.

—No me vuelvas a romper los botones de la blusa —le advirtió cuando la tiró en la cama—. He traído el costurero de emergencia en el bolso, pero no quiero tener que hacer uso de él otra vez. Y cuidado con el tanga. Tampoco me apetece aparecer en mi casa sin ropa interior.

—Pues no te desnudes en presencia de tu marido.

—¿Y si me está esperando en el dormitorio...? No sería la primera vez y no tendría escapatoria. Me bajo el pantalón y descubre que su mujer no lleva ropa interior. ¿Qué explicación le doy, si puede saberse?

—Le dices que te las rompió tu amante.

—Muy gracioso. En serio, no vuelvas a hacerlo y, si te apetece tanto, procura venir provisto de unas de repuesto.

—¿Color?

—Negro. Sabes que no uso otro color de lencería.

Se tumbó en la cama y aguardó a que la desnudara. Lo hizo sin el ímpetu de las otras dos veces. Le quitó el sujetador, le bajó el tanga y rozó con los labios su monte de Venus. Después se perdió en su sexo al ritmo que Gloria marcaba con sus gemidos. La poseyó sin prisa, disfrutando cada segundo y aguantando hasta que ella llegó al orgasmo.

Cuando Nacho entró en casa, su esposa lo esperaba en la cocina con gesto serio. Aunque las excusas eran convincentes, él no solía relacionarse con los compañeros de trabajo y en los últimos meses había asistido a tres celebraciones por motivos diversos. Natalia no era celosa, pero aquel cambio en sus hábitos la puso sobre aviso. Su mujer le dio un beso y le preguntó que qué tal el día. En ese momento, Nacho vio malestar en su rostro y comprendió que sus encuentros con Gloria debían espaciarse.

—¿Qué tal te lo has pasado?

—Nos hemos divertido. En las reuniones de compañeros siempre se acaban contando chistes, algunos francamente malos, pero te ríes. ¿Y tu día?

—Agotador, como todos. Y, para rematar la jornada, Mario está en la cama. Le dolía la garganta. Le he puesto el termómetro y tiene fiebre. He llamado a mi madre y le he pedido que se quede con él mañana. Tendrás que ir a recogerla.

—¿Está dormido?

—Sí, procura no despertarlo. Adrián también está acostado.

—Siento haber llegado tan tarde, se me fue el santo al cielo.

—No pasa nada, pero preguntaron por ti. Adrián no quería irse a la cama sin que le dieras un beso. Me tuve que enfadar con él.

—Voy a verlos y me marcho a por tu madre.

—Ha sobrado lasaña de esta mañana. ¿Cuando regreses de recogerla te caliento un poco o prefieres que te prepare una ensalada?

—Lo que me pongas estará bien.

Tras la cena, se despidió de su suegra y Natalia se quedó hablando con su madre. Al cabo de un rato, su mujer entró en el dormitorio. Se desnudó y antes de que se pusiera el pijama, Nacho le pidió que no lo hiciera. Él estaba leyendo un libro en la cama, la contempló y pensó que todavía era una mujer atractiva. Llevaban más de una semana sin hacer el amor. Los años de convivencia, la casa, el trabajo y los niños habían apagado la pasión poco a poco y sin que apenas se diesen cuenta. El suyo se había convertido en uno de tantos matrimonios cuyos encuentros sexuales se reducían a los fines de semana.

Aunque estaba cansada, obedeció y se metió en la cama, dispuesta a dejarse hacer. Tras llevarla al orgasmo, su mujer lo besó y quiso devolverle lo que le acababa de dar. Nacho salió de su cuerpo, conservando su erección, y la abrazó, diciéndole al oído que la quería, aunque no era cierto.

—No creo que pueda llegar yo, cariño, estoy agotado.

—Mañana aprovecharemos que es viernes y no madrugamos al día siguiente para seguir... Por cierto, esta tarde he llamado a la oficina y se ha puesto tu compañero Sergio. Le he preguntado si no había sido invitado a la jubilación de Alfredo y se ha quedado sorprendido. No conocía a ningún Alfredo. De hecho, en tu oficina no hay ningún compañero en edad de jubilarse.



Agosto de 1999

Abrimos las maletas y sacamos los bañadores y las toallas. El viaje se hizo muy pesado, porque Juan Carlos no había querido parar ni para tomar un café y estábamos cansados. En la foto del folleto de la agencia de viajes, el hotel tenía una piscina espectacular y por eso lo habíamos elegido. La habitación parecía recién reformada, era amplia, los muebles estaban nuevos y la cama de matrimonio era enorme.

Nos desnudamos de prisa, ya que teníamos ganas de darnos un chapuzón para relajarnos antes de ir a comer. No me había puesto aún el bikini, cuando Juan Carlos me agarró por la cintura y me cogió en volandas, tirándome sobre la cama. Se puso encima y comenzó a hacerme cosquillas.

Hacía solo tres meses que salíamos y, a pesar de ello, cuando me propuso que nos fuésemos de vacaciones juntos, no me sorprendió. Me sentía

a gusto a su lado y había empezado a llenar el vacío que quedó en mi vida cuando Álvaro me dejó tan de improviso.

No hubo flechazo, aunque sí revoloteaban mariposas en el estómago cuando nos besábamos. Eran mariposas menos vistosas, sus colores no eran tan llamativos y batían sus alas con más suavidad que aquellas que vivieron dentro de mí cuando hacía el amor con Álvaro. Pero ahí estaban, recorriendo mi cuerpo cuando lo veía en la facultad y nos abrazábamos, desayunábamos juntos en la cafetería y me acariciaba con la mirada, nos perdíamos en su coche y hundía sus dedos en mi interior, cuando lo acariciaba y lo encendía. Hicimos el amor sin deshacer ni siquiera la cama y después nos fuimos a la piscina.

—Hasta *jacuzzi*, tal y como venía en el folleto. —Me cogió de la mano y bajamos juntos las escaleras. Nos sentamos y comprobamos que el agua estaba tibia. Era una sensación agradable. Los chorros me hacían cosquillas.

—¿Nunca has probado un *jacuzzi*?

—Jamás.

—Qué paleta.

—Vaya, habló la niña pija.

—Con el sol tus ojos parecen más claros.

—Me está fastidiando este sol, los ojos claros no aguantan tanta luz. Creo que se ha acabado el *jacuzzi* para mí. Además, estoy enfadado contigo porque me has llamado paleta.

—Del piropo sobre tus ojos no dices nada. Tienes unos ojos preciosos.

—Los más bonitos que has visto, seguro que me vas a decir eso.

—Pues no, no lo son, lo siento. Los más bonitos que he visto eran los de un hombre con el que estuve casi dos años, se llamaba Álvaro. Sus ojos eran espectaculares, de un verde intenso.

—Si lo sé, no comento nada. —Hizo una fingida mueca de disgusto. Me acerqué un poco más a él y lo besé con dulzura.

—No te pongas celoso, los tuyos también son bonitos.

—¿Lo amaste? A Álvaro... —Noté en su voz cierta inquietud.

—Mucho.

—¿Y por qué lo dejasteis? ¿Incompatibilidad de caracteres, como se dice ahora?

—Murió. Si quieres, te cambio el sitio. Aguanto mejor el sol en los ojos que tú.

—Gracias, pero no hace falta. Siento lo de Álvaro.

—Estar contigo me está ayudando a superarlo. Al principio fue duro. Sentí un enorme vacío en mi interior, como si me arrancasen el alma y se reuniera con él. Creí que iba a costarme repetir curso, pues no tenía ganas de nada. Solo pensaba en Álvaro y en la última vez que estuvimos juntos.

—Me alegra pensar que te he servido de algo.

—No sé qué hubiese hecho sin ti. Estoy cansada de tanto *jacuzzi*, regresemos a la habitación. Quiero demostrarte lo mucho que me ha servido que estuvieses a mi lado, si tú quieres. Voy a agradecértelo en la bañera. ¿Alguna vez has hecho el amor en una?

—Nunca.

—Pues ya es tiempo de que te estrenes.

La semana anterior estuve tomando café con Paqui. Desde que me entregó la carta de Álvaro y nos sinceramos la una con la otra, quedamos en varias ocasiones. Curiosamente, el hecho de haber compartido el mismo hombre forjó entre nosotras un vínculo de extraña complicidad.

En aquella ocasión me hizo un regalo muy especial, que todavía conservo en la cartera. Cada vez que compro una nueva, lo guardo en uno de sus compartimentos, llevándolo siempre conmigo. Está intacto, como el primer día, y creo que es porque aquello que sentí hace ya tanto tiempo tampoco ha envejecido, pues permanece en mi corazón y perdurará siempre en mí. Es una fotografía tamaño cartera de Álvaro, hecha en un estudio, de las que regalan cuando te haces de carnet. Cuando me la dio y me puse a mirarla, caí en la cuenta de que ya no era capaz de recordar su cara.

No había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, pero solo recordaba sus besos, sus abrazos y sus caricias, incluso el olor de su piel y el brillo de sus ojos. Me acordaba de todo aquello y, sin embargo, su

rostro se había desvanecido de mi memoria.

Me despedí de Paqui con un beso y agradecí su regalo. Guardé la foto en el mismo sobre en que tenía la carta y prometí que la llamaría cuando volviera.

Meses más tarde, en otro de nuestros cafés, me contó que había encontrado un nuevo trabajo como secretaria en un despacho de abogados. Estaba ilusionada y me alegré por ella. Un año después, me anunció que se casaba con uno de los socios del bufete. Vendió el piso y se mudó al centro.

Han pasado ya muchos años de la muerte de Álvaro, pero continuamos quedando una vez al mes para tomar un café y pasar una tarde de confidencias. Nunca dejamos de hacerlo, llueva o truene. Si por cualquier motivo no podemos vernos en la fecha acordada, lo hacemos unos días más tarde, pero jamás permitimos que pase un mes. La invité a la apertura de mi consulta, a mi boda, lloré con ella mis abortos y celebramos juntas mi divorcio. Pasó de ser mi rival, a convertirse en mi mejor amiga. Con los años, he llegado a quererla casi tanto como quise a Álvaro, que es la persona a quien más he amado en toda mi vida.



Junio de 2012

Había cogido una revista y la hojeaba con desgana. De vez en cuando consultaba el reloj. Pasaban quince minutos de la hora de su cita y empezó a impacientarse. Envió un par de wasaps a una amiga, se levantó del sofá y comenzó a pasear por la habitación.

La sala de espera era amplia y sus sofás de piel bastante cómodos, pero prefirió caminar de un lado a otro mientras esperaba, porque estaba nerviosa. No había nadie más aguardando a ser recibida, por lo que supuso que era la última persona a la que la psicóloga atendería aquella tarde.

La puerta se abrió y salió de la consulta un hombre calvo y de aspecto cansado. Un hombre gris, inexpresivo, de los que pasan desapercibidos. Detrás de él apareció una mujer alta, vestida con un traje chaqueta de color crema, camisa azul de seda y zapato plano, a juego con el traje.

Se dieron la mano y ella le recordó la fecha de su próxima cita. El hombre sonrió en un claro gesto de agradecimiento y se despidió inclinando la cabeza, como si estuviera ante una autoridad. La mujer sonrió también, le dio una palmadita en el hombro y lo acompañó a la salida.

Gloria volvió a sentarse, ya que no deseaba parecer impaciente, esperando su regreso. La psicóloga volvió y se presentó, extendiendo su mano para saludarla. Fue un apretón de manos sincero y, a la vez, estudiado. Ni muy fuerte ni lánguido en exceso, con la justa intensidad para infundir confianza y hacerla sentir que no tenía nada que temer y que estaba allí tan solo para escuchar y ayudarla a resolver su conflicto emocional. Un apretón de manos que parecía decir «juntas encontraremos la solución a lo que te preocupa».

No había diván como en otras consultas, sino cuatro confortables sillones situados alrededor de una mesita baja, decorada con dos bomboneras rebosantes de caramelos y pralinés envueltos en papel celofán, junto con una caja de pañuelos de papel, por lo que Gloria supuso que en aquella consulta se solían verter muchas lágrimas.

El despacho estaba decorado con muebles funcionales color cerezo de diseño moderno y de las paredes colgaban cuadros abstractos, su título universitario y diversos diplomas. A ambos lados de la mesa de despacho había dos estanterías repletas de libros. Le llamó la atención un portarretratos de una pareja con un niño de unos cuatro años. Los tres sonreían y, al fondo, se veía el mar. A su lado, otro más pequeño, con una foto de un hombre de unos treinta y cinco años bastante guapo. La mesa estaba pulcramente ordenada. Varias bandejas metálicas repletas de documentación, un cubilete con bolígrafos, diverso material de oficina, un ordenador portátil y una impresora.

Olía a flores, un olor suave y agradable. Cuando la invitó a sentarse, le preguntó dónde quería hacerlo y Gloria prefirió acomodarse en uno de aquellos sillones.

—Yo tomaré un bombón. Las conversaciones serias hay que comenzarlas con algo dulce, chocolate, a ser posible. ¿Quieres uno? ¿Te importa que te tutee?

—Lo prefiero.

—Los verdes están rellenos de menta y dejan un refrescante sabor en

la boca.

—Cogeré uno.

—¿Te apetece un café?

—No, gracias.

—Pues bien, Gloria, tú dirás. ¿Qué te preocupa tanto como para que hayas tenido que acudir a mi consulta?

—Es largo de contar.

—Tenemos tiempo, no cobro por horas. Tómame todo el que necesites, con tranquilidad y sin agobios.

Comenzó a contarle su historia. Cristina cogió su bloc de notas y empezó a escribir. Hacía algo más de un mes que había comenzado a tomar pastillas para calmar su ansiedad. Notaba una gran opresión en el pecho que, en ocasiones, le impedía respirar con normalidad y no podía conciliar el sueño. Tenía ojeras, estaba cansada e incluso había perdido el apetito sexual y se mostraba irascible, sobre todo en su casa. Su marido había empezado a preguntarle por su actitud, ya que ella había cambiado mucho y estaba preocupado. Y todo por culpa de un hombre. De un gilipollas, en definitiva, le decían sus amigas, cuando la veían así. Gloria no pensaba lo mismo, aunque sabía que si comenzase a verlo como lo veían las demás, aquel dolor desaparecería con el tiempo. Para conseguirlo, necesitaba ayuda y se encontraba perdida al sentir tantas cosas en su interior, tantos sentimientos encontrados en una batalla que parecía no tener final: rabia, ira, impotencia, desilusión, tristeza, deseo, amor tal vez. Le costaba distinguir lo que sentía.

También estaba decepcionada, pues odiaba la cobardía. Nacho se había apartado de ella tras sopesar los pros y los contras de su relación. Su mujer descubrió su infidelidad y él se quedó en blanco. Hablaron y, finalmente, ella decidió ver cómo se desarrollaban los acontecimientos en las siguientes semanas. Necesitaba estar segura de lo que sentía y si merecía la pena seguir adelante o tendría que plantearse la separación. Perdonaba, pero no olvidaba, le advirtió. Debía comprobar si el recuerdo de los buenos momentos podría más que la decepción. Si no pesaba más, habría llegado el momento de decir adiós.

Al día siguiente, durante el desayuno, Nacho le contó lo sucedido a

Gloria.

—Pero ¿tú me quieres?

Ella creía saber lo que sentía y le parecía que él la quería también. Los besos eran reales, lo eran las caricias y el sexo. Él no había follado con ella, le había hecho el amor.

—Sí.

—¿Y a ella?

—Hace tiempo que dejé de hacerlo.

—¿Y a pesar de todo, esta es la decisión que has tomado? ¿Rendirte? ¿Acaso no merezco la pena para que luches por mí?

—No puedo hacer otra cosa.

—Claro que puedes hacer otra cosa, puedes luchar. Eres un cobarde.

—¿Dejarías tú todo lo que tienes por estar conmigo?

—¿Lo pones en duda? Empezaste esto ya vencido. Eres un cobarde y un cabrón. Maldigo aquel café con el que comenzó todo esto. Maldigo que te fijaras en mí y yo en ti. ¡Pero qué estúpida fui!

—Basta, por favor.

Gloria había alzado la voz y los clientes de la mesa de al lado los miraban con curiosidad.

—No vas a luchar, tienes miedo. Esa es tu decisión, coger el camino fácil.

—No es tan sencillo, Gloria.

—No me digas ahora eso de que si los pagos, la hipoteca, los hijos... No me vengas con estupideces, por favor. Me juraste que no me dañarías.

Gloria se sentía defraudada. Nacho no iba a luchar. Aquello le dolió, sobre todo porque pensaba que él la quería.

—Es mucho más que eso, son años de convivencia y echar una vida por la borda. —Trató de justificar lo que a ella le parecía injustificable.

—¡Y una mierda! Dejémoslo. No quiero hablar más de esto. Me estoy poniendo enferma. Te daré una oportunidad para que reflexiones sobre tu decisión, una sola. Si te lo piensas y decides volver, mi puerta estará abierta, pero no para siempre. Semanas, algunos meses quizá. Cuando esta herida cicatrice, ya será tarde. Vuelve aprovechando que está fresca, porque si se

cierra, olvídalo.

—Siempre me ha gustado tu franqueza, es de las cosas que más aprecio de ti.

—Te lo preguntaré de nuevo. ¿Me quieres? Mírame a la cara y dímelo.

—Sí.

—Ahora, bésame. —Nacho obedeció, aunque sin saber a qué venía aquello. Se perdió en su boca y Gloria supo que su respuesta era sincera—. ¿Renuncias a esto? ¡Jamás entenderé a los hombres!

Eran casi las ocho. Cristina no había mirado el reloj, lo hizo Gloria. El tiempo se le había pasado volando. «Nunca hay que dar todo por perdido, pero también hay que mirar hacia delante», le dijo. Hay cosas que no se pueden evitar, por mucho que uno se empeñe en querer hacerlo. Hay que vivir con ello y, a veces, lo único que nos queda es olvidar y sobreponernos a la pérdida. Aquella era una pérdida emocional y experimentar una sensación de vacío era inevitable. Ella seguiría allí y a él le había quedado claro lo que sentía, pero también que no lo esperaría para siempre. Hay un límite temporal para cada paso que uno da en la vida. «Si no se dan a su debido tiempo, el río aumenta su caudal y ya es imposible cruzarlo. Los hombres suelen ser cobardes y se asustan con facilidad», comentó Cristina.

A lo largo de sus años de experiencia profesional, había descubierto más cobardía en el sexo masculino que en el femenino. También habían pasado por su consulta más mujeres que hombres con problemas emocionales por haber mantenido una aventura extramatrimonial, lo que le confirmaba la mayor valentía de estas para arriesgarse en busca de la felicidad, aun a riesgo de romper sus rutinarios matrimonios. Tenían menos miedo a tomar decisiones y a equivocarse. Cruzaban los ríos a su debido tiempo y encontraban menos obstáculos al hacerlo, pues lo hacían cuando eran poco profundos y se arriesgaban porque, sin duda alguna, querían llegar a la otra orilla.

—El amor no mata y tampoco lo hace sentir. Las ganas de avanzar son una cura contra la decepción. Debemos valorar con la cabeza y no con el corazón cuándo algo merece la pena. Al igual que pesamos determinado número de kilos, tenemos un valor emocional. Visualiza una balanza y pon en

uno de sus brazos los valores que crees que Nacho posee y, en el otro, los que debería tener alguien para aportar felicidad a tu vida. Si la balanza no se equilibra, sino que se inclina más hacia el lado de esos valores que de los que Nacho posee, deberías plantearte que no merece la pena estar así por él, con independencia de que tu vida no te satisfaga. Son dos problemas distintos. Él y tus rutinas. Los problemas, Gloria, deben solucionarse de uno en uno.

—En ocasiones estoy convencida de que me enamoré de él y otras no tengo claro que fuese amor lo que sentía. Estoy confusa.

—El amor es ciego y no elegimos de quién nos enamoramos. No hay medida para el amor ni para el deseo. Cuando cualquiera de estos sentimientos nos causa dolor, es intenso. A veces el desamor nos bloquea y tememos volver a enamorarnos. Desear, en términos puramente sexuales, también produce daño emocional. No poseer lo que se desea, no tener lo que se quiere, como un niño al que le quitan su juguete favorito y lo ponen en lo más alto de una estantería, es muy doloroso. El pequeño lo ve, pero no puede jugar con él. Y el niño coge una buena rabieta y, si tiene mucho genio, se lía a patadas con las espinillas de su sufridora madre si se le pone a tiro. ¿Merece la pena sufrir si sabes a ciencia cierta que esa persona no iba a aportarte lo que tú necesitas? Piénsalo y visualiza de nuevo la balanza. ¿Hacia dónde se inclina? No me lo has dicho porque aún no lo ves claro. Por eso te hallas aquí. Estás ciega.

—La estoy viendo ahora, Cristina. Tengo la intuición de que no hubiera merecido la pena y, aun así, continúa doliendo.

—Sé, por experiencia, que duele. ¿Quién no ha sufrido por amor o por no conseguir lo que anhela? Pero se supera. Eres fuerte: no has vertido ni una sola lágrima contándome tu historia. Aquí siempre hay pañuelos de papel, tengo un elevado presupuesto mensual en paquetes de clínex. Sin embargo, tú no has llorado, porque eres una luchadora. Él no lo es. La cobardía nunca fue aliada del amor. Sin lucha, nada merece la pena. Lo que más cuesta es lo que más se valora a la larga. ¿Quieres que lo dejemos por hoy y que nos veamos dentro de un par de semanas? De todos modos, tienes mi teléfono para lo que necesites. Llámame a cualquier hora, siempre estoy de guardia.

Itziar, la jefa de Gloria, no entendía aquella repentina petición de

cambio de departamento, dado que desempeñaba sus funciones con eficacia y siempre contó con su reconocimiento. No había llorado en la consulta de Cristina y no iba a hacerlo en su despacho, mientras solicitaba el traslado. Itziar le preguntó por sus ojeras. Era evidente que algo le quitaba el sueño. Tras varios años trabajando codo con codo con su jefa, habían establecido cierta relación de amistad. Intuyó, por la frialdad con la que se trataban Nacho y Gloria desde hacía semanas y sin discusión laboral por medio, que sus desavenencias se debían a motivos personales.

—¿Y has tenido que recurrir a una terapeuta?

—A una psicóloga. Llevo pocas sesiones con ella, pero me ha venido bien recibir ayuda profesional. Incluso he vuelto a hacer el amor con Javier. Me acordaba de Nacho, de las tardes que pasamos juntos y me bloqueaba. La relación con mi marido ha mejorado, pero no podré sacar a Nacho de mi cabeza si lo tengo pegado a mí en la oficina, si cada vez que levanto la vista de un expediente lo veo observándome.

—Gloria, esa psicóloga insiste en que eres una mujer fuerte. Solo ha necesitado dos sesiones para reconocer en ti a una mujer valiente. ¿Acaso te ha aconsejado que cambies de lugar de trabajo?

—No. Soy yo la que estima que es lo mejor.

—Aunque no lo tuvieras en la mesa de al lado, no vas a olvidarlo antes, porque estará en tu cabeza hasta que decidas que se vaya. Así que no, no hay traslado. Te ha hablado tu segunda psicóloga. Haz que se vuelva invisible y comienza a pensar en que él se lo pierde.

—No es esa la cuestión. Creo que me quiere.

—Pues peor para él. Además de cobarde, es un gilipollas. Olvida a ese capullo. ¿Qué mujer quiere a su lado a un cretino? Plantéatelo como un reto. Verlo todos los días hasta que dejes de hacerlo. Simplemente, desaparecerá. Le tendrás delante y se hará invisible, te lo digo por experiencia. Tú tienes el poder de que se haga transparente ante tus ojos.

—Y desaparecerá... —comentó sin convicción.

—¿Te cuento un secreto? Hace unos meses tuve una aventura con Javier Rivas.

—¿El de la quinta planta, el rubio alto, ese que parece un armario de

dos cuerpos?

—Un armario de dos cuerpos y abierto de par en par. Se acababa de divorciar y debe ser que se encontraba anímicamente débil. Se le veía un hombre sensato e incapaz de meterse en líos de oficina. Bueno, yo tampoco lo había hecho antes, lo confieso. El caso es que pasó. Nos enrollamos en mi despacho. Me trajo unos expedientes a firmar y no sé cómo cojones pasó, pero lo hicimos aquí mismo, encima de esta mesa, como animales, nena...

—Nosotros lo hicimos en un hotel, nunca en la oficina. Y no follamos, hicimos el amor, aunque suene cursi.

—Vosotros no tenéis el privilegio de poseer un despacho propio con pestillo. Tal vez, de haberlo tenido, hubieseis follado y no habrías hecho el amor. Las siguientes ocasiones fuimos a un hotel, pero la primera fue un «aquí te pillo, aquí te mato». ¿Qué quieres que te diga? Surgió así. Ni yo misma me hago a la idea. Ahora me parece que fue un sueño, pero no. Fue real, aquel orgasmo fue intensamente real.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué se acabó?

—Porque solo era sexo, ni más ni menos. Para él y para mí. Además, yo tenía mucho que perder. Mi matrimonio, mi estabilidad emocional, mi familia. Él, por no tener, no tiene ni hijos. Jugaba con bastante ventaja. En cambio, yo poseo una vida que no iba a arruinar por unos cuantos polvos. Para un rollito, podía buscarse a cualquiera. Se lo dije y lo entendió. Intuyo que, incluso, respiró aliviado. Sabía que, a la larga, esto nos traería problemas a ambos. Ahora comemos juntos de vez en cuando. Es un tipo simpático, pero se ha vuelto invisible como amante y solo me queda el recuerdo de unos cuantos encuentros inolvidables.

—Invisible —repitió Gloria.

—Terminará siéndolo, confía en mí.



Navidades de 2005

Aquel año pudimos celebrar muchas cosas. Me fui a vivir con Juan Carlos a un pequeño apartamento que alquilamos cerca de mis padres y abrí mi despacho profesional en el barrio. Un alquiler barato, una mano de pintura, muebles en kit de Ikea, mucho esfuerzo y mucha ilusión, una combinación que no podía fallar. Y no lo hizo.

Tras sus prácticas, Juan Carlos comenzó a trabajar en la consulta de su padre, situada en pleno centro de Madrid. Noelia y Roberto se habían casado en mayo de aquel año y en la cena de Nochebuena nos dieron la noticia de que iban a ser padres. A mi madre casi le da un infarto. Mi padre bromeó con mi cuñado preguntándole si había sido llegar y besar el santo al decidirse a aumentar la familia, o se trataba de un encargo por accidente.

Para rematar aquellas Navidades, esa misma noche se presentó con un regalo especial para mi madre, un cachorro de yorkshire que apenas cabía en la palma de la mano. Hacía cuatro meses que Copo nos había dejado. Paradojas de la vida, mi madre fue la que más lloró su pérdida.

Unas semanas antes, mientras terminaba de desembalar cajas con libros y revistas de psicología con mis compañeras de carrera, Alba y Mónica, decidimos hacer una parada. Mónica acababa de telefonar a su novio para que se pasara a recogerla y Juan Carlos me había telefoneado diciendo que no podría ir a ayudarnos, porque todavía quedaban pacientes que atender.

Nos despedimos de Mónica y tomamos una cerveza sentadas en el cómodo sofá que había comprado para la consulta. Tardé semanas en encontrarlo, pues quería que así se sintieran mis clientes, relajados y cómodos, como me hallaba yo en aquel momento.

Cerré los ojos y me acordé de Álvaro. Vino a mi mente una imagen en concreto, aquella en que lo afeité por primera vez. Lo hice con mucha suavidad, porque tenía miedo a cortarle. Recordaba aquella escena como si la estuviera viviendo en ese instante y, de pronto, sentí sus húmedos labios sobre los míos, suaves, dulces, tan sensuales...

Abrí los ojos y no vi a Álvaro, sino a Alba, besándome con delicadeza, apenas rozando mis labios. Volví a cerrarlos y me dejé llevar. Nunca había percibido en ella el más mínimo signo de ambigüedad sexual, ni me había insinuado nada que me hiciera pensar que se sentía atraída por mí. Quizá el hecho de estar solas y relajadas mientras tomábamos una cerveza lo propició. Creo que lo que me arrastró a no parar fue la calidez de sus labios rozando los míos, sensualmente. Me subió la blusa, me desabrochó el sujetador, acarició mis senos y su lengua lamió mis pezones y bajó hasta mi vientre. Me tumbé en el sofá y dejé que siguiera, sin pronunciar una sola palabra. Me llevó al orgasmo con tanta facilidad que me sorprendí. Luego me vestí y nos quedamos calladas durante unos minutos, hasta que me acerqué a su boca y la besé. Me devolvió el beso con pasión, hundiendo su lengua en mi boca. Busqué su piel y esta vez fui consciente de que no era a Álvaro a quien acariciaba, sino a Alba. Le devolví lo que me había dado sin que me lo

pidiese, porque lo deseé.

Los días que se sucedieron a aquel, los pasé sintiendo un placer que hacía tiempo no experimentaba. Los juegos se repitieron en la consulta, después de colocar libros en las estanterías y de dar los últimos toques al piso, antes de la apertura.

Una tarde me sorprendió presentándose con un vibrador enorme y desproporcionado. Jugamos y nos divertimos hasta la noche. Acabábamos de vestirnos, cuando llamaron a la puerta. Alba guardó aquel curioso artilugio que tanto placer nos había dado y yo me terminé de colocar la falda y me peiné con los dedos antes de abrir. Juan Carlos se había presentado sin avisar. Lo recibí con un beso y Alba lo miró con indiferencia. Nos ofrecimos a llevarla a su casa, pero prefirió ir sola. No vivía lejos y le apetecía caminar. Cuando la acompañé a la puerta me dio un beso y me pidió que no fuese muy mala, porque dejarnos solos la mataba de celos.

Desoí su petición y esa noche hice el amor con Juan Carlos en nuestro sofá. Mientras lo poseía, vinieron a mi cabeza todas las imágenes de lo que habíamos hecho aquella tarde Alba y yo e intuí que, por ese motivo, fui más fogosa que de costumbre. Le pedí que me atara con las cuerdas de embalar, que fuera autoritario conmigo. En el fondo, a todos los hombres les gusta portarse mal, aunque solo sea jugando. Durante mis años de experiencia profesional, han pasado muchos cincuentones por mi consulta que necesitaban jugar con cierta dureza en la cama para recobrar la virilidad perdida.

Cuando llegamos a casa y me metí en la ducha, descubrí varios cardenales en mi cuerpo. Juan Carlos se estaba desnudando para ducharse después que yo. Lo llamé y le hice que viera lo que me había hecho. Me pidió perdón y noté que se sentía mal por haberme causado aquellos hematomas. Incluso palideció.

—No te he llamado para echarte esto en cara. Dúchate conmigo, enjabóname y besa los signos de la lucha, mi amor. Y después, en la cama, juguemos de nuevo. Me ha gustado.

—No vamos a continuar. Te voy a dejar marcada, estos cardenales tardarán en desaparecer —se justificó—. No quiero que luego te arrepientas. Pero, sobre todo, no quiero hacerte daño.

—Quiero jugar de nuevo, pero esta vez te prometo que tú también terminarás marcado. En la consulta no me he defendido lo suficiente pero, en esta ocasión, te costará doblegarme. Anda, ven. Enjabóname y juega.

Repetí mis encuentros con Alba y cada vez que nos veíamos sentía después la necesidad de hacer el amor con Juan Carlos. Alba era una droga y él se convertía en mi antídoto para hacerme recordar que lo quería a él y a nadie más. Ella era pura química, un descubrimiento que me hacía sentir bien, pero no había amor, solo atracción animal. Nunca le dije nada que pudiera llegar a hacerle pensar que la amaba, siempre actué con honestidad. Fue solo sexo salvaje del mejor. Me gustaba practicarlo con ella y me proporcionaba el alimento necesario para vivir mi relación con Juan Carlos en toda su plenitud. Era la guinda del pastel.

Un día, tras hacer el amor, me pidió que me casase con él. Antes de contestarle pasaron por mi cabeza dos preguntas y sus respuestas. ¿En realidad lo quería solo a él? No podía casarme con alguien sintiendo algo por otra persona. Me quedé pensativa y no le contesté, por lo que tuvo que preguntármelo de nuevo. Sonreí y volví a la realidad con la respuesta en mi cabeza. Le dije que me casaría con él. Quería a Juan Carlos y no estaba enamorada de Alba. Amor y sexo, una constante que se ha repetido en mi vida. He tenido ambas cosas en una sola persona y en otras ocasiones no ha sido así, pero jamás me arrepentí de nada de lo que hice.

Mi aventura con Alba se prolongó varios meses después de casarme y en ese tiempo tuve que dividirme entre Juan Carlos y mi amante. Nuestra relación acabó del mismo modo en que empezó, de repente y sin saber por qué. Yo quería a mi marido, aunque no como amé a Álvaro, pero me encontraba bien a su lado. En la balanza de cualidades que debía tener mi pareja, daba la talla con creces. Y, a pesar de todo, lo que viví con Alba fue real. Fue ella quien rompió nuestra historia, al igual que Álvaro. Él también me dejó, se fue para siempre. El vacío que experimenté tras su pérdida fue mayor que si, cansado de mí, me hubiera dejado, ya que nunca lo volvería a ver. No he vuelto a llorar tanto como cuando recibí la noticia de su fallecimiento. Por eso, cuando a mi consulta acuden personas que han sufrido

un desengaño amoroso o una pérdida, empatizo con ellas y comprendo su amargura.

Alba me dejó sin darme explicación alguna. Su adiós coincidió con mi primer aborto. Un buen día me confesó que no podía respirar. Supongo que ella quería más de lo que yo estaba dispuesta a darle. Creo que fue eso lo que sucedió, aunque lo maquilló con la excusa de la presión emocional, algo que he oído multitud de ocasiones en mi consulta. El agobio, aunque más en boca de hombres que de mujeres, es causa generalizada de ruptura.

Tras mi aventura con Alba, nunca volví a mantener una relación lésbica. Estoy convencida de que me atrajo la persona y no la vi como una mujer, como comentó Álvaro al referirse a Paqui y su relación aunque, en mi caso, no llego a existir amor.



Agosto de 2012

Llevaba toda la mañana levantándose de la silla y yendo de acá para allá. En ocasiones abandonaba su puesto de trabajo y, cuando regresaba, siempre lo hacía con un vaso de café de la máquina. Gloria lo había observado de reojo de vez en cuando, y sus idas y venidas la intranquilizaban. Incluso estuvo tentada de preguntar qué le pasaba, pero decidió que no era de su incumbencia.

Nacho cogió un expediente y se levantó de nuevo, pero esta vez no abandonó la sala, sino que se puso frente a Gloria y lo dejó encima de su mesa.

—Hace tiempo que no me diriges la palabra y está situación me incomoda. Necesito contarte algo, ya no aguanto más. ¿Nos tomamos un café?

—¿Te incomoda? Esto lo has provocado tú, ¿no crees?

—No, Gloria, yo tomé una decisión y cuando lo hice me llamaste cobarde, pero no tuve otra opción. Era dejarte o perder todo lo que tenía.

—Nos lo tomamos en una hora —le cortó con brusquedad. Se levantó y entró en el despacho de su jefa, para contarle la nueva noticia.

Gloria no estaba dispuesta a depender para siempre de los antidepresivos. Aunque se encontraba mejor, Nacho no era todavía invisible y ella estaba dispuesta a que desapareciera, como le había asegurado Itziar que sucedería. Cristina también le había aconsejado que comenzase a olvidar por su bien. Era una mujer fuerte y debía pasar página, puesto que él parecía haber cerrado capítulo.

Se estaba acabando el plazo que le había dado y solo quedaba relajarse para empezar a vivir de nuevo. Si él regresaba, cosa que ponía en duda cada día con más certeza, ella tendría que decidir. De momento, solo le quedaba continuar con su vida. Sería difícil, pero podría superarlo, pues no era cobarde como él.

Aquel café suponía una prueba. Quería mirarlo a los ojos y escuchar lo que tenía que contarle. Debía ser muy importante para que la opinión que se había forjado de él tras la ruptura cambiara.

Su jefa le deseó suerte, advirtiéndole de que los hombres suelen ser muy convincentes. «Con sus ojitos de gato asustado pueden llegar a ablandar el corazón más duro». Ella agradeció su consejo y fingió que no estaba inquieta. Itziar había recuperado el sexto sentido que poseen las mujeres, conforme se hizo fría y calculadora, obligada a convivir en un mundo de depredadores.

Cuando salió del despacho de Itziar, cogió el móvil y marcó el teléfono de Cristina.

—¿Te sientes fuerte? No es un simple café.

—Me siento fuerte y quiero descubrir lo que siento.

—Entonces, adelante.

El reloj corría despacio. Miró su muñeca varias veces y vio cómo Nacho hacía lo mismo de vez en cuando. Aquella hora se hizo eterna. No había vuelto a entrar en aquella cafetería desde que lo habían dejado. Habían pasado varios meses y se encontraba mejor. Venía a trabajar con mejor ánimo y ya no

lo hacía tensa, como al principio. Sus sesiones con Cristina la habían ayudado. Estaba reconduciendo su matrimonio y se hallaba dispuesta a darle una nueva oportunidad. La suya no era una relación modélica, pero desde que Nacho cortó su aventura, se había refugiado en Javier y lo había redescubierto. No quería desandar el camino hacia la recuperación de su vida pero, a pesar de todo lo que llevaba avanzado, necesitaba tomar ese café con Nacho para seguir haciéndolo.

—Me llamaste cobarde y me dolió, porque no me considero un hombre cobarde.

—No me arrepiento de habértelo llamado y me reafirmo en lo que te dije, pues lo fuiste y tu decisión me hundió. Creí que lo que teníamos era más que sexo. Me engañaste. Lo que teníamos era una mentira.

—No, no lo era, Gloria, pero no podía perder a mi familia. Cuando Natalia descubrió lo nuestro, me entró el pánico.

—Y no la has perdido, elegiste bien. Al fin y al cabo, yo solo era tu amante.

—Eras mucho más que eso. Estoy mal desde entonces. Las cosas no van en casa. A mis hijos no los hubiera perdido y a mi mujer no la amo. Me equivoqué.

—Cuando se es infiel, se tiene que pagar un precio. Tú la preferiste a ella, a pesar de no amarla. Tu mujer te descubrió, desconfía y ya nunca dejará de hacerlo. Lo quieras o no, tu mundo ha cambiado. ¿Le dijiste que hubo sexo o se quedó a gusto al confesarle que solo fue un simple flirteo? No hablamos de ello cuando me abandonaste.

—¿Creerías tú algo así? ¿Sorprendes a tu marido en una mentira y aceptas que solo fue un devaneo sin importancia? Claro que sabe que hubo sexo, no me quedó más remedio que contárselo todo.

—Eran preguntas retóricas. Nadie se creería una estupidez como esa. ¡Por el amor de Dios! ¡No somos adolescentes!

—No podemos seguir así, Gloria. Esta situación es incómoda y está afectando a mi trabajo.

—¿Y qué quieres que haga, que deje yo el mío? Hace semanas pedí un traslado a otro departamento e Itziar me lo negó, así que te lo negará a ti

también.

—No me has entendido. No quiero que dejes nada, lo que te estoy diciendo es que me equivoqué, que no amo a mi mujer y que quiero que volvamos. Hubiera tenido que apostar por lo nuestro. Me equivoqué al hacer mi elección.

—¿Qué? ¿Volver a dónde? —Gloria entendió lo que Nacho le estaba proponiendo, pero quería que se lo repitiese.

—Al punto donde lo dejamos. Quiero estar contigo.

—¡Vete a la mierda!

—Por favor, Gloria, te estoy diciendo que te amo.

—¿Y qué estás dispuesto a sacrificar? ¿Tu casa, tus hijos, tu familia? ¿Ahora sí y hace meses no?

—Te añoro y no tengo nada en casa por lo que luchar.

—Te lo repito, vete a la mierda.

—¿Dejaste ya de amarme? ¿Tan fácil te ha resultado olvidar lo nuestro?

—No voy a molestarme en decirte si te he olvidado o no, Nacho. Solo voy a ponerte en *stand by*, en modo reposo, esperando. Te haré sufrir. Los meses pasados y las pastillas no se olvidan fácilmente.

—Me conformo con una respuesta.

—La situación en casa ha mejorado y te advertí que mi puerta estaría abierta un tiempo. Aunque han pasado meses de aquella conversación, tendrás mi respuesta... cuando me dé la gana. Paga el café, invitas tú.



Septiembre de 2012

Alicia sacó la agenda del bolso y miró la fotografía. Un precioso recién nacido, con los ojos cerrados y las manitas en su regazo. Observó lo largos y finos que eran sus dedos y descubrió que había sacado las manos de Silvia. A su lado, su hermana sonreía. Llevaba el camión del hospital. La fotografía no era de buena calidad. Le había pedido que le enviase más por correo electrónico y se había disculpado por no poder ir a verla. Silvia ya conocía su historia y justificó a su hermana. Todavía no se hallaba con fuerzas para reencontrarse con la familia, primero tenía que hacerlo consigo misma. «Tranquila, todo a su debido tiempo. Espero verte en el bautizo», le escribió su hermana. Guardó la agenda y cogió una revista de decoración de la mesa. Le llamó especialmente la atención un dormitorio

lacado en blanco, con el cabecero de forja con forma de flores. «Demasiado caro para su presupuesto», pensó, pero era tan bonito... Apuntó la dirección del comercio donde se vendía, por si acaso.

A su lado, una mujer enviaba mensajes por wasap. Se fijó en ella, era bastante guapa. «¿Cómo una mujer así puede necesitar la ayuda de una psicóloga?», se preguntó. La observó con disimulo y le gustó cómo iba vestida. Llevaba unos vaqueros desgastados con un cinturón de cuero ancho, zapatos de piel color beis con plataforma y una blusa blanca ajustada estratégicamente desabrochada, que dejaba entrever su sujetador de encaje como si se tratase de un descuido. La mujer la miró y sonrió. Se había dado cuenta de que Alicia había descubierto que no se habían desabrochado por casualidad.

—Cristina va con un poco de retraso. ¿Un chicle? Son sin azúcar. — Gloria cogió otro y se lo metió en la boca.

—Gracias.

—Cristina nunca tiene prisa. Ni en la consulta ni por teléfono. A veces la llamo para comentarle algo y siempre soy yo la que acabo la conversación. Jamás he tenido la sensación de que quisiera cortarme.

—Se nota que ama su trabajo. Es una buena profesional.

—Cuando te gusta lo que haces, das lo mejor de ti. Hola, me llamo Gloria.

—Encantada, yo soy Alicia.

—Cuando ya no tenga que venir, me dará pena dejar de verla. Me gustan nuestras conversaciones.

—Es como charlar con una amiga.

—Yo ahora tengo un pequeño lío en la cabeza. Me he hecho la dura con un hombre, le he hecho creer que no me importaba, pero creo que todavía lo hace.

—¿Y quién no tiene líos en la cabeza? Se supone que estamos aquí por eso.

—Hombres. Ni con ellos ni sin ellos. Nos ponen la vida del revés. — Gloria abrió el bolso y volvió a sacar el móvil.

—Mejor sin ellos.

—Una afirmación pesimista, ¿no?

—¿Y por qué te crees que estoy aquí? Por uno en concreto. Perdón, ¿puedo tutearte?

—Claro. —Gloria sonrió.

—He sufrido una pequeña recaída. Tal vez vea fantasmas donde no los hay. Estoy perdiendo el control de la situación y me da miedo volver a perder el de mi vida, ahora que las cosas empiezan a ir mejor.

—Me sucede algo parecido. Dejé una puerta abierta demasiado tiempo y ahora no sé si cerrarla definitivamente. Quizá ya lo esté y no me haya dado cuenta, pero estoy confusa. Estoy casada, tengo tres hijos y ahora, cuando empezaba a estar bien, se me plantea este dilema. ¿De verdad quiero darle una oportunidad a un hombre de quien todas mis amigas piensan que es un auténtico gilipollas? ¿Echar mi matrimonio por la borda apostando a caballo perdedor?

—Tal vez sea caballo ganador.

—No sé, es todo muy complicado. Estoy segura de que, ante esto, Cristina me dirá: «decide ser feliz». Filosofía de diván.

—¿Cómo saber si tu decisión te llevará a serlo? —Alicia sonrió.

—Acierto y error. Nunca lo sabes, seguro que eso nos lo dirá también. —Gloria hizo una mueca—. Hay que confiar en que haremos lo correcto.

En ese momento se abrió la puerta de la consulta. Cristina despidió a un joven de unos veinticinco años con un apretón de manos y una sonrisa. Lo acompañó hasta la salida y cuando regresó saludó a ambas, invitando a Alicia a pasar.

—Encantada de haberte conocido, espero que todo se solucione —comentó Gloria con una sonrisa.

—Y que tomemos las decisiones que nos lleven a encontrar la felicidad.



Año 2008

Analizando mi vida, he llegado a la conclusión de que todas las personas por las que he sentido algo, bien sea amor, pasión o deseo, me han abandonado y que yo nunca he dicho adiós. Algún día tendré que psicoanalizarme. Juan Carlos también me dejó. Fue él quien pidió el divorcio, si bien es cierto que no le quedó más remedio. Lo hizo tras mi tercer aborto.

Estando en la clínica, fue a Paqui a la primera persona a quien llamé después de que me interviniesen. Ella era la única que entendía por lo que estaba pasando. Y fue a ella a la que confesé que mi matrimonio estaba al borde del abismo. Así me sentía, en un agujero negro. Tres abortos fueron suficientes para tirar la toalla. No había motivos físicos para que aquello sucediera, pero sufrir una depresión hizo que dijese adiós a mi sueño de ser madre y a mi matrimonio, todo en el mismo lote.

Tras meses sin apenas dirigirnos más de diez palabras al día y saludándonos solo por civilizada cortesía, fue él quien dio el primer paso. Me dejó claro que no existía una tercera persona y que lo único que nos había sucedido era que el amor se había acabado y las ganas de luchar también. Siempre creímos en su fecha de caducidad, porque éramos personas realistas. Igual que cualquier otro sentimiento, el amor también muere. Al nuestro lo mataron tres abortos y la sensación de vacío que me quedó al sentirme incompleta.

En otoño, tras el divorcio, lo vi por casualidad cuando paseaba con mi hermana por el centro. Lo acompañaba una mujer alta, rubia y atractiva. Nos la presentó como una compañera que trabajaba en su consulta. Se llamaba Lorena, si mal no recuerdo. Meses más tarde me llamó para comunicarme que se casaba con ella y le di mi sincera enhorabuena. Merecía ser feliz. Añadió que iba a ser padre, por lo que me alegré doblemente. Agradeció mis felicitaciones y me deseó toda la suerte del mundo. Nunca más volví a tener noticias suyas.

Durante aquellas Navidades, en una salida con mis antiguos compañeros de carrera, con los que aún mantenía un asiduo contacto, me presentaron a Diego, también psicólogo, que trabajaba en la misma empresa que mi amiga Mónica. Medía más de un metro noventa, tenía el pelo castaño y unos bonitos ojos de un azul intenso. Con él me pasó como lo que me han contado algunos pacientes en la consulta y estamos acostumbrados a ver en las películas. Chico conoce a chica y ese mismo día se van a la cama. Fue exactamente así como sucedió. Le pedí que me llevase a su casa. Una insensatez, por otra parte, dado que no lo conocía de nada, pero me invadió el deseo de tenerle dentro, algo que hacía mucho tiempo no sentía. Sonrió, me cogió de la mano y nos despedimos de los demás. Nunca antes había querido tener sexo por sexo. A excepción de los rollitos de instituto, mis relaciones han sido pocas, duraderas y basadas en sentimientos profundos. Solamente había querido a dos hombres en mi vida y durante mucho tiempo. Con Diego al principio fue sexo, pura y dura atracción animal, como me sucedió con Alba. Me atrajo de aquel modo en cuanto nos presentaron y cuando comenzamos a hablar sentí unas ganas enormes de lanzarme a su boca. Como si el llevar tiempo en dique seco, sin tener sexo, me hubiera sumido en un estado de deseo

latente que afloró en cuanto lo tuve enfrente.

Vivía en Moratalaz, en un pequeño apartamento alquilado, funcional y minimalista. Conforme pasó el tiempo y lo fui conociendo, me di cuenta del enorme sentido práctico por el que se regía toda su vida. La empresa en la que trabajaba estaba ubicada en aquel barrio y en cuanto comenzó a hacerlo buscó un piso a menos de diez minutos de la oficina, hizo sus maletas, guardó en una decena de cajas todas sus pertenencias y se mudó en menos de una semana. Así había hecho en las otras dos ocasiones en que había cambiado de trabajo viviendo en Madrid.

—El concepto de hogar y familia está sobrevalorado hoy en día. Nuestra casa debería estar donde estemos nosotros. Trabajamos en un sitio, vivimos a decenas de kilómetros y nos pasamos media vida yendo del trabajo a casa y de casa al trabajo. Es una pérdida de tiempo, de vida, en definitiva. La perdemos, conscientes de que lo estamos haciendo. Es todo un contrasentido. En otros países es común que los padres residan en una ciudad y cada hijo se haya establecido en otra, separados por cientos, incluso miles de kilómetros. El hogar se establece más por cuestiones laborales que sentimentales. Apegarse en exceso a la familia cierra puertas y corta muchas salidas laborales. No deberíamos olvidar que somos, en esencia, nómadas. Pero como nos hemos empeñado durante siglos en vincularnos al lugar donde se asienta el lazo afectivo, nuestros seres queridos en definitiva, somos infelices cuando se nos presenta una oportunidad de progresar y esta es lejos de la familia. Si no tuviéramos en la cabeza esa necesidad de vivir cerca de los padres, hermanos, tíos, primos, abuelos, si pensásemos más con la cabeza y menos con el corazón, seríamos más felices. Yo siempre estoy en continuo movimiento, como lo está mi cerebro. Si tengo que trasladarme de lugar, lo hago. Ya dejé atrás a mi familia cuando tuve que hacerlo. Mis padres son de La Coruña y nunca han salido de ahí. Me vine a estudiar a Madrid y el primer trabajo que conseguí fue en el País Vasco. Luego el azar me trajo de nuevo aquí y esta es la tercera mudanza que hago en la capital. No me crispo cuando tengo que cambiar de domicilio, prácticamente me mudo con lo puesto. — Sonrió y me fijé en su boca, lo hice con descaro, para que se percatara. Me la ofreció y hundí mi lengua en ella. Al cabo de unos segundos, le dejé continuar —. Todo cambio supone, en definitiva, una evolución y toda evolución tiene

siempre algo de positivo.

—Basta, por favor, olvidas que yo también soy psicóloga. Me estás agobiando. Lecciones a mí.

Me puse encima de él, abrazándolo con mis piernas. Lo besé en los ojos y la boca, la abrió y sacó la lengua para rozar la mía. Me había comenzado a dar aquella profunda charla sobre la familia, el hogar, el apego a los lugares, como si estuviese dando una conferencia. Y todo aquel tema había empezado porque me había contado que aquel era el tercer piso en el que vivía en Madrid en dos años. Me resultó divertido. Era evidente que tenía deformación profesional e incluso después de haber practicado sexo, aparecía siempre el psicólogo que llevaba dentro.

—No fumas después de hacer el amor, por lo que debes suplir esa carencia con una charla didáctica.

—Me has descubierto. Soy exfumador y me gusta mi profesión, ¿qué quieres de mí ahora? —Se zafó de mis piernas y se giró, quedándose encima de mí, en menos de un segundo.

—¿Qué quiero? A ti.

Las semanas siguientes fueron sexualmente intensas e hice el amor más que durante mi último año de matrimonio, aunque, si lo pienso bien, aquella marca no era difícil de superar. En su casa o en la mía, en el coche, en mi consulta, en un ascensor, en los probadores de unos grandes almacenes, en el baño de una cafetería, en cualquier parte. Como si hubiera regresado a los veinte años. Algunos de aquellos encuentros fueron verdaderamente excitantes.

Con mi exmarido nunca jugué como lo hice con Álvaro, porque jamás me apeteció. Usamos algún juguete erótico, hicimos alguna escapada romántica, nos dimos algún que otro masaje sensual, pero poco más. Era buen sexo, aunque más tradicional, menos imaginativo. Tampoco quería hacer comparaciones, pues sabía que Juan Carlos tenía las de perder. Sin embargo, con Diego me apeteció recuperar algunos de aquellos juegos. No tenía dieciséis años, pero necesitaba sentir de nuevo la excitación y el morbo de cenar desnuda a la luz de las velas, de hacer el amor con las manos atadas a la cama, o pedirle que me rasurara con delicadeza antes de perderse dentro de mí.

Cuando recordé los momentos vividos con Álvaro, me parecieron sensuales y algo inocentes. Cuando los viví era casi una niña y, por aquel entonces, todo para mí era desconocido y mágico. Álvaro era un hombre romántico y sus fantasías sexuales también lo fueron. Yo lo fui durante el tiempo en que estuvimos juntos, pero dejé atrás el romanticismo el mismo día en que me dijo adiós. Puse los pies en el suelo cuando murió, tras descubrir que nada es eterno y, desde aquel día, no los he despegado de la tierra. Quizá por ese motivo soy buena en mi profesión, pues no vivo de fantasías ni me alimento de recuerdos. Los momentos que he disfrutado con intensidad ocupan su lugar preciso en mi memoria y en mi corazón, mas no condicionan mi presente. Ni siquiera el recuerdo de Álvaro ha llegado a hacerlo hasta el punto de no dejarme saborear la felicidad de la que he gozado después. Lo que me regaló el destino fue maravilloso y, tras superar el dolor de su pérdida, no tuve añoranza ni nostalgia, sino agradecimiento, pues me dejó compartir una parte de él. Aquel tiempo vivido a su lado me hizo fuerte y positiva. Gracias a la carta que me escribió poco antes de partir, nunca he dejado de creer que tengo derecho a ser feliz, he sabido reconocer cuándo llegaba al final de algún camino y he intentado transmitir esa máxima a todos mis pacientes.

Con Diego regresó la felicidad. Fue aquel día y en aquella cama, con cada orgasmo que me proporcionó. En nuestros sucesivos encuentros le pedí, le di y él me pidió y me dio también. Fuimos salvajes, lujuriosos en nuestros juegos y tan fogosos como quinceañeros con las hormonas en plena ebullición. Los dos éramos adultos y no existían casi veinte años de diferencia entre nosotros, por lo que jugué mejor. Estábamos en igualdad de condiciones y fuimos unos contrincantes muy duros el uno con el otro.

Lo que en principio fue una relación puramente sexual, se convirtió con el tiempo en sentimental, como suele ocurrir si se dilata en el tiempo, pues al mutuo deseo se unió el descubrimiento del otro. Diego me gustó como persona y mi balanza imaginaria se inclinó a su favor. Teníamos muchas cosas en común y en la cama funcionábamos a la perfección, hasta el punto que parecía que interpretásemos una sinfonía en cada uno de nuestros orgasmos.

Hacía casi un año que había trasladado mi despacho a un piso del centro y las cosas me iban bien. Alquilé un ático próximo a mi oficina y Diego dejó su casa y se vino a vivir a la mía. En ese sentido, su idea de que

establecerse en un lugar determinado por motivos sentimentales llevaba inevitablemente a la infelicidad, cedió ante mi insistencia de que fuese él quien se mudara. Al abandonar uno de sus más firmes principios, no hizo otra cosa que demostrarme que apostaba por lo nuestro. No fue difícil de convencer, por lo que descubrí que se había enamorado de mí. Resultó todo un alivio hacerlo, porque yo hacía tiempo que también lo estaba de él.



Otoño de 2012

Javier la observó mientras cenaban. Había ido a la peluquería, se había alisado el pelo y las mechas rubias suavizaban sus facciones, haciéndola parecer más joven. Los niños, como de costumbre, se quejaron porque no había *pizza* ni perritos calientes para cenar. «Hoy toca pescado y no quiero escuchar una queja más», les advirtió su madre en tono autoritario. Bajaron la vista y continuaron comiendo sin rechistar.

Percibió que Gloria estaba más centrada. Tiempo atrás, observó un cambio importante en su mujer que lo inquietó pero, poco después, volvió a mostrarse animada y con ganas de disfrutar de su familia. Incluso en la cama era más receptiva y había recuperado la pasión de los primeros años.

Su mujer continuaba siendo atractiva. Tres hijos apenas habían hecho estragos en su cuerpo y él seguía deseándola. «Solo un ciego no vería cómo

los hombres la miran por la calle». La quería por su forma de ser y le gustaba lo que veía, pero era un hombre inseguro y le molestaba pensar que Gloria podía ser objeto de deseo de otros, ya que no entendía que algunos hombres exhibieran a sus mujeres como si fuesen un trofeo.

Gloria no toleraba que Javier se metiera con su forma de vestir. En las últimas semanas había empezado ponerse lo que le venía en gana, con el fin de fastidiar a su marido y que sus celos tuvieran fundamento. Por otro lado, necesitaba sentirse deseada. Sin embargo, cuando lo miraba y percibía su inquietud, sentía cierta lástima. Tantos años de matrimonio y la seguridad de Javier de que su matrimonio funcionaba, pese a la rutina, para que, en cuestión de unos meses, su mundo hubiera cambiado tanto.

Las sesiones con Cristina hicieron que Gloria recobrase su estabilidad emocional y descubriera que su relación extramatrimonial la había ayudado a recuperar su autoestima, aunque la hubiese alejado de su familia.

Parecía que todo comenzaba a marchar y que el plazo dado a Nacho expiraba, pero aquel café demostró que no era así, por lo que tuvo que recurrir de nuevo a su psicóloga.

—El pescado está exquisito. Mamá cocina fenomenal. —Javier cogió la mano de Gloria en gesto de agradecimiento por la cena.

—A estos niños no se les puede sacar de *pizza*, arroz blanco y espaguetis.

Gloria lo miró y observó el brillo de su mirada. Cómo explicarle que, cuando mejor estaban, ella podría volver a alejarse.

—Deben valorar la madre que tienen.

—Los niños de hoy en día no valoran nada. Es inútil, estamos criando monstruos.

—Jo, mamá, no nos llames así —protestó David.

—Vuestra madre tiene razón. Ya veo el rabo de demonio asomar por el pantalón de tu pijama.

Tras la cena, los niños recogieron su plato, se despidieron y se fueron a la cama. «Si hoy me pide que hagamos el amor, notará mi ausencia, porque no podré disimular. ¿Cómo sé cuál es la decisión correcta? Javier, mi amor,

hace unas semanas desayuné con mi ex amante y me ha dicho que se equivocó. Va a dejar a su mujer y quiere que volvamos. ¿Cómo lo ves, cariño? Solo quiero ser feliz, pero ¿lo sería? Eché en cara a Nacho su cobardía cuando eligió a su mujer en vez de a mí y ahora... me rajo. ¿Cambiará de nuevo de opinión? ¿Me dejará tirada otra vez? Últimamente estoy mejor contigo, ¿merece la pena volver atrás?».

Gloria miró de reojo a su marido, mientras fregaba los platos. Javier sacó dos tazas y preparó los cafés. Al suyo, largo de café, le echó dos cucharadas de azúcar. Gloria siempre le decía que tenía que empezar a cuidarse, menos azúcar y menos sal, ninguno tenía ya veinte años. Su marido se lo tomaba a broma y seguía sin hacer caso, a pesar de que en el último reconocimiento de la empresa le advirtieron que debería vigilar el colesterol y la glucosa.

—Te veo ausente. —Javier observó a su mujer e intentó adivinar qué le rondaba por la cabeza. Apenas habían conversado durante la cena y se le erizó el vello al pensar que podía estar alejándose de nuevo. «Con lo bien que íbamos...».

—Estoy cansada. Tengo mucho trabajo en la oficina y no paro tampoco en casa.

—Al menos tienes la certeza de que no van a reducir plantilla.

—Con tu sueldo nos bastaría, no tenemos hipoteca. —Hizo una mueca intentando sonreír y dio vueltas a su café. «Quince», se dijo, «ni catorce ni dieciséis».

—En mi empresa han bajado mucho los pedidos. El ambiente huele a despidos.

—El otro día hablé con mi hermana y Adrián apenas tiene trabajo. Este mes ha tenido pocos avisos y el pasado, igual. La pobre está tirando de los ahorros.

—Le habrás dicho que, si necesita algo, sabe que puede contar con nosotros.

—Tranquilo, no tengo que recordárselo. Es mi hermana.

—Gloria, ¿de veras que estás así por eso? No me ocultas nada, ¿verdad?

—No tengo ganas de hablar, Javier. No me presiones, por favor.

—Estabas bien, habías dejado las pastillas. Nunca me dijiste por qué comenzó todo aquello, pero estoy en mi derecho a saber.

—Estoy cansada porque tengo mucho trabajo, te lo acabo de decir.

—¿Quieres que te alivie la tensión?

—¿Y qué te hace suponer que estoy tensa?

—No hay más que verte.

—No puedes aliviarme la tensión con sexo. Me voy a acostar. Buenas noches.

—Solo era una sugerencia. Que duermas bien.

Javier se quedó en el sofá, inquieto, pensando que aquel nuevo cambio en su mujer le traería problemas. Nunca había sido una persona intuitiva, pero en aquella ocasión le pareció que tenía de qué preocuparse. Un hombre, quizás... Por primera vez desde que se casaron, desconfió y la posibilidad de que Gloria lo estuviera engañando con otro hombre afloró en su mente. Su mujer seguía llamando la atención. Ella nunca se había dado mucha cuenta de cómo la miraban los hombres o, si lo sabía, no había mostrado signos de ello.

Mientras terminaba su café, recordó los meses pasados, antes de que Gloria necesitase tomar antidepresivos. Varias celebraciones de empresa, algo poco habitual, una o dos al mes a lo sumo, pero ¿desde cuándo hacía que su mujer no acudía a ese tipo de fiestas? Ella solía decir que eran aburridas, que le espantaban aquellos eventos. Y antes de que se distanciase tanto de su familia había ido a unos cuantos. «Una jubilación, o tal vez dos, no lo recordaba exactamente, un cumpleaños, una boda, sí, a una boda también había sido invitada». Javier se levantó y fue a la entrada. Gloria tenía el móvil cargando encima del taquillón. Apagado. «Si hubiera estado encendido...». Conocía sus claves, en esos meses la había visto usarlo mucho más de lo que acostumbraba y, sin quererlo, las había memorizado. «Para iniciarlo, cuatro dígitos iguales, algo muy sencillo, y para desbloquearlo, una clave táctil nada complicada». Su mujer confiaba en que él respetaba su privacidad, tanto como ella la suya. Sin embargo, en aquel momento se le pasó por la cabeza, aunque desechó la idea. «No puede ser». De Gloria no podía esperárselo. No tenían un matrimonio modelo, pero tampoco les iba tan mal.

«¿Otro hombre?».

Dejó la bandeja en la cocina y entró en el dormitorio. Gloria dormía. La observó mientras se ponía el pijama. Ella lo hacía desnuda y tan solo se ponía un ligero toque de perfume. Acomodó sus ojos a la penumbra y la observó: hermosas curvas y sin un gramo de grasa. La miró detenidamente, había adoptado una sensual postura. Las piernas ligeramente abiertas, boca abajo, con un brazo debajo de la almohada, durmiendo de medio lado. El cabello le cubría el rostro. ¿Y si perdía aquello? Volvió a desechar esa idea de su cabeza. Se metió en la cama y la abrazó. Gloria se giró hacia él y sonrió.

—Insisto, ¿no quieres que alivie tu tensión?

—Está bien. —Sonrió de nuevo.



Finales de 2010

Siempre me ha costado decir «te quiero» y no me ha gustado dar el primer paso confesando que estoy enamorada, pues lo considero una muestra de debilidad. Sé que no debería pensar así, el amor es un sentimiento generoso y valiente, pero más que por cobardía, creo que no he pronunciado estas palabras antes de escucharlas por miedo a llevarme una decepción. Aunque soy psicóloga, el amor es el sentimiento que más me cuesta ver en los demás. Además de psicología, para averiguar si alguien está enamorado, también hay que tener un sexto sentido. A pesar de mi edad y de ser mujer, todavía me cuesta poner a trabajar el mío para esto, aunque sé que lo poseo para otras cosas.

—Tienes gustos sencillos.

—No necesitas conquistarme con champán y caviar, con una simple

tortilla de patatas y una cerveza es suficiente. Debe ser que soy una chica fácil.
—Lo observé mientras cortaba las patatas. Lo hacía deprisa, con cortes precisos y muy finos.

—Me resulta gracioso que me obligues a cocinar de esta guisa.

—En chanclas y con delantal. ¿No te parece que estás para desfilas en la pasarela Cibeles? Muy *sexy*...

—Ya... Lo has hecho para burlarte de mí.

—Qué va. Pídeme que me desnude yo también y verás lo que tardo en hacerlo.

—Vale, desnúdame. —Diego dejó de cortar y se giró para abrazarme —. Jugaremos a las *comiditas*.

—Desnúdame tú.

Lo hizo con rapidez, tirando toda la ropa por la cocina, y me subió a la mesa. Se quitó tan solo los pantalones y me tumbé con las piernas abiertas, esperando a que empezase el juego. Me poseyó y me gustó sentirme así, tan deseosa de tenerle dentro. Hacía tiempo que no experimentaba esa necesidad. Diego me hizo recuperar el deseo de poseer y ser poseída, algo que había perdido en los últimos años de convivencia con Juan Carlos. Cuando acabamos, terminó de hacer la cena. Adornó aquel menú tan sencillo con velas y música suave. Me sorprendió que preparase un escenario tan romántico para una simple tortilla de patatas.

—Eres una persona singular —comentó mientras me servía una cerveza. Sonreí complacida.

—¿Por qué dices eso?

—Te digo que quiero sorprenderte con una cena especial y me pides una sencilla tortilla española. Con todo lo que teníamos en la nevera. Podrías haber escogido un pescado al horno, una ensalada *gourmet* o cualquier cosa. Incluso un postre de elaboración complicada, como un suflé.

—Soy una mujer de gustos culinarios sencillos. Prefiero la compañía al menú.

—Cuando sea mi cumpleaños y me preguntes qué quiero para cenar, no creas que me conformaré con esto.

—Pide lo que quieras, con tal de que yo sea tu postre.

—Siempre eres mi postre.

—De todos modos, hoy no es un día especial, que yo sepa, tan solo viernes. — Lo besé varias veces, no quería parar. Aquella barba de varios días le hacía más interesante y atractivo.

—El comienzo del fin de semana es un día especial. No hay que madrugar mañana y podemos acostarnos tarde.

—¿Y qué podemos hacer acostándonos tarde, si puede saberse?

—Veo que no te has saciado con lo de la mesa de la cocina.

—¿Te ha bastado a ti?

—No.

—Pues continuaremos en un rato.

Cuando terminamos de cenar, nos fuimos al dormitorio y volvimos a hacer el amor, sin recoger siquiera la cocina.

—Cristina, tengo que decirte algo. Hoy he hecho todo esto por un motivo. Las velas, la música...

—Y la tortilla.

—Hubiera preferido algo más sofisticado.

—Estaba muy rica. —Lo besé y metí mi mano por debajo de las sábanas para acariciarlo.

—Soy el rey de la tortilla de patatas, ya lo sabes. Lo que quería decirte es que todo esto lo he preparado porque deseaba pedirte algo. No me has dejado que lo hiciera tras la cena porque eres una mujer fogosa.

—Y tú me sigues muy bien el juego.

—Déjame que siga, por favor. Cariño, no me interrumpas, que acabaré poniéndome nervioso.

Se levantó y salió del dormitorio. Me quedé esperando sin saber exactamente lo que tramaba. Regresó sonriente y con un brazo detrás de la espalda.

—Se me olvidaba lo más importante. ¿Cómo iba a pedirte algo sin esto? Ábrelo, espero que te guste. Creo que es de tu estilo. —Extendió su mano y me mostró un pequeño estuche de joyería.

—¡Es precioso! —Era un anillo con un pequeño brillante. Muy sencillo, como lo eran mis gustos.

—Quiero que nos casemos, Cristina. Hemos superado con nota la fase de prueba.

No sabría decir bien por qué, pero no me sorprendió que me lo pidiese. Si Diego no hubiera dado el paso, se lo habría pedido yo. Hacía meses que sentía la necesidad de avanzar. La vida lleva un lógico curso y solo tenemos que dejarnos llevar. Diego era lo que quería y con ese anillo me demostró que él también había descubierto que yo era su lógico curso.

Nos casamos cuatro meses más tarde, en una ceremonia íntima y familiar. Nunca he pensado en la fecha de caducidad que tendrá lo nuestro y todavía hoy intuyo que, lo que tenemos, durará mucho tiempo.



Octubre de 2012

Desde que su marido apareció por la oficina para pedirle perdón, no podía conciliar el sueño. Su médico le había recetado pastillas para que se relajara, sin que causaran el efecto deseado. Apenas dormía tres horas al día y tenía ojeras. Manoli estaba muy preocupada. Raúl había regresado con lágrimas en los ojos, diciendo que aquel acto significaría su redención. Según su exmarido, por fin había aceptado que estaba enfermo y su psicólogo afirmaba que ese era el primer paso para su total rehabilitación. Pero Raúl necesitaba su perdón y, cuando lo obtuviera, desaparecería de su vida.

—Tal vez yo también necesite perdonar.

—Que tome antidepresivos o que le den bromuro. O mejor aún: castración química. Es lo que habría que hacerles a los violadores. Menudo

hijo de puta. Viene llorando después de todo lo que te hizo, dando pena para que lo perdones.

—No es un violador —replicó Alicia. A Manoli le pareció inconcebible que su amiga quisiera convencerla.

—Lo es. Te violaba todas las noches, ¿o acaso por estar casada con él era menos violación cada vez que te forzaba, cada vez que te obligaba a chupársela, cada vez que venías a la oficina con cardenales en los brazos por bajarte a la fuerza para que se lo hicieras? Nunca denunciaste porque excusabas sus ataques de ira en que no era consciente de la bestia que llevaba dentro. Debiste acudir a la policía. Abusaba de ti, te follaba a la fuerza y te tiró escaleras abajo, provocando la muerte de tu bebé.

—¡Basta, por favor!

—Te estás equivocando.

—Hablaré con Cristina.

—Te dirá lo mismo que yo.

—Le contaré lo que siento, que quizás tenga que perdonar para pasar página.

Llevaba semanas encontrándome mal, sobre todo por las mañanas. Me costaba levantarme y empezar el día. Recordé que había estado así al comienzo de mis tres embarazos y eso me asustó. No le dije nada a Diego acerca de mis sospechas, pues nunca hablamos de tener hijos y yo jamás le pregunté si deseaba ser padre. Sabía lo de mis abortos y supuse que no quería plantearme nada, pues daba por sentado que era tema tabú para mí o, tal vez, no le gustaran los niños.

A pesar de ello, nunca pusimos medios para no tener hijos, limitándonos a apuntar las fechas de mi ciclo en un calendario y a abstenernos de hacer el amor en ciertos días, pero no llevábamos a rajatabla las cuentas.

Salí del baño y cogí el calendario donde apuntaba mis reglas. Llamé a mi secretaria y le pedí que retrasara un par de horas todas mis citas. Me fui a la farmacia, compré dos test de embarazo y regresé a casa. Hice el primero y esperé el resultado. Cuando lo tuve, abrí el segundo y lo repetí. Los metí en el bolso, cogí el coche y me presenté en la consulta de Diego.

—¿Ha pasado algo? Tienes mala cara.
—He retrasado mis citas de la mañana porque no me encuentro bien.
—Pues deberías haberlas anulado.
—He vuelvo a vomitar.
—Tienes que ir al médico. Eres una cabezota, te lo llevo diciendo desde que estás así.
—Anda, siéntate, no vayas a desmayarte, porque no es al médico de cabecera a quien voy a tener que visitar, sino al tocólogo. —Sonreí y saqué los test de embarazo del bolso.
—¿Es esto lo que creo que es?
—A las pruebas, nunca mejor dicho, me remito. Compré dos y los dos han dado positivo.
—Joder.
—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir?
—Es que no me lo esperaba.
—No me lo esperaba ni yo.
—Estoy contento, aunque no lo parezca, pero has hecho bien en pedirme que me siente, porque me estoy mareando.
—Eres un miedica. Todos los hombres lo sois.
—¿De cuánto estás?
—De siete semanas. Me llevé un buen susto esta mañana cuando comprobé el resultado de las pruebas, aunque te mentiría si te dijera que estoy disgustada. No me estás engañando, ¿verdad? ¿Estás contento?
—Lo estoy. —Me abrazó y me besó con especial cariño. Sin duda alguna, no fingía.

Eran las tres de la mañana. Había oído dar la una y las dos en el reloj. Se sobresaltó. De nuevo el teléfono. Sonaba a horas intempestivas y, al otro lado de la línea, siempre los mismos jadeos. «¿Eres tú, Raúl?», preguntó el primer día en que comenzó a recibirlas. Tiempo después, cuando su exmarido se presentó en la oficina, dejó de creer que el hombre que disfrutaba masturbándose al otro lado fuese él.

—¿Quién eres? ¿Te divierte? Supongo que tienes tarifa plana.

—...

—¡Eres un cabrón, hijo de puta!

—...

—¡Vamos, termina de una vez, que no tengo toda la noche!

—Tendrás toda una noche para mí y será una larga, larga noche, Alicia.

Por primera vez oyó su voz. Sonó metálica, como si hablase a través de un distorsionador. Colgó el teléfono y se acurrucó en la cama. Cuando volvió a sonar, arrancó el cable de la clavija de un tirón, se tapó hasta el cuello e intentó dormir. No lo consiguió. Dio vueltas en la cama y, finalmente, se levantó para prepararse una tila. Se volvió a acostar y a levantarse unas cuantas veces, hasta que dieron las seis y se vistió para ir a la oficina.

No tenía intención de quedar con su exmarido, pero aquella era la segunda vez que la aguardaba a la salida del trabajo. Le había dicho a Manoli que se iría con ella a tomar un café, que la esperaba en la puerta mientras recogía sus cosas y apagaba el ordenador.

Raúl consultaba el reloj cuando lo vio. Al verla, sonrió. La invitó a un café e insistió en lo arrepentido que estaba por el daño que le había causado. No mencionó la muerte de su hija. Aquello no podría perdonárselo nunca pero, a pesar de ello, aceptó su invitación. Cuando Manoli bajó, los vio alejarse calle abajo y sintió una punzada en el pecho. Alicia se estaba equivocando.

En la cafetería, Raúl pidió otra cuchara al camarero. Ella había tirado la suya, tal vez por los nervios. Mientras le contaba cómo había pasado los últimos meses, la pudo observar más detenidamente. Su exmujer estaba muy cambiada. Le pareció más bonita de cómo la recordaba. Se había dejado el pelo largo y llevaba mechas cobrizas, que avivaban su cabello moreno. Sus ojos destacaban con aquella sombra dorada y el ligero toque de rímel negro hacía su mirada más expresiva. «Seguro que le sería sumamente sencillo rehacer su vida al lado de otro hombre», pensó. En cambio, él no había tenido suerte. Quiso preguntarle si salía con alguien, pero desechó la idea, pues no deseaba asustarla y que huyese antes de escucharlo. Debía andar con cuidado para que pudiese llegar a confiar en él. De ello dependía todo.

Alicia daba vueltas a su café, de manera casi compulsiva. Raúl había

terminado el suyo y ella aún lo removía. Pensó que se lo había tomado demasiado deprisa y supuso que él también estaría inquieto.

—Estás muy guapa. —La miró de arriba abajo y aquello la incomodó.

—No necesito tus halagos, gracias.

—No es un halago, es la verdad, lo estás.

—Te repito que no es necesario que me halagues para obtener mi perdón.

—No es solo tu perdón lo que he venido a buscar, Alicia. ¿Estás saliendo con alguien? —Raúl la miró y ella dejó de remover su café.

—No creo que eso sea de tu incumbencia.

—No lo es, por supuesto, pero si fuera sí, no te plantearía lo que quiero decirte puesto que, obviamente, la respuesta sería negativa.

—No te entiendo, pero contestaré a tu pregunta. No, no estoy saliendo con nadie en este momento.

—¿Crees que habría posibilidad de que tú y yo volviésemos?

—No puedo creer lo que estoy oyendo. Ahora mismo ni siquiera deberíamos estar hablando. Tienes una orden de alejamiento y yo podría ir a la comisaría a denunciarte por incumplimiento.

—Pero, en vez de eso, estamos tomando un café.

—Puedo perdonarte, Raúl, de hecho, estoy preparada emocionalmente para hacerlo. Pero lo que me estás pidiendo es imposible. Hace mucho que dejé de amarte.

—Ninguna posibilidad, entonces.

—Ninguna. No hay un mañana para nosotros.

—Yo sigo queriéndote.

—Tienes un modo extraño de querer.

—No me ataques, por favor, soy consciente de todos mis errores.

Era sábado por la mañana y me había levantado más temprano que de costumbre. Ni siquiera me vestí. Había pasado una mala noche, dando vueltas y más vueltas. Hacer el amor no me había ayudado a conciliar el sueño. Muchas veces la relajación que me proporcionaba el sexo hacía que lograra dormirme, pero en aquella ocasión los orgasmos no lo habían conseguido.

Me senté en el despacho y comencé a releer el expediente de Alicia, que era mi primer objetivo, y después continuaría con el de Gloria. Ella era más fuerte y su problema no me parecía tal. Sufrir por un hombre hasta el punto de tener que tomar pastillas, cuando yo había llegado a la conclusión de que no estaba enamorada, no tenía sentido alguno. Estaba convencida de que era solo atracción sexual. A esa edad, las mujeres que viven una aventura extramatrimonial necesitan recuperar la pasión de una juventud perdida, se redescubren, se descolocan y tienen que amueblar de nuevo una cabeza que creían centrada. Pero eso era algo que no podía decirle tan a las claras. Mi posición no era la de criticar, sino la de ayudarla a encauzar su vida y a que dejase la medicación.

—Siempre te traes trabajo a casa. —Diego vino con dos cafés al despacho, se sentó en el sofá y me acompañó.

—Quién fue a hablar, el que tiene la casa llena de expedientes con casos perdidos. Solo te falta guardarlos en el armario de la terraza.

—Si estuvieran perdidos, no me los llevaría a casa.

—Es broma, tonto.

—Anoche llamó tu hermana y me dijo que no le cogiste el móvil en todo el día.

—Lo puse en silencio. Estoy desbordada de trabajo. ¿Qué quería?

—Recordarte que el lunes es el cumpleaños de tu madre y que si le compráis algo a medias o cada una va por libre.

—Menos mal que me lo ha recordado, porque se me había olvidado. Mejor que se encargue ella. ¿La llamas tú y se lo dices, por favor?

—Muy bonito, ahora resulta que también soy tu secretario. Chofer, amante y secretario. Tres en uno y encima llevo dinero a casa. Soy un verdadero chollo.

—Anda, corazón, sé bueno y de paso te disculpas en mi nombre, dile que la llamaré mañana sin falta.

—Estás con mucho lío en la consulta últimamente.

—Tengo entre manos un caso que me preocupa. Una mujer maltratada física y psicológicamente. Se divorció hace tiempo. Dejó de tener noticias del marido y hace algunos meses este volvió a aparecer. Se hallaba casi

recuperada de su trauma pero, con el regreso de su exmarido, está perdiendo el control de su vida. Es una persona frágil. Él le ha dicho que necesita que lo perdone, que se ha dado cuenta de todo el daño que le ha infligido y que no puede vivir con ese remordimiento en su conciencia.

—Me suena a cuento chino. Lágrimas de cocodrilo.

—Le he aconsejado que sea precavida, ya que ahora es una mujer nueva y esa relación es agua pasada que debe dejar correr. Intuyo que va a quedar con él, desoyendo mis consejos.

—Tú no puedes hacer nada, Cristina.

—Pero me da miedo. Tengo un mal presentimiento.

—Ahora va a resultar que eres bruja.

—El sexto sentido femenino.

—Ven junto a mí, que aquí sentado parece que soy tu paciente.
¿Cuándo vuelves a verla?

—Dentro de quince días, aunque he insistido en que me llame si necesita algo.

—Pareces una madre más que una psicóloga.

—Futura madre. Tal vez sea eso, las hormonas, que ahora las tengo más revueltas que nunca. Vuelco mi instinto maternal en mis pacientes. Esta tarde he tenido otro caso. Una mujer fuerte y decidida, que vino a la consulta con un cuadro de depresión y ansiedad por un hombre. Lo habitual. Un tipo que dice que la quiere, pero no da el paso. Ambos casados.

—Caso de manual. Y lo de no dar el paso, muy propio de los hombres. Hombre casado, con hijos e insatisfecho en su matrimonio. Aventura, posibilidad de ser feliz de nuevo y le entra un repentino ataque de pánico.

—Sois cobardes.

—No te lo discuto.

—Estaba casi curada y ahora él vuelve.

—¿Pasos reales?

—Tal vez.

—¿Y qué problema le ves a esto? Si deja a su mujer para irse con ella, yo no veo ninguno. Ella tendrá que usar la balanza imaginaria, esa que siempre les pides que utilicen. Sopesar y decidir. Punto.

—Es que ella no debe estar a expensas de él. Puede ser un «ahora vuelvo, ahora no vuelvo». La cobardía, ese es el problema. La ha tenido en compás de espera un buen tiempo, sin dar señales de vida. Un cobarde es siempre un cobarde, lo sabes bien. Son hombres problemáticos.

—En esto tampoco puedes hacer nada, das consejos, posibles soluciones, esa es tu labor, nada más. Tal vez sea la excepción que confirma la regla y haya dado el paso en firme. Quizás te equivoques. No juzgas igual a hombres que a mujeres.

—No empecemos. Cuando hablamos de mis baremos, siempre terminamos discutiendo. Intento ser justa.

—Se te ve el plumero, Cristina.

—¡Está bien, me rindo! Estoy cansada. Creo que me encuentro así porque he tenido los dos casos en el mismo día y estoy emocionalmente agotada.

—¿Quieres que alivie tu estrés?

—¿Cómo?

—¿Esposas, nata, gel de masaje, bolas chinas, anillo, un vibrador? ¿Todo a la vez?

—¿Tortilla de patatas? ¿Y una cervecita? ¿Y luego... un postre con mucha nata por encima?

—Hecho. —Sonrió y me atrajo hacia él.

La nata era un recurso que solíamos emplear con cierta asiduidad. Era menos pringosa que la miel o la mermelada y las sábanas se lavaban mejor. Cuando la utilizábamos bromeaba con Diego llamándolo mi «helado favorito». A él le gustaba más usar lubricantes con sabores y el de fruta de la pasión era su preferido. Aquel día necesitaba sexo porque estaba especialmente estresada. Hacer el amor me ayudaba a descargar toda la tensión acumulada en el día. Mis dos pacientes me habían empezado a quitar el sueño. Alicia me caía bien. Estaba orgullosa de los resultados obtenidos con ella. Vino rota y conseguí arreglarla, pero aún quedaban algunas piezas sueltas para terminar de recomponerla y no sabía dónde encajarlas. Muchos días releía su expediente, consultaba libros y hablaba con colegas para ver de qué forma podría ayudarla a cicatrizar sus heridas. A veces era el tema de conversación durante la cena.

Ahora, con la aparición de su exmarido, se había reabierto una brecha por la que todo lo que llevaba conseguido podía irse al traste. Aquello me preocupaba. Los maltratadores son imprevisibles. No conocía a Raúl pero, en cualquier caso, el hecho de que hubiera regresado, de repente y después de varios años, me apesadumbraba. Quería ayudar a Alicia, era mi asignatura pendiente.

En cuanto a Gloria, me preocupaba menos, aunque también me llevaba su expediente a la cama muchas noches. Había dejado de leer novelas para dormirme con sus historiales en la mano. Como decía mi marido, ella era quien tenía que decidir. De hecho, no deberíamos estar coaccionados por nadie cuando se trata de tomar decisiones que afecten a nuestra vida.

Aquel día decidí jugar de nuevo. Aunque habíamos hecho el amor por la mañana, el resto de la jornada le tuve desatendido. El trabajo me había robado el tiempo destinado a mi marido, un tiempo que, desde que estábamos juntos, había decidido reservarlo solo para nosotros. Aquel sábado había incumplido aquella promesa y tenía que compensarle. Diego era un gran jugador, aceptaba las reglas y jugaba de buen grado a cualquier cosa que le propusiera, incluso a lo más absurdo. Debo reconocer que siempre he tenido mucha imaginación, supongo que tuve en Álvaro a un buen maestro.

—¿No será rotulador permanente? —preguntó, mirándolo con cierta inquietud.

—¿Permanente?

—Indeleble, de los que no se borran.

—Ya sé lo que es permanente e indeleble, Diego. ¿Cómo voy a usar un rotulador imborrable?

—Pero qué rarita eres. Me haces cosquillas.

—Déjate de tonterías. ¿Y lo bien que está quedando? Una obra de arte.

—Cuando acabes con la tontería, directo a la ducha y a restregar con estropajo de aluminio. Miedo me está dando. ¡Ha quedado tan enigmática como la Mona Lisa!

—¿A que nunca te la habían pintado?

—Nunca, ni con una carita ni con nada. Estoy casado con una mujer rara, rara.

—Una vez vino a la consulta un hombre lleno de tatuajes. Calvo como una bola de billar y hasta la cabeza la tenía tatuada.

—¿Le preguntaste si eso también lo llevaba tatuado?

—No, pero debió verme tal cara de curiosidad, que me lo dijo sin preguntar. «Tengo tatuado hasta el pene». No con esas palabras, fue más... digamos... vulgar... En serio, Diego, no sé cómo me consientes tantas gilipolleces.

—Porque me temo que si no lo hiciese, te vengarías de mí privándome de tus favores sexuales. Y por ahí no paso. Prefiero tragar. A fin de cuentas, no eres una sádica ni una masoquista, simplemente tienes muchísima imaginación, no me aburro contigo.

—Píntame un Picasso en este lienzo que espera convertirse en una gran obra maestra.

—Te dibujaré una cara, para estar en paz. Y este lunar... Podría aprovecharlo como si fuera una lágrima. Bendito lunar.

—¿Qué...? ¿Qué has dicho?

—He dicho «bendito lunar». Es precioso y está en un sitio digno de que lo pongan en un marco. Habría que immortalizarlo.

—«Bendito lunar...». Hacía años que no me decían esto, me has hecho que recuerde y hacía tiempo que no lo hacía.

—¿Y lo que te ha venido a la cabeza es desagradable?

—Al contrario, es un bonito recuerdo. Continúa dibujando, cariño, y después...

Alicia entró en la salita de espera y la encontró hojeando una revista de decoración. Se acercó hasta ella y la saludó. Gloria se levantó y le dio un beso. Le sorprendió su efusividad, aunque no le disgustó, incluso se sintió cómoda. Apenas la conocía, pero le caía bien. Había algo en aquella mujer que le inspiraba confianza.

—Me alegro de verte, ¿cómo estás?

—Lo mismo digo. Me gustaría decirte que mucho mejor, pero mentiría.

—Siento oír eso. Está visto que Cristina tiene trabajo con nosotras. —

Gloria sonrió y le ofreció un caramelo—. Son sin azúcar. De menta extrafuerte, como nosotras.

—Gracias. Sí, demasiado trabajo. Ahora mismo necesito perdonar para sentirme mejor, aunque no estoy segura de que mi exmarido haya cambiado.

—Si te sientes mejor, perdona, ¿por qué no hacerlo? Lo más probable es que Cristina te aconseje lo mismo que yo. Eres tú la que vienes aquí, no tu exmarido. Y si perdonarlo te quita un peso de encima, hazlo.

—¿Y tú cómo vas?

—Planteándome si abandono a mi marido por otro hombre. De Javier creo que ya no estoy enamorada, pero lo sigo queriendo a mi manera, y respecto al otro, mis sentimientos son tan confusos... ¿Me equivocaré tomando mi decisión? ¿Tal vez sería mejor cortar con los dos? Encrucijada.

—¿Decidirte por la libertad sin ataduras?

—Comenzar una nueva vida. Este hombre está casado y, según él, dejaría a su mujer. Pero ya no estoy segura de querer que eso suceda. En ocasiones me digo que solo fue sexo y otras que fue algo más. Cuando eligió a su mujer, a pesar de asegurarme que me amaba, me destrozó. Supongo que tuvo miedo a lo desconocido. En general, los hombres prefieren lo que tienen, aunque no les llene. No piensan que un cambio puede ser sinónimo de felicidad sino de vuelta, con el tiempo, a la rutina. A Cristina no le gustan ese tipo de hombres, así que me dirá que me aleje de él.

—No estamos aquí para que nos dé su opinión, sino para que nos ayude a encontrarnos.

—Estamos perdidas, ¿verdad?

—En lo más profundo de un hoyo. Espero que nos eche un cabo.

—Podríamos tomarnos un café después de la consulta —propuso Gloria tras echar un vistazo a su móvil—. Cuando llegue a casa, la cena estará lista, por lo que tengo tiempo para pasarlo con una amiga. Además, mañana es sábado y no madrugo. Aquí al lado hay una cafetería donde el capuchino está muy bueno. Te invito.

—Un café estaría bien. Yo tampoco tengo prisa.

—Un café y una agradable charla entre mujeres. Un buen plan. —

Gloria sacó su móvil y envió un wasap a su marido, comunicándole que llegaría más tarde de lo habitual.

Salimos del despacho y, tras aquella consulta, me pareció que Gloria estaba algo más tranquila. Alicia, que aguardaba sentada en el sofá de la sala de espera, se levantó y se arregló el vestido. La noté impaciente. Me llamaba la atención que, las dos personas cuyo historial había estado estudiando con tanto interés en las últimas semanas, abandonasen el gabinete juntas. Me sorprendió también que dos mujeres tan distintas hubiesen congeniado hasta el punto de quedar después de la terapia. Tras varios meses acudiendo a su cita semanal, se había establecido entre ambas una extraña camaradería. Gloria me comentó que iban a tomar un café y me animó para que me fuese con ellas. Desde el punto de vista profesional, de buena gana las habría acompañado para poder seguir charlando, pero ya tenía planes. Había llamado a Paqui hacía unos días y le había contado lo de mi embarazo. Se alegró mucho por mí y me pidió ser la madrina. Yo ya había decidido que lo fuera y me sentí feliz cuando se adelantó a mis deseos. Después de hablar durante más de una hora, quedamos para vernos aquel día. Acababa de enviarme un wasap diciéndome que me esperaba en nuestra cafetería habitual.

—No sé de qué te sorprendes. Dos personas pueden ser amigas siendo polos opuestos. Tú y yo lo somos desde hace muchos años y nuestro comienzo fue sorprendente, si esa es la palabra más apropiada para describirlo. La amante adolescente y la mujer engañada terminan convirtiéndose en amigas tras la muerte del hombre al que han amado.

—Visto así, tengo que darte la razón.

—¿Y cómo pretendes verlo? Así fue y míranos ahora. Te quiero como a una hija, pero si tuviéramos la misma edad lo haría como a una hermana, la que nunca tuve.

—Tienes un humor extraño. Te advierto que a tu hija estos dos casos no la dejan conciliar el sueño. Lo de una de mis pacientes es muy reciente y todavía falta mucho para que se recupere de algo tan duro. Malos tratos físicos y psicológicos. Su exmarido era un auténtico cabrón de quien se liberó, y ahora él regresa en busca de su perdón y a saber de qué más. Diego dice que

son lágrimas de cocodrilo. Yo intuyo que hay un trasfondo de odio camuflado, de esa hipocresía que muchos maltratadores conservan dentro de su cabeza cuando hablan con sus antiguas víctimas. Aparentan haber cambiado, querer olvidar su anterior vida, pero algunos de ellos, simplemente, no pueden dejar de ser lo que son, o al menos no tan pronto, y siguen alimentando ese rencor. Eso es lo que me preocupa.

—¿Crees que ese es el caso del exmarido de tu paciente? ¿Que finge buscar la redención, aunque lo que realmente persigue es volver a hacerle daño? —Paqui me miró con interés, esperando mi respuesta.

—¿Acaso un maltratador puede modificar su conducta en tan poco tiempo? Si hubieran pasado un par de años y con una buena terapia... He conocido casos de maltratadores rehabilitados, pero Alicia y su exmarido solo llevan unos meses separados. Es poco tiempo para que alguien se arrepienta con sinceridad del dolor causado, me lo dice la experiencia de años de profesión. Ella necesita perdonar para pasar página y me da miedo que el perdón lleve a una reconciliación. Ya sabes, a veces sucede.

—Te fastidia comprobar cómo se equivocan, pero no puedes hacer nada para evitarlo. Son sus decisiones y tú únicamente su terapeuta.

—Lo sé, aunque tampoco puedo evitar que me afecte. El otro caso es muy distinto. Una mujer fuerte que vuelve a estar en una encrucijada. No quiere a su marido y el hombre por el que acudió a mi consulta no es de fiar. Un amante que le dice que la ama y se acojona cuando su mujer descubre su infidelidad. Ahora ella no confía en que haya regresado para quedarse. Hasta yo desconfío. Ya sabes lo que pienso de los indecisos y de los cobardes.

—Es el defecto que más aborreces en los hombres. Siempre que quedamos terminamos hablando del género masculino y de su cobardía en cuanto a los sentimientos se refiere.

—Muchas de las mujeres que vienen a mi consulta están deprimidas por culpa de un hombre cobarde. También detesto el egoísmo, aunque este lo hallo en el mismo porcentaje entre hombres y mujeres. Nos viene de serie, en la genética del ser humano. En cambio, la cobardía es un defecto más propio de ellos. Se ahogan en un vaso de agua, se asustan a la primera de cambio. Las mujeres somos más valientes y, cuando tomamos una decisión, lo hacemos con

todas las consecuencias.

—Hablas con la pasión de quien lo hace con el corazón y tú eres una profesional, no debes involucrarte. Solo así podrás conciliar el sueño y, sobre todo, ayudar a las que se han convertido en el motivo de tu insomnio.

—Sé que es un error y que debería mantener la cabeza fría. Esto no me había pasado desde mis comienzos en la profesión, cuando era joven y demasiado visceral. Pensaba que aquella etapa la tenía superada, pero ahora mismo me siento igual, porque a las dos les he tomado cariño. Se iban ahora juntas a tomar algo y me invitaron a acompañarlas. De buena gana me hubiera unido a ellas, pero había quedado contigo y por nada del mundo te daría plantón. Si lo hubiese hecho, ahora tendría más apuntes para añadir a sus historiales. Los habría tomado mentalmente, claro está, no querría asustarlas cogiendo papel y lápiz para anotar todo lo que hablásemos.

—Vaya, te fastidié el plan. —Paqui hizo un mohín gracioso.

—Me encanta tu compañía y no me has fastidiado nada, tonta. Vamos a por la segunda cerveza, tenemos los vasos vacíos. Qué diferencia de sabor a la cerveza normal.

—Es lo que tiene la sin alcohol, pero no te queda otra, dado tu estado. Esta vez pediremos que nos la sirvan con unas olivas. ¿Sabes qué es lo mejor para conciliar el sueño?

—No seas mala.

—El sexo es un buen aliado para conciliar el sueño, no lo digo yo, lo dicen los especialistas. Cuanto más bueno es, más relajada se queda una y mejor duerme después. Y dicen que para el embarazo también va muy bien.

—Cuando no puedo dormirme, Diego me ayuda a hacerlo, tiene un buen método. Debería patentarlo.

—Ahora la mala eres tú.

—No seas mal pensada, Paqui. No todo es sexo en mi cama. El otro día dibujamos con rotuladores en nuestros cuerpos. Fue divertido. Gracias a ello, hemos descubierto que tiene alma de pintor expresionista. Si estoy muy estresada, me da un masaje en los pies y duermo como un bebé.

—¿Te sigue gustando jugar? —preguntó con naturalidad.

—Cada día más.

—Cuéntame...

En una cafetería cercana a la consulta, Gloria y Alicia conversaban. Gloria acababa de sacar unas fotos de sus hijos de la cartera. Alicia las contemplaba mientras su amiga describía el carácter de cada uno de ellos. Hablaba con el calor propio de una madre orgullosa. Le enseñó una de los tres juntos, que se habían hecho en un estudio las pasadas Navidades. Recordó que tenía una de Javier y se la mostró también. Era una foto antigua, de hacía al menos diez años. Mientras Alicia la miraba, Gloria se preguntó por qué no tenía una más reciente de su marido. En aquella fotografía, Javier no tenía canas y estaba más delgado. Recordaba aquella camisa y la corbata. Las compró para la comunión de su sobrino Hugo. A su marido le encantaban, tanto como a ella los zapatos. Tendría al menos cuarenta, casi tantas como pares tenía Gloria. Sonrió al pensar que ambos eran coleccionistas compulsivos. Decidió pedir a su marido que se hiciera una fotografía de estudio y reemplazaría la de su cartera.

—Tienes unos hijos preciosos.

—Me pregunto a quién habrán salido.

—Tú eres una mujer atractiva y tu marido no está nada mal.

—Esa foto es antigua. Ahora tiene canas y es unos cinco kilos más atractivo. Pero tienes razón, no está nada mal.

—Mi exmarido engordó mucho en los últimos años. En cambio, a mí siempre me estaba diciendo que me cuidase más. No me dejaba comer dulces porque no quería que engordase.

—Y él, ¿comía bollos?

—¿Que si comía? Se ponía ciego. Las palmeras de chocolate son su debilidad. Nunca podían faltar en casa. Una vez, recuerdo que se acabaron y se me olvidó comprar. Volvió de trabajar y me pidió que le pusiera un café y una palmera. Regresé de la cocina solo con el café y temblando.

—¿Temblando?

—Cuando le dije que no quedaban, se levantó y me tiró el café encima.

—Joder, ¡menudo cabrón!

—Me quemó el pecho y el brazo. No fue mucho, gracias a que no le gusta el café muy caliente, pero se me enrojeció todo y me llevé un buen susto. Él, sin embargo, ni se inmutó.

—Y ahora ha vuelto. ¿No me dirás que vas a perdonarlo? Tiene una orden de alejamiento. Empléala. Denuncia.

—Quiero saber, Gloria. Quiero saber por qué me hizo tanto daño, por qué me llegó a odiar tanto. Ha dicho que quiere mi perdón y yo necesito perdonar, esa es la única terapia para mí, la única que sirve para que terminen de cicatrizar las últimas heridas. Mi corazón no tendrá descanso si soy igual de insensible que él.

—A pesar de todo, ¿todavía sientes algo por tu marido?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Contéstame, Alicia.

—Lo quise mucho hasta que descubrí cómo era. En ese momento, el amor dio paso al miedo y después al odio. Ahora necesito perdonar para comenzar de nuevo. Si en tu pregunta iba implícita la de si volvería con él si me demuestra que ha cambiado, la respuesta es no. Perdonaré, sobre todo por mí, aunque no puedo olvidar lo que me hizo. Las palizas y vejaciones dejan cicatrices. ¿Y tú? ¿Te han servido de algo los consejos que te ha dado Cristina hoy?

—Ya sabes lo que opina de los cobardes. Nacho lo fue. Pensé que iba a caer otra vez cuando me pidió que retomásemos lo nuestro y yo tenía tanto ganado. Ahora sé que no lo haré, porque no estoy dispuesta a que vuelva a herirme. Lo pasé francamente mal y no quiero pasar por aquello de nuevo. Además, en casa estoy más relajada y con Javier las cosas van hacia adelante, aunque no acabo de verlo del todo claro. Para mí, la felicidad no es algo relativo. O eres feliz o no lo eres, y yo aún no lo soy. Así que sigo buscando mi camino. Cristina afirma que hay que luchar por encontrarlo. Si me quedo con lo que tengo, sin convencerme de que es lo que deseo, no alcanzaré la felicidad que anhelo. No amo a Javier del modo en que él me ama y es injusto para él, pero para mí también.

—Siempre uno entrega más en una relación. Y, en todo caso, ¿quién tiene la medida justa de amar lo suficiente? ¿Se puede medir la cantidad de

amor?

Alicia miró a su alrededor. Parejas sonrientes, parejas calladas, algunas que, tal vez, se estuvieran diciendo adiós, amigos hablando a voces y dos amigas contándose confidencias. Sonrió y observó los ojos de Gloria, vivaces y alegres, a pesar de que se hallaba sumida en un mar de dudas. «Los problemas son tan grandes como cada uno quiera hacerlos», se dijo Alicia. Los de Gloria comenzaban a empequeñecer.

—Javier me quiere y es un buen hombre. No se merece a alguien que no le corresponde y no se entrega. Él está dando el cien por cien y yo voy al ralentí. Tampoco considero que Nacho sea una opción. Más bien sería un recambio a falta de que llegue alguien mejor que él y no quiero eso para mí.

—¿Dejarás que tu ex amante abandone a su mujer para decirle luego que él no puede llenar tu vacío existencial? A eso yo lo llamo venganza.

—No, Alicia, no soy una persona vengativa. Disfruté con Nacho e incluso creí que estaba enamorada de él. Tal vez me confundiese al no estarlo de Javier y por eso pensé que lo que sentía era amor. Anhelaba que fuera así. Nacho es un buen amante, bueno en la cama, quiero decir. Me hizo sentir viva y deseada, y ahora necesito volver a experimentar eso. Si él quiere dejar a su mujer, que lo haga, pero no seré yo la excusa. Lo único que exijo es ser feliz, estoy en mi derecho, como lo estás tú y como lo estamos todos.

Gloria dio vueltas a su café. No quiso pensar en cuántas daba. «Siempre el mismo número». Nacho había descubierto aquella manía que a ella le había pasado desapercibida. Eso le demostraba que, durante el tiempo que duró su historia, se interesaba por todo lo que hacía. Pero cuando su esposa descubrió su infidelidad, optó por quedarse con lo que tenía en casa.

Gloria ya había dejado de reprochárselo. En la consulta, Cristina le comentó que eso es lo que les sucede a los hombres que son infieles y tienen hijos. «Algo así como más vale lo malo conocido», añadió.

—¿Abandonarás a tu marido?

—Honestidad y valentía. Debería guiarme por esos dos valores, principios que echo de menos en los demás. No puedo traicionarlos ahora, pues siempre han regido mi vida. Quizás ya no haya esperanza para mi matrimonio, o puede que sí, no logro aclarar aún mis ideas. No estoy

enamorada, pero quiero a Javier. Estoy confusa y cada día pienso una cosa distinta. Supongo que estoy en la fase por la que se pasa antes de ver la luz al final del túnel. ¿Me es suficiente con lo que tengo? Un día creo que puedo recuperar lo perdido y al siguiente que no. ¿Y si la cuestión no consiste en buscar una nueva persona que avive la llama de mi corazón, sino en redescubrir a la que tengo en casa? Quizás debiera hacer un esfuerzo para reencontrarme con ella y conmigo misma.

—Cristina está preocupada por nosotras. Lo noto cada vez que acudo a su consulta. Toma muchas notas, cada día más. Presiento que le estamos causando un gran quebradero de cabeza. Imagino que estará pensando: «estas dos me cuestan más salud que ingresos me proporcionan».

—Tengo que hablar con Nacho, no puedo demorarlo más. Le prometí una respuesta. Cuando me quite este peso de encima, también se lo quitaré a ella. Y tú, ¿quedarás con tu exmarido otra vez?

—Cenaré con él esta semana.

—No puedo creerlo.

—No hay nada malo en cenar.

—Te maltrataba. Acabas de contarme que casi te abrasa con un café. Vas a meterte en la boca del lobo.

—No temas por mí, lo tengo todo controlado. Y, en cuanto a olvidar, quisiera borrar los diez últimos años de mi vida a su lado. Al principio, sus celos incluso me divertían, era muy joven y pensaba que era celoso porque me quería. Lo que piensan todas las mujeres jóvenes y enamoradas.

—Lo que piensan todas las gilipollas, en definitiva.

Alicia recordó entonces cuántas veces Raúl la había llamado aquello, y también «puta», «zorra» o «perra», mientras la arrastraba por el suelo hasta la cama para violarla o para obligarla a hacerle una felación. Efectivamente, había sido una gilipollas durante mucho tiempo. Su cabeza le decía que podía vivir sin perdonar, pero su corazón le dictaba lo contrario y solía guiarse más por sus sentimientos que por la lógica y la razón. En la balanza de la que tanto hablaba Cristina, había puesto la pesadilla en la que se convirtió su vida con Raúl y en el otro brazo su deseo de superarlo, perdonando al hombre que tanto dolor le había causado. Sí, era evidente, necesitaba perdonar.

Gloria la miró, a la espera de que Alicia continuara hablando. Esta levantó la vista de su taza de café y observó sus ojos. Brillaban como si estuviese a punto de llorar. Eran de un color verde irisado y tenía unas pestañas largas y abundantes. Aquella mujer esbelta y de facciones correctas, poseía un rostro atractivo. Tenía algunas arrugas alrededor de los ojos, propias de la edad y no del sufrimiento, pues se percibía que no había vivido en el mismísimo infierno, como lo había hecho ella. Calculó que tendría treinta y seis años, a lo sumo. Se cuidaba, saltaba a la vista. Y le gustaba la moda, mucho más que a ella, que vestía de mercadillo. Se había fijado en su vestido, corto y entallado, que le quedaba como un guante. Lo llevaba con medias finas y zapatos de tacón de vértigo, que alargaban aún más sus esbeltas piernas y dejaban poco a la imaginación. No era un modelo con el que se hubieran atrevido muchas mujeres. A Gloria, observó Alicia, le encantaba llamar la atención y su marido no debía ser celoso si no se sentía incómodo por ello.

Gloria le agradaba y hacía mucho que no estaba tan a gusto con alguien. Habían congeniado, a pesar de ser tan diferentes, de llevar una vida tan distinta y de acudir a la consulta de la psicóloga por motivos tan dispares. Solo empatizaba de ese modo con Cristina y la única persona a la que podía llamar amiga era a Manoli.

Alicia cogió una servilleta y se limpió los labios, desconectando por un segundo de la conversación. Relajada y segura, cayó en la cuenta de que hacía tiempo que no necesitaba ir con Manoli a la consulta de la psicóloga. Atrás quedaron sus primeros miedos, aunque sabía que no estaba recuperada del todo. Faltaba el perdón, pero pronto el círculo se cerraría. Gloria carraspeó y Alicia volvió a la realidad.

—Perdona, me he quedado en blanco.

—No importa, te decía que tienes buen aspecto.

—Y mientras, yo me preguntaba si sería capaz de ponerme un vestido como el que llevas tú. Nunca me han dejado llevar algo tan ceñido y llamativo.

—Ahora eres libre para ponerte lo que te venga en gana.

—Aún tengo un chip en la cabeza que me dice que todos los hombres me mirarían. Lo tengo insertado en el cerebro y me es difícil quitármelo.

Supongo que esto también llevará su tiempo.

—No creo que fueses provocando por llevar un vestido bonito con el que te sintieras segura. A todas nos gusta sabernos deseadas. A mí me encanta —reconoció.

—No hace falta que me lo digas, es evidente. —Alicia la miró, esta vez con cierto descaro.

—Si tienes un cuerpo, ¿por qué no lucirlo sin resultar vulgar? ¿Crees que lo soy?

—Tienes clase, algo de lo que yo carezco.

—Clase... interesante palabra. ¿Cómo me ves con este modelito?

—Te queda como un guante.

—Pues eso.

Alicia pensó en la suerte que su amiga tenía y que Gloria desdeñaba. Estaba deprimida y, en su opinión, carecía de motivos para estarlo. Tenía un marido que la quería, tres hijos de los que hablaba con orgullo, un trabajo en el que se la valoraba y, aun así, estaba perdida y era infeliz. Gloria quería ser feliz y se planteaba dejar a su marido, convencida de que ese era el camino para conseguirlo. Pero ¿acaso no tenía todo lo necesario para serlo? Iba a tomar la decisión de tirarlo todo por la borda para buscar algo que, en su opinión, ya poseía. Su amiga estaba ciega. Una tontería, una aventura pasajera de la que solo debía quedar un agradable recuerdo, le había nublado la visión y la perspectiva. Le hubiera gustado zarandearla para que reaccionase y descubriera que ya era feliz junto a un hombre que la amaba.

El camino a seguir no era dejar a su marido, sino buscar el modo de avivar la llama. ¿Acaso no era eso lo que le había sucedido? ¿Que la pasión se había apagado? ¿No fue ese el motivo por el que se lanzó a los brazos de su compañero? Quería demostrarse que podía seducir, que continuaba siendo una mujer atractiva. Pero ¿acaso no era evidente que lo era? Alicia estaba convencida de que sus amigas la envidiaban. Bonita figura, hermoso rostro, cualquier cosa que se pusiera le sentaba bien y, además, su esposo la adoraba. ¿Qué más quería?

En cambio, ella... Ahora era cuando comenzaba a cuidarse. No le sobraba un kilo y eso era lo único que podía agradecerle a Raúl. Su exmarido

tenía obsesión por su peso. En cuanto Alicia cogía un gramo, le decía que no valía ni para cuidarse, que pronto dejaría de ser deseable y que para qué le iba a servir una mujer gorda y fofa. «Para él no debían existir los espejos», se decía Alicia, ya que había engordado mucho en los últimos años, dejando de ser el hombre atractivo del que se enamoró. ¿Para qué vigilar su peso si no necesitaba cuidarse, pues consideraba a su mujer como un objeto carente de valor? Ella no debía desearlo, sino servirlo como un criado a su amo. Así se había sentido Alicia durante años y ahora empezaba a liberarse. Sonrió cuando pensó en ello. Gloria la miró con cara de circunstancias.

«Mi amiga se figurará que estoy loca». En el fondo, lo estaba.



Noviembre de 2012

- Todavía recuerdo aquel rotulador indeleble.
- Tú me dibujaste en el pubis y no me quejé tanto cuando me lo quité.
- Perdona, cariño, pero tu dibujo tardó días en borrarse.
- Deberías sentirte orgulloso porque no quería que tu dibujo desapareciera de mi piel, ya que dibujas muy bien. Yo, sin embargo, debo ser una pésima caricaturista, dado que te lo quitaste esa misma tarde.

Diego sonrió. Me encantaba verlo contento. Tenía una sonrisa bonita. Últimamente había estado bastante estresado y no le veía sonreír a menudo. Las noches en vela y tener que darle vueltas a lo mismo una y otra vez le habían hecho perder el equilibrio emocional, que empezaba a recuperar tras tomar una decisión importante para su futuro. Había decidido dejar un empleo

estable y bien remunerado para abrir su propia consulta. En ocasiones nos vemos obligados a tomar caminos arriesgados y a Diego le llegó el momento de tomar un nuevo rumbo. Sin embargo, contaba con mi ayuda y mi experiencia y eso le sirvió de empujón para dar el paso. Acometer una nueva empresa intimida incluso a una persona tan equilibrada como mi marido.

—He preparado chocolate. ¿Te apetece una taza?

—Querrás decir que has echado leche hirviendo al chocolate a la taza instantáneo y te has limitado a removerlo. Menudo mérito. —Sonreí.

—Al menos he tenido el detalle de preparártelo, pues sé lo mucho que te gusta.

—Me gustan otras muchas cosas. Me tomaré ese chocolate y luego te voy a enseñar el divertimento que te tengo preparado.

Diego me miró y sonrió. Volvió de la cocina con las tazas y dejó la bandeja encima de la mesa.

—Está muy caliente. Mientras se enfría tal vez dé tiempo a que me expliques ese juego que me tienes reservado. ¿Son muy difíciles sus reglas?

—Soplemos y bebamos rápido. Será largo, pero es un divertimento tan original que te va a sorprender. Y, además, cuando acabemos tendremos un recuerdo imborrable de esta tarde.

—¿No me querrás hacer un tatuaje? Miedo me das. De ti me espero cada día cosas más raras.

—Este verano igual me hago uno, llevo tiempo pensándomelo.

—Desde el otoño pasado, en que te quité la idea de la cabeza. Un lobo estepario en el tobillo. Nada de un nenúfar, una sencilla rosa o una flor de lis. No, mi mujer quería tatuarse una cabeza de lobo aullando a la luna.

—Iba con mi temperamento. Y me hiciste cambiarlo por dos *piercings* en la oreja. Perdí en el trato. Diego, no tengas miedo al futuro, sabes manejar los conflictos con maestría porque eres un buen psicólogo y te irá bien siendo tu propio jefe.

—Tienes la facilidad de leer mi mente, Cristina. Confieso que sigo preocupado.

—Triunfarás, cariño. Anda, sopla, bébete eso y vamos a la cama.

Semanas antes había comprado un lienzo de grandes dimensiones que

guardé bajo la cama. Debía tener cuidado para que Diego no lo descubriera, porque quería que lo que iba a hacer con él fuera una sorpresa, así que lo escondía de prisa, en cuanto lo oía llegar a casa. Quedaba en su despacho una pared vacía desde que lo amueblamos y jamás encontramos ningún cuadro que nos gustase para adornarla. Me apasiona la pintura y por eso no adquiero cuadros para llenar espacios. Tienen que llamarme y pedirme que los lleve a casa. Hasta aquel momento, ninguno me había hablado para ocupar un lugar privilegiado en el despacho de Diego. Por eso decidí pintarlo yo y convertir ese proceso en uno de mis juegos.

Compré pinturas acrílicas de llamativos colores y varios recipientes lo suficientemente grandes para poder meter manos, pies y cualquier parte de nuestro cuerpo en ellos. Terminamos el chocolate y le pedí que me acompañase al dormitorio. Sonrió, con esa sonrisa pícaro y maliciosa que tanto me gustaba. Mi Diego.

—No es aquí donde jugaremos. Para hacerlo vamos a tener que desmontar medio salón. Anda, agáchate y ayúdame a sacar lo que tengo debajo de la cama —le pedí.

—Miedo me das, un juego en el que tengamos que mover los muebles...

—Cada día estoy más loca.

—Tus pacientes te están transmitiendo sus neuras. Deberías dejar sus expedientes en la consulta y no llevarte trabajo a casa.

Noté curiosidad en sus ojos. Conmigo siempre estaba descubriendo cosas y ese era el secreto de que la rutina no se hubiera instalado en nuestra vida.

—¿Acaso te he hecho caso alguna vez? —pregunté, mientras me agachaba y buscaba bajo la cama.

—Ninguna. Pero ¿qué es esto? ¿Vamos a pintar aquí el *Guernica*? —Rio al ver aquel lienzo gigantesco.

—Calla y ayúdame a sacarlo. Y deja ya de reírte.

Llevamos el lienzo al salón, apoyándolo en la pared. Corrimos algunos muebles y enrollamos la alfombra.

—Vete desnudando, que voy a por los utensilios de pintura y

empezamos a jugar —le ordené.

Me gustaba mandar. Hace tiempo, sin embargo, me gustaba obedecer. Aquellos años, los mejores de mi vida, habían quedado ya muy atrás.

—A sus órdenes, jefa.

Se cuadró, al puro estilo militar, y se quitó la ropa. Me desnudé también y antes de empezar lo besé. «Te quiero», me dijo con una amplia sonrisa en los labios, devolviéndome el beso. Lo invité a meter las manos en la pintura y comenzamos a dibujar sobre el lienzo.

—¿Cualquier parte del cuerpo? —preguntó mientras introducía una mano en una cubeta.

—Cualquiera que quepa en el recipiente.

—Lo que yo decía, estás loca de remate, pero me encanta. ¿Y dónde colgarás el *Lagos Nogales*?

—En esa pared tan inmaculadamente blanca que hay en tu despacho y que siempre comento que está tan sosa.

—¿En esa?

—¿No te agrada la idea?

—Creía que habías preparado un juego de los tuyos y resulta que estamos haciendo manualidades.

—Todavía no hemos acabado. Continúa pintando.

Nos pusimos de pintura hasta las cejas y disfrutamos, sobre todo yo. Olvidé mi trabajo, a Alicia, a Gloria y al resto de pacientes que me quitaban el sueño y me dediqué únicamente a divertirme, sintiendo la humedad de la pintura en mi cuerpo y notando cómo se secaba, mientras aquel lienzo blanco se iba transformando en una obra de arte envuelta en pasión y sensualidad.

Besé a Diego y lo miré. Tenía el cabello embadurnado de magenta y amarillo, la cara pintada de vivos colores como si fuera un indio apache en pie de guerra, el pelo mojado en rojos, azules, verdes y amarillos, algunas pinceladas de blanco, minúsculos trozos de piel sin pintar, el pecho untuoso, sensualmente tatuado y el resto del cuerpo invitando a ser acariciado hasta no dejar un milímetro sin ser cubierto de pintura.

Tocó mis pechos y la extendió en suaves movimientos circulares, y mis pezones se pusieron erectos con sus caricias. Nos revolcamos en el lienzo

con intención de terminar aquella obra y después de un rato dimos por concluido nuestro trabajo. Nos miramos, sonreímos y nos levantamos con cuidado para no resbalar. Contemplamos aquel lienzo que apenas media hora antes era algo muerto, inerte, vacío de contenido y lo que estábamos viendo en aquel momento era VIDA, con letras mayúsculas.

Dejamos una marca de huellas de colores en el piso, nos metimos en la ducha y, después de lavarnos hasta no dejar un solo resto de pintura en nuestros cuerpos, nos fuimos a la cama para continuar dibujando en el lienzo imaginario de nuestras pieles.

No aceptó su invitación a comer. No quería que aquello le llevase demasiado tiempo. Había decidido que no merecía hacerle la espera más larga y que tampoco era necesario tardar más de lo imprescindible. Al fin y al cabo, su respuesta era no.

Gloria ya había decidido, aunque le costó. No habría segunda oportunidad para Nacho. Su puerta, abierta durante meses a la espera de su regreso, se había cerrado definitivamente. Un breve desayuno en la que fue su cafetería habitual era más que suficiente para despedirse de él.

Durante el tiempo que duró aquella aventura, habían tenido sexo del mejor. Nacho la había llevado al éxtasis con suma facilidad, porque la pasión siempre desemboca en el placer y ella era una mujer apasionada y deseosa de recordar qué era poseer a un hombre. En cuanto a su matrimonio, decidió esperar un poco más, siguiendo el consejo de Alicia. Si hubiese escuchado su voz interior y a su psicóloga, habría zanjado aquel asunto ese mismo día, pero prefirió hacer caso a su amiga y no precipitarse. Tantos años de matrimonio y sus tres hijos fueron argumento de peso para dejarse convencer. Todavía estaba confusa y, tal vez, pensó, merecía la pena intentarlo de nuevo. Quizás, si le pusiera empeño, descubriría que aún quedaba fuego en su interior. Nacho la miró mientras Gloria sacaba el monedero del bolso.

—Te dije que te invitaba. Acabamos de pedir los cafés y parece que estés impaciente por marcharte, aunque no hemos hecho más que sentarnos.

—Lo que tengo que decirte no me llevará mucho tiempo.

—Lo que se tarde en tomar un café, espero que al menos me dediques

eso. Estás preciosa.

—Gracias, pero ahórrate los cumplidos.

—No es un cumplido.

—¿Vas a dejar a tu mujer?

—Sí, voy a hacerlo. ¿Te ayudará esto a tomar una decisión?

—¿Has tomado la tuya pensando que íbamos a volver?

—No. —Nacho se pasó la mano por la nariz. Gloria sonrió.

—Te lo pregunto porque no hay nada que reanudar. Mi puerta se cerró con llave.

—Eres muy gráfica.

—Fue solo sexo, al fin lo tengo claro. Hasta hace poco creía que fue amor, pero solo fue pasión. Necesitaba volver a sentirla y con tu rechazo enloquecí. Desear y no tener puede llevarnos a la locura. Ahora sé que no es eso lo único que busco y que tú no me darías lo que quiero.

—Supongo que hacerme daño es tu manera de vengarte por no escogerte a ti cuando tuve que hacerlo.

—En esta semana ya me han llamado vengativa dos veces. Tendré que plantearme si lo soy, aunque creo que no, que solo actúo siendo consecuente con lo que necesito y no es a un hombre como tú. Además, en cualquier momento podrías cambiar de idea y joderme la vida otra vez.

—Gracias por tu franqueza, pero tengo que decirte algo antes de despedirnos.

—¿Qué?

—Que para mí no fue solo sexo.

Javier la esperaba impaciente, sentado frente al televisor y haciendo *zapping*. Tenía una sorpresa para Gloria. Había llevado a los niños a casa de sus padres y hecho una reserva para el fin de semana en un hotel de un pueblo de las afueras de Madrid. Había sacado la Samsonite del maletero y metido toda su ropa, incluyendo chándal, zapatillas de deporte y un forro polar. El pronóstico meteorológico era de buen tiempo, a pesar de estar en noviembre, por lo que podrían pasear por los alrededores y disfrutar de una mañana agradable en plena naturaleza, aunque su idea era la de aprovechar también la

cama *king-size* de la habitación. No se atrevió a darle la sorpresa completa, metiendo en la maleta la ropa de su mujer, pues Gloria era muy especial a la hora de elegir lo que se llevaba para viajar.

Gloria llegó a casa, entró en la cocina y se preparó un café. Ni siquiera fue a las habitaciones de sus hijos para anunciar que había llegado a casa. Se sorprendió al ver a Javier, le sonrió y le dio un beso.

—He mandado a los niños a casa de mis padres. He sacado la maleta y ya he metido mis cosas. Nos vamos de fin de semana, tú y yo solos, para desconectar.

—¿Y cómo se te ha ocurrido esto? ¿Seguro que es para desconectar o es que tienes remordimientos por algo? Eso de los regalitos y los viajes sorpresa sin motivo alguno me suena a infidelidad. Mi jefa mantuvo un romance con un empleado y le regaló a su marido un Rolex sin venir a cuento. Remordimientos, supongo.

—¡Un Rolex! Debió sentirse muy culpable.

—Qué tonto eres. Tú debes sentirte fatal, sea lo que sea que hayas hecho, ya que un fin de semana para dos no es barato.

—Dependiendo de a dónde se vaya. Lo importante es la compañía. No es un hotel de cinco estrellas, sino un lugar con encanto de esos que están tan de moda. Me lo recomendó un compañero de trabajo que suele ir con su mujer cuando necesitan desintoxicarse de los niños.

—Entonces será un sitio especial si consigue que unos padres se relajen en un solo fin de semana.

—Lo pasaremos bien porque pondré todo mi empeño para que así sea.

—¿Me quieres, Javier?

—¿A qué viene esto ahora, cariño? ¿Acaso lo pones en duda? Te quiero como el primer día. Rectifico, mucho más que el primer día, aunque suene a tópico. Pero es así. ¿Me sigues queriendo tú? Yo sí que tengo dudas, sobre todo de una temporada a esta parte. Ya no eres la misma. ¿Hay alguien, Gloria, y por ese motivo estás tomando antidepresivos?

A Gloria le sorprendió la pregunta de su marido, no se la esperaba, ni tampoco que fuese tan directo. Ella había cambiado y, sin embargo, dudaba de que Javier creyera que aquel cambio fuese debido a una aventura. Si tuviese

alguna sospecha, habría hurgado en su bolso, en sus cajones o intentado averiguar la contraseña de su móvil y la de su correo electrónico. No había hecho nada de eso, no tenía la menor duda. Ya había acabado todo, no tenía nada que confesar y era innecesario causar dolor de manera gratuita. En aquel caso, mentir era perfectamente justificable. «La ignorancia es la esencia de la felicidad» recordó que alguien le había dicho.

—¿Es una pregunta trampa? ¿Hay una cámara oculta y quieres gastarme una broma? ¿A qué viene esto? No hay nadie más, Javier. Me estaba gustando la sorpresa, por favor, no lo estropees.

—¿Por qué estás así? Te encontrabas mejor y desde hace un par de semanas has vuelto a dar pasos hacia atrás.

—El estrés, ya te lo dije hace unos días cuando me comentaste que me notabas rara.

—¿Seguro que es solo eso?

—Solo eso. Si te veo tranquilo, yo me tranquilizaré también y pronto la medicación pasará a la historia.

—No has contestado a mi pregunta.

—Ya sabes la respuesta. ¿Deseas oírla de mi boca? Son muchos años de matrimonio, me resulta raro oírte decir que me quieres más que al principio.

—Hablamos de amor, no de deseo. Si las personas necesitásemos de la pasión para mantener vivos nuestros matrimonios, me temo que la mayoría de estos quedarían condenados a pasar por los tribunales.

—No siento esa pasión del principio, pero aún te quiero, si esa respuesta te vale.

—En principio, me es suficiente para seguir adelante, aunque este carro ya pese.

—Repítemelo, por favor.

—¿Que te repita qué?

—Que me amas.

—¿Y me servirá de algo? ¿Me servirá para recuperarte?

—Tal vez necesite oírtelo decir muchas veces. Quizás no haber escuchado estas palabras en bastante tiempo me llevara a tomar

antidepressivos.

—Te amo.



Principios de diciembre de 2012

Raúl eligió un restaurante en el mismo barrio donde vivía Alicia, como le pidió su exmujer. No quería coger un taxi para regresar a casa y prefería hacerlo a pie. Reservó para las nueve, aunque ella hubiera preferido cenar más temprano, ya que no quería que se le hiciese tarde.

Retiró la silla y la ayudó a sentarse. Le sorprendió aquel detalle y le agradó. Se encontraba más relajada de lo que suponía que iba a estar. El camarero les trajo la carta y Raúl aceptó su sugerencia a la hora de elegir el vino. Cuando regresó con la botella y les sirvió una copa, Raúl rozó la mano de Alicia. El camarero observó la escena y sonrió. «Una pareja de enamorados», pensó. Ella lo vio alejarse y en ese momento se apercibió de su contacto y, nerviosa, la puso en el regazo.

—Hace tiempo que quería comer en este restaurante, pero no había tenido ocasión de hacerlo. No sé cómo empezar esta conversación, estoy tenso, Alicia. Tú, en cambio, parece tranquila.

—¿Estás yendo a tratamiento? —preguntó, mientras observaba el local.

—Desde hace meses. Si no lo estuviera haciendo, no habría superado esto.

—Tienes buen aspecto, parece que la vida te sonrío.

—Tú tampoco estás mal.

—¿Y notas mejoría? ¿Te encuentras bien? Mi psicóloga opina que no se puede cambiar en tan poco tiempo.

—Pues el mío dice que estoy mejorando y yo también lo pienso. Ya duermo de un tirón.

—No recuerdo que padecieses de insomnio cuando vivíamos juntos.

—No dormía bien, Alicia. Nuestros psicólogos debieron ir a universidades distintas y yo debo ser un alumno aplicado. Él sí cree que se puede cambiar en poco tiempo, ya que la cuestión está en que se quiera hacerlo y no en cuánto se emplee para que se produzca el cambio. Solo espero que tú también lo creas. No es fácil pedir perdón y menos para mí, ya que sabes cómo he sido. Llevo semanas acudiendo a tu trabajo y jugándome una denuncia porque quiero demostrarte que he cambiado, que ya estoy curado. Tú estás pasando página, pero yo no puedo empezar un libro en blanco si no me perdonas.

—Si he aceptado tu invitación no es por ti, sino por mí. Necesito perdonarte, Raúl, pero me arruinaste la vida y, aunque sé que debo hacerlo para sentirme bien conmigo misma, me cuesta.

—No te pido que olvides, sino que me perdones. Olvidar es imposible, no se puede borrar el pasado.

Mientras conversaban, Alicia lo observó con detenimiento. Seguía sin cuidarse, como cuando estaban casados. Había cogido más kilos y estaba desmejorado. Le pareció que tenía alguna cana más por las sienes.

—Siento el daño que te hice. Fui un auténtico hijo de puta, un cabrón. Estoy avergonzado. No te imaginas las veces que he llorado tras la terapia

como un chiquillo asustado. Todavía no entiendo cómo puedes estar ahí sentada, sin que te entren ganas de abofetearme. Tantas veces como lo hice yo, te he llamado puta y te he obligado a hacer cosas horribles. ¿Cómo aguantaste tanto?

—Por miedo. Te tenía pánico. También estaba avergonzada y creía que me merecía que me trataras así. Me hiciste sentir una mierda, un objeto sin valor, la nada... En los casos de maltrato hay dos víctimas, porque el maltratador también es un enfermo, tú eras víctima de tu propio mal.

—¿Son palabras de tu psicóloga?

—No, son mías. Lo creo así, te miro, me cuentas cómo te sientes y confirmas mi teoría. Yo estaba loca por aguantar lo que aguantaba y tú lo estabas por ser lo que eras.

—¿Loco?

A Raúl lo incomodó aquella expresión y no pudo evitar hacer una mueca. Se movió nervioso en la silla, soltó el tenedor y la miró fijamente. Alicia rectificó, apartando la vista, cogió la servilleta y se la puso en las rodillas. Volvió a mirarlo y reanudó la conversación, procurando medir más sus palabras.

—Locos no es el término adecuado, tienes razón. Yo no me considero así, tan solo soy una persona emocionalmente enferma, aunque espero curarme. Este pescado está delicioso.

—Mi amigo me aconsejó bien.

—Y el servicio es impecable. —Sonrió por compromiso. Raúl tenía los ojos vidriosos, tal vez por el efecto del alcohol.

—Pero no has probado el vino.

—No bebo. Prefiero tomar agua.

—Una mujer de sanas costumbres.

—Esta quiero que sea una cena con la cabeza fría, sin nada que la enturbie. El vino podría hacerlo.

—Una copa no hace daño a nadie y la comida se disfruta más si se acompaña de un buen caldo.

—No insistas.

—Tú mandas. ¿Me perdonas entonces? Necesito oírlo.

—Te perdono, Raúl. Solo quiero empezar de nuevo.

—Pero no hay segundas oportunidades.

—No las hay, ya te lo dije. Perdono todo el daño que me hiciste, pero olvidarlo es imposible. Nos separa un abismo, el del recuerdo.

Raúl pareció resignarse, apuró su copa y sacó el tema del trabajo. Comentó que continuaba en la empresa, aunque corrían tiempos difíciles. Habían despedido a la mitad de la plantilla y se rumoreaba que aquello no había hecho más que empezar. También dijo que vivía en San Blas, en la otra punta de la ciudad, por lo que Alicia descubrió, para su tranquilidad, que se había tomado al pie de la letra la orden de alejamiento. La había respetado hasta que decidió que merecía la pena arriesgarse y pedir perdón en persona y no por carta, como le sugirió su psiquiatra, comentó a Alicia.

—Desoír a tu médico no es buena idea.

—Necesitaba mirarte a los ojos y pedírtelo. Una carta era algo frío y no me habrías visto. Hubiesen sido solo palabras en una hoja de papel que podrían parecer una sarta de mentiras. Si te lo pedía frente a frente, mirándote a la cara, sabrías que no te engañaba.

—Creo que ahora eres sincero, pero también lo creí al principio, cuando me pediste que me fuera a vivir contigo, que me amabas y que no concebías tu vida sin mí. Y mira a lo que llegamos.

—Ahora me están ayudando y he reconocido mis errores, lo cabrón que fui y que siempre seré un exmaltratador, como los alcohólicos son exalcohólicos toda su vida tras la rehabilitación.

—Espero que las víctimas no seamos exvíctimas toda la nuestra, por mi propio bien. —Desvió su mirada hacia la mesa de al lado. Una pareja conversaba y sonreía. Sintió una sana envidia. Ella llevaba mucho tiempo fingiendo sus sonrisas.

—En el fondo eres una mujer fuerte, diste el paso y no todas lo hacen.

—No, algunas acaban muertas. —Miró a Raúl esperando una mínima reacción ante sus palabras, pero no la hubo.

—Voy a pagar y te acompaño a casa.

—No hace falta, me gusta caminar. Agradezco que hayas elegido un restaurante cercano a mi piso.

—Este no es un barrio seguro por las noches. Me quedaré más tranquilo si lo hago.

A pesar de las fechas, no hacía frío, aunque a ella le empezaron a castañetear los dientes. Sintió cierta opresión en el pecho, algo que no le había sucedido mientras cenaban. La incomodó estar así y temió desmoronarse. Su objetivo era perdonar y perdonarse. Lo primero lo había hecho, la segunda parte le llevaría más tiempo. «Debería estar bien», pensó, y no como se encontraba. Caminaba al lado de su exmarido, mirándolo de reojo, observándolo con disimulo. «Si estuviera allí Gloria», se dijo, «la habría cogido de la mano y hubieran echado a correr, dejándolo atrás, lejos de su alcance. Y ya en casa, a salvo y segura, la hubiera zarandeado para que reaccionase». Pero de qué modo tan estúpido estaba comportándose. Regresaba a casa al lado del hombre que le había hecho vivir una brutal pesadilla y empezaba a sentirse incómoda. En aquel momento, Raúl le preguntó si iba a pasar las fiestas con su familia y salió de su nube.

A pesar de que estaba intentando rehacer su vida, no mantenía contacto con sus padres, aunque sí lo hacía con su hermana a través del correo electrónico. Quizás pronto llegaría el día en que retomaría el trato con ellos. Por el momento, pensaba Alicia, debía centrarse en su recuperación, empezar a caminar sola, comenzar a sentirse libre y después vendría todo lo demás. Darle tantas explicaciones del porqué no iba a celebrar aquellas fiestas en familia carecía de sentido, por lo que contestó con un «prefiero cenar sola».

Llegaron al portal y cuando Raúl se acercó con intención de darle un beso en la mejilla, Alicia se apartó recelosa.

—Perdona. No quise incomodarte.

—No me lo esperaba y prefiero un apretón de manos como despedida.

—He sido muy torpe, discúlpame. Me alegro que todo esté zanjado entre nosotros, Alicia. No puedes imaginarte qué peso me quito de encima. Pensar en el pasado me producía tal opresión en el pecho que apenas me dejaba respirar. El médico dice que es ansiedad, pero ni las pastillas conseguían aliviarla. Y hoy, durante la cena, no he sentido esa angustia. Ha sido como volver a nacer. Me has liberado y por ello te doy las gracias. Ahora voy a pedirte un último favor y entenderé tu negativa.

—Dime. —Alicia abrió el portal y dejó la puerta entreabierta. Raúl subió un peldaño y se quedó fuera.

—Tomemos una copa. Si me abrieras la puerta de tu casa para acabar la velada, sentiría que me has perdonado y me liberaría por completo. Sé que parece una estupidez, pero despedirnos así, en el portal, es tan frío... Me da la sensación de que me perdonas por miedo. Si tomamos esa copa, sabré que no me temes y que tú también estás liberándote del infierno en el que te hice vivir durante tantos años.

—No sé, Raúl, no creo que sea buena idea.

—Lo entiendo.

—No te lo tomes a mal. Es tarde y estoy cansada.

—Serían solo diez minutos. Solo una copa.

—Una sola. Y adiós para siempre.

—Para siempre.

Nacho se había ido antes. Se despidió con su acostumbrada media sonrisa y Gloria lo miró. Desde que habían hablado la última vez, apenas se dirigían la palabra. No sabía nada de cómo le iba su vida privada y tenía curiosidad sobre si había dejado o no a su mujer. A pesar de ello, se había resistido a preguntárselo. No quería que él pensara que estaba interesada y que pudiera confundirse. Las cosas entre ellos habían quedado claras.

Recogió sus cosas y buscó su tarjeta en el bolso. Todas las tardes la misma historia, nunca la encontraba. Siempre se decía que tenía que comprar una cadena con funda para la dichosa tarjeta y se la colgaría del cuello para no perderla, pero siempre se le olvidaba hacerlo.

Ese fin de semana volvería a repetir una escapada con su marido. Sin niños, olvidándose de las preocupaciones, con el cien por cien del tiempo para los dos. Ya no tenía tan claro que su matrimonio estuviese muerto. El hecho de que engañar a su marido hubiese traído como consecuencia aquel descubrimiento le resultaba, cuanto menos, curioso, y valorar al hombre con el que estaba casada al haberlo comparado con otro, le era más extraño todavía.

Cuando salió de la oficina, Nacho estaba esperándola. Gloria se sorprendió y aun así, volvió a sonreírle.

—Necesito hablar contigo.

—Hace mucho que no lo hacemos. ¿Lo echabas de menos? —Lo miró con cierto desdén. Era casi invisible.

—No estoy para bromas, necesito que hablemos.

—No tengo tiempo, Nacho. Me voy de fin de semana y todavía no he hecho la maleta.

—No te entretendré más de media hora, lo que tardemos en tomar un café.

Fueron a la cafetería de siempre. Nacho parecía inquieto, pues se tocaba la nariz y vacilaba. La miró a los ojos y carraspeó varias veces antes de hablar.

—Hace unos días tuve una conversación con Natalia. Se acabó. Quería que lo supieras. No me has preguntado cómo lo llevaba desde que conversamos la última vez y necesitaba contártelo.

—Te dolió que te llamase cobarde cuando rompiste lo nuestro y por eso querías contármelo todo, para que te dijera que me equivoqué. Mira, Nacho, de esto ya hemos hablado y no quiero empezar de nuevo.

—Sé que está todo claro entre nosotros, pero me dolieron aquellas palabras. No me considero un cobarde y no lo fui entonces. Te di mis razones y, a pesar de ello, insististe.

—Nunca fue mi intención ofenderte, tenemos distinto modo de ver las cosas. Una persona que ama, lucha. Yo creo en esa lucha porque todavía creo en el amor. No cambiaré de opinión para que te sientas mejor. Llamar cobarde a un hombre es atacar su hombría y eso os afecta. Lamento decirte que sigo pensando igual que aquel día y nada me hará cambiar de opinión. Si por fin te has decidido a romper con todo, me parece estupendo, pero me importa un bledo. Tomaste tarde tu decisión y mira ahora, dejas a tu mujer y no te va a servir para recuperar a tu amante.

—Eres muy dura.

—No, soy realista. He llegado a la conclusión de que lo que tuvimos no mereció la pena. Pude perder mucho por algo que solo fue sexo. Si no hay ganas de luchar, todo queda reducido a un buen polvo, nada más. Con amor y valentía, lo nuestro habría cambiado. Lamento que estés así y te recomiendo

que acudas a un psicólogo. Yo necesité su ayuda cuando me dejaste. Le pediré a la mía una tarjeta. Es una buena profesional. Si te decides a pedir cita, te ruego que no sea un viernes, son los días en los que voy yo.

—Dura y cruel.

—No, Nacho, en este momento estoy siendo una buena amiga. Necesitarás ayuda. ¿Has pagado los cafés?

—En cuanto nos los sirvieron.

—Debo irme. Mi marido me espera.

—Ya, os vais de fin de semana.

—Sin niños, como si fuésemos novios. Para recuperar muchas cosas que teníamos olvidadas.

—¿Y lo estáis consiguiendo? ¿Recuperar vuestro matrimonio?

—Sí, lo estamos haciendo.

—Me alegro por ti.

—Lo sé, Nacho, lo sé.

Javier ya había metido sus cosas en la maleta. Gloria se duchó, se puso un chándal para el viaje y comenzó a guardar en la suya algo de ropa cómoda. Le había cogido el gusto a aquellas escapadas románticas, paseando con su marido por la mañana, disfrutando de la naturaleza y haciendo el amor por la tarde, con sensual luz de velas en una habitación extraña.

Gloria había dejado el móvil en la mesa de la cocina. Javier lo cogió y se quedó mirándolo. Lo encendió y desbloqueó la tarjeta SIM. Jamás había hecho una cosa así antes, ni cuando más dudas tuvo, y no sabía por qué lo estaba haciendo en ese preciso momento, cuando las cosas iban mucho mejor. Buscar entre sus mensajes. Había bastantes entre un tal Nacho y ella. Todo estaba ahí, en ese pequeño aparato de menos de doscientos gramos, su traición concentrada en un teléfono móvil. No solo eran desayunos y comidas lo que había compartido con aquel hombre. El último de aquellos mensajes era el adiós. Comenzó a invadirle un sentimiento extraño. Había descubierto el motivo por el que Gloria se había alejado tanto esos meses atrás. Ahora ella volvía a ser la mujer que tanto añoraba. La amaba, mucho más que ella a él, pero en aquel momento también la odió.

Deseaba aquel cuerpo, aquellos pechos hechos para ser acariciados, aquellas piernas todavía firmes, aquel sexo en el que le gustaba perderse, ansiaba todo aquello igual que el primer día en que la conoció. Sin embargo, ahora sabía la verdad. Su mujer le había sido infiel.

Si hubiera tenido enfrente al hombre que la había poseído, que había hecho que ella se alejase tanto de él, lo habría matado. Dejó el móvil en la mesa y se preparó una infusión. Le sudaban las manos. Gloria entró en la cocina y anunció que ya estaba lista. Le dio un beso en la cara y lo abrazó. Javier la miró y sonrió, disimulando la tensión que le invadía.

—¿Ya estás preparada?

—Te lo acabo de decir.

—Me refiero a lista para dejar tus sesiones con la psicóloga.

—¿Tú crees que lo estoy?

—Yo pregunté primero.

—No creo que necesite más de una o dos sesiones, a modo de despedida. Considero a Cristina más una amiga que mi terapeuta.

—Te quiero. ¿Alguna vez podré oír yo lo mismo de tus labios? Hace años me lo decías a menudo. Añoro esos tiempos.

—No hace mucho creía que no es posible volver a enamorarse de alguien a quien ha dejado de amarse. Tal vez jamás dejé de quererte. Mereces la pena, Javier, pero no sé si yo la merezco también. ¿Qué opinas?

—Mereces la pena, mi amor, siempre la has merecido.

Javier la abrazó y, en ese momento, ambos comenzaron a olvidar aquellos mensajes. El fin de semana sin niños haría el resto.



Tras la cena...

Alicia abrió la puerta y permaneció sin entrar unos segundos, con la duda de si estaba haciendo bien en acceder a la petición de Raúl. Una copa nada más y todo aquello quedaría zanjado para siempre. El precio era pequeño comparado con todo lo que ganaría a cambio de un *whisky*.

—Parece que te cuesta todavía. Si te incomoda, será mejor que lo dejemos.

—No, pasa, por favor. Pero solo una copa.

—Nos despediremos para siempre en lo que se tarda en tomar la última. —Sonrió Raúl enseñando sus dientes. Por un segundo, a Alicia le parecieron los de un depredador.

Se quitaron los abrigos y fue a la cocina a por hielo. Luego cogió el *whisky*, ya que era lo único que bebía su exmarido y no creyó necesario preguntar si tenía nuevos hábitos en cuanto a sus gustos respecto al alcohol. Descubrió que Raúl había cogido la botella del mueble bar y no dijo nada. No se equivocaba.

—Supongo que no me acompañarás, como no lo has hecho en la cena.

—Tomo cerveza de vez en cuando, nada más. Prefiero beber un refresco.

—Aunque no me considero alcohólico, debo confesar que alguna vez se me ha ido la mano. Querer olvidar todo lo ocurrido fue el motivo por el que comencé a beber. Una orden de alejamiento y un divorcio al mismo tiempo es algo difícil de digerir.

—No me quedó más remedio, Raúl.

—No te lo estoy recriminando. Solo era un comentario. Has pintado el salón. Me gusta el color. —Apoyó los pies en la mesita y miró a Alicia.

—Necesitaba una mano de pintura. Lo pinté yo misma.

—Y el dormitorio, ¿lo has pintado también?

—De azul. He renovado toda la casa. —A Alicia no le gustó aquella sonrisa, le pareció cínica y la intranquilizó.

—Vida nueva, casa nueva.

—Disculpa, voy a por más hielo, mi Coca-Cola no está muy fría.

Raúl se acomodó en el sofá como si estuviera en su casa. «Definitivamente», pensó Alicia, «no había sido buena idea dejarle entrar, pero ya estaba hecho».

Solo deseaba que terminara su copa y desapareciese de su vida para siempre. Regresó de la cocina con la cubitera y se sirvió un par de hielos. La copa de Raúl volvía a estar llena y no parecía tener intención de marcharse pronto.

Alicia se sentó en el sillón y cruzó las piernas, nerviosa, con el vaso en la mano. Su exmarido la miró y sonrió abiertamente.

—Tengo en la cartera una foto de hace muchos años. ¿Quieres verla? Estamos en la playa. Parecíamos felices. —Se levantó y se acercó a ella. En la fotografía, Raúl le echaba el brazo al hombro y Alicia sonreía. Detrás de

ellos, la escultura de un Cristo crucificado.

—No recuerdo ese viaje. Debe haber pasado tiempo, porque hemos cambiado bastante.

—Estamos en Benidorm. Fuimos en Semana Santa. —Raúl se situó de pie a su lado, mirando la fotografía.

—Sí, ahora recuerdo aquel viaje —contestó nerviosa.

Alicia se sintió incómoda al tenerlo tan cerca, en aquella posición de superioridad que tanto le recordaba a tiempos pasados. De repente, notó algo punzante en su cuello y se quedó paralizada.

—Éramos felices. Después tú lo estropeaste todo.

—Raúl, por favor —balbuceó.

—Lo estropeaste, Alicia. Te empeñaste en complicarme la vida. Nunca apreciaste cuánto te quería, no le diste valor alguno a lo que teníamos y a lo mucho que te necesitaba. Deseaba que tú también me quisieras, que valorases mi amor por ti.

—Te quise mucho. Por favor, suelta eso, Raúl, me haces daño. — Alicia comenzó a llorar.

—Te aseguré que te tendría toda una noche para mí. Solos tú y yo, una noche larga, muy larga. Perdí mi trabajo. Estas cosas se saben enseguida. Un maltratador en la empresa. No hay presunción de inocencia en estos casos. A la puta calle. Así, ¡zas!, sin dejar que me defendiese. Creyeron a la zorra de mi exmujer y a la puta orden de alejamiento. —Apretó el cuchillo contra su garganta. Un pequeño hilo de sangre se deslizó lentamente por ella. Alicia se revolvió en el sillón.

—Eras tú el de las llamadas... Pero el psicólogo, tu tratamiento...

—Ni tratamiento ni la madre que parió a todos los loqueros chupapollas. No necesito un psiquiatra ni nadie que me psicoanalice, a ver si te enteras de una vez, zorra de mierda. Voy a hacer que entiendas que no fue una buena idea denunciarme, que eres y serás una puta toda tu vida y que mereces lo que te va a pasar. Te lo dije muchas veces y se te olvidó. No eres nada, vales menos que la mierda. Hoy te arrepentirás de todo lo que me hiciste y no vas a olvidar esta noche en tu vida. Pagarás por lo que me has hecho, te vas a acordar del día en que me denunciaste y del que pediste el divorcio. No

volverás a jugar conmigo. Eres mi puta, Alicia, y voy a ponerte en tu sitio, para que no olvides nunca cuál es. —Apretó más el cuchillo contra su garganta. La cogió del pelo y la arrastró al dormitorio.

Una noche eterna.

Amaneció y Alicia apenas podía moverse. Las sábanas estaban manchadas de sangre. El corte del cuello había sido poco profundo, pero tardó en dejar de sangrar. No la golpeó, de aquella noche solo quedaron visibles las marcas de ligaduras en sus muñecas y tobillos.

—Esto ha sido mejor que tomar una sola copa, reconócelo. Sigues siendo una mujer muy atractiva, follarte así, como en los viejos tiempos. Y tú me querías despachar con un *whisky*. —Raúl cogió su cara y miró sus ojos ausentes. Su aliento fétido la hizo abandonar por un segundo aquel lugar lejano en el que se había refugiado mientras la violaba—. Denúnciame, haz lo que quieras, me importa una mierda. No tengo nada que perder y cuando salga de la cárcel vendré a por ti y no seré tan bueno como hoy, cariño.

Antes de marcharse la desató y se orinó encima de ella. Después la besó con rabia y le mordió el labio hasta hacerle sangre, pero Alicia ni pestañeó. Llevaba tiempo muerta. Su cuerpo continuaba con vida, pero su alma la había abandonado horas atrás.

Alicia permaneció en la cama durante todo el día, intentando despertar de aquella pesadilla. Sin embargo, no había sido un sueño: la sangre de las sábanas era real, el semen seco en su piel era real, al igual que el olor a orina que impregnaba la habitación, el escozor de manos y muñecas a consecuencia del roce de las cuerdas con las que había sido atada era real.

Pero la ira y la rabia que crecían en su interior eran, sin duda, lo más real de todo.

Al anoecer se levantó y se metió en la ducha, frotándose la piel con un guante de crin hasta ponérsela roja, casi amoratada, intentando dejársela en carne viva para poder eliminar el olor a podredumbre, ese que había impregnado la habitación mientras estuvo jugando con ella como si de una muñeca de trapo se tratara, mientras le hacía tragar su semen, mientras la follaba y la llamaba puta, mientras le recordaba que ella no era nada, que no le

importaba a nadie, que era invisible.

El lunes llamó a la oficina diciendo que estaba enferma. A eso de las doce sonó un wasap. Alicia estaba sentada en el sofá, con una taza de tila entre las manos. No tenía conciencia de cuándo se la había preparado. Estaba frente al televisor, ausente, y miraba la pantalla. Ni siquiera estaba encendido, solo contemplaba aquella pantalla negra con la mirada perdida.

Aún no había quitado las sábanas de la cama. Las manchas de sangre ya estaban secas y en su cuello había cicatrizado la herida infligida por el cuchillo. Acababa de salir del baño. Era la enésima vez que se duchaba desde que Raúl se marchó.

Cogió el móvil y leyó el mensaje. Era Manoli, que preguntaba cómo se encontraba y le pedía que se pusiera en contacto con ella. Se fue al dormitorio, quitó por fin las sábanas y las tiró al cubo de la basura. Hizo la cama y se vistió. Envío un wasap diciéndole que tenía fiebre y que quizás se trataba de algún virus. Se había encontrado indispuesta todo el fin de semana y aún no se encontraba bien, pero intentaría ir el martes a trabajar. Después envió otro a Gloria. Había cenado el fin de semana con su exmarido, como le comentó, y luego se despidieron. Su amiga se alegró de que las cosas hubiesen ido bien y le preguntó si la vería en la consulta de Cristina. Tenían cita el mismo día y habían quedado en tomar un café para charlar. Alicia le contestó que, si no surgía nada, los planes se mantenían.

Se asomó a la terraza y comprobó que el plástico que tapaba las jardineras seguía en su sitio. Lo había cogido con pinzas para la ropa, cubriendo sus geranios para protegerlos de las heladas. Todas las vecinas envidiaban la frondosidad de aquellas plantas. En primavera lucían hermosas, con flores de todos los colores. Era lo único en aquella casa que permanecía con vida.

—Ese virus se ha cebado contigo. Tienes un aspecto horrible, deberías haberte quedado en la cama. —Manoli puso un gesto de desaprobación.

—Lo peor ha pasado, ya no tengo fiebre.

—Pero nos contagiarás a todos.

—Pues no os acerquéis a mí.

—Cambiando de tema, ¿has vuelto a tener noticias de tu exmarido?

—Cenamos juntos el otro día.

—¿Pero tú no habías pedido una orden de alejamiento? ¿Estás loca o qué narices te pasa? ¿Acaso quieres pasarte toda la vida abonada a la consulta de Cristina?

—Necesitaba perdonar. Se lo conté a ella y no me llamó loca.

—¿Insensata, tal vez?

—Tampoco.

—Entonces, ¿le pareció normal? No puedo creerlo.

—Le conté mis motivos y los aceptó. No acudí a ella para que me juzgase, sino para me ayudara.

—Y tus motivos para necesitar perdonarlo son...

—Tengo que pasar página y no puedo hacerlo sin perdonar.

—¿Y tras la cena lograste hacerlo?

—Tras la cena, comprobé que no ha cambiado.

—Al menos, pagaría él. —Manoli intentó bromear, pero Alicia estaba apagada y ausente. Su amiga parecía agotada.

—Pagó la cena, por supuesto. Y pagará todo lo demás, ya lo creo que pagará.

Manoli la miró extrañada y no se atrevió a preguntar qué había querido decir con aquello. Su amiga dio por zanjada la conversación con una mueca, sacó el monedero y pagó el desayuno. Aquella fue la última vez que hablaron de Raúl.

Acabábamos de salir de la ducha después de hacer el amor. Diego me secó despacio, contemplando mi cuerpo y recreándose en la redondez de mi incipiente vientre. Mi estado comenzaba a hacerse evidente. Me echó crema corporal y la extendió con delicadeza. Yo no había estado especialmente lasciva y sensual aquella noche, tan solo le había amado.

La pasión había envuelto aquella cama sin necesidad de pintar nuestros cuerpos, de atarnos con cintas de seda ni de grabar el encuentro para volver a visionarlo como si de una película X se tratase. Después de tanto

tiempo, todavía nos deseábamos sin necesidad de recurrir a juegos eróticos para salvar la monotonía, pues esta no había entrado aún en nuestras vidas.

Me metí en la cama y empecé a dar vueltas. Miré el reloj y era casi la una, últimamente el sexo no me relajaba. Tenía muchas preocupaciones que me impedían conciliar el sueño. Además del miedo a un nuevo aborto, continuaban afectándome los problemas de algunos de mis pacientes. Alicia había llamado aquella semana para anular su próxima cita. Cuando le pregunté el motivo, se justificó diciendo que le venía mal acudir ese día a la consulta. Apenas hablamos un par de minutos, le di una nueva fecha y me colgó sin despedirse.

El miércoles tuve sesión con Gloria. Al finalizar, me comentó que estaba preocupada por Alicia. Habían quedado para tomar un café después de la cita y ni siquiera la llamó para disculparse por no acudir. La noté inquieta, tanto como lo estaba yo. A las dos nos importaba aquella mujer, que parecía haber recobrado las riendas de su vida, aunque solo fuese a medias.

Gloria ya no necesitaba mi ayuda ni tampoco fármacos, por lo que podíamos ser amigas, aun cuando nuestra relación profesional hubiese concluido. Me alegró comunicarle el alta al acabar la consulta y di mi trabajo por finalizado.

Me cayó bien desde el primer día. Era segura y decidida. Normalmente no vienen a mi despacho personas como Gloria. Siempre he admirado a la gente que sabe lo que quiere. Me recordaba a mí misma, pues teníamos caracteres parecidos. Había zanjado el tema de Nacho en muy poco tiempo. Estoy acostumbrada a que vengan pacientes a mi consulta con problemas sentimentales, pero tardan más en recobrar su equilibrio. Suelen ser las mujeres las que con más asiduidad se sumergen, en algún momento, en una relación tóxica.

Nosotras, por regla general, somos más arriesgadas que los hombres en cuestiones sentimentales y por eso el desengaño nos afecta sobremanera, sobre todo cuando llega sin avisar, como le pasó a Gloria.

Me alegró escucharla aquel día, con una convicción de la que semanas antes carecía, ya que comprendí que había dejado de necesitarme. En el fondo, conocía su valía y solo tuve que darle un empujón para que se convenciera de

ello. Catalogo con ese calificativo a quienes merece la pena conocer, para mí son «personas valiosas» que saben lo que quieren, que afrontan los problemas, para las que no hay agujero negro del que no puedan salir, quitan las piedras del camino por orden, de la más pequeña a la más grande y usan su fuerza interior para avanzar. Gloria era una de esas personas y su único error fue tropezarse con un hombre menos valioso que ella. Se desestabilizó durante un tiempo, pero encontró su camino de vuelta. El expediente de Gloria ya estaba cerrado.

—Otra noche en vela. —Diego me abrazó y me pidió que me relajase.

—No puedo dormir. Pienso en mis casos.

—Apárcalos por unas horas. Necesitas descansar.

—Alicia anuló su cita y estoy preocupada. No pude hablar con ella y su voz sonó extraña. Me colgó en cuanto le di una nueva fecha. Está rara.

—No es tu única paciente. Tienes más casos.

—Pero es la única víctima de malos tratos que estoy tratando en la actualidad.

—¿Y ese chico que lo fue de abusos sexuales por parte de sus compañeros cuando era un crío?

—Estás más pendiente de mis casos que yo misma. Con ese chico necesité conectar para ayudarlo a sacar sus demonios fuera.

—¿Y la supermujer, la que te recuerda a ti?

—¿Supermujer? No me gusta ese calificativo, no somos supermujeres, somos fuertes. A Gloria le he dado ya el alta.

—Finiquitado su caso al fin.

—Vino a la consulta creyendo estar enamorada de su amante y ahora está redescubriendo a su marido. Cuando entendió cómo era su compañero, todo comenzó a rodar.

—Eres una casamentera.

—No lo soy, aunque en este caso he sido consejera matrimonial, lo reconozco. Coloqué tiritas y di puntos a un matrimonio herido. Si hubiese estado muerto, no habría podido hacer nada. No me gustaría haber hecho vudú con él y convertirlo en un matrimonio zombi.

Me agradaba dormir sin ropa alguna. Rozar mi piel desnuda entre las sábanas excitaba a Diego. Comenzó a acariciarme y bajó su mano hasta rozar mi sexo a la altura del pubis y después más abajo, abriéndolo hasta encontrar mi humedad.

—No pienso ducharme otra vez esta noche. ¿No has tenido bastante?

—Deberías plantearte dormir con camisón o pijama si no quieres ponerme así.

—A todas las mujeres nos excita sentir cómo os encendéis.

—Es una cuestión de genética femenina. Estáis hechas para volvernos locos con distintas armas.

—Si no lograra excitarte me sentiría vacía y no me consideraría una mujer completa. Me volvería invisible y no quiero que eso suceda, al menos a mi edad, soy joven aún. Espero que te guste mi cuerpo dentro de unos meses, cuando esté como una vaca, tenga unos pechos enormes y me haya desaparecido el ombligo.

—Me pondrás a mil, igual que ahora. —Me destapó y bajó poco a poco, buscándome de nuevo.

Alicia acababa de tirar la cacerola a la basura, no había modo alguno de arreglar aquello. Abrió las ventanas para que se fuese el humo y puso el extractor a máxima velocidad. La casa olía a comida quemada. Era la segunda vez en aquella semana que olvidaba apagar la vitrocerámica. Se preparó un sándwich y se fue al salón. En ese momento sonó el móvil. Le alegró hablar con Gloria. La voz de su amiga sonó animada.

—Ya me ha dado el alta. Al fin libre —comunicó a Alicia.

—¿Y qué tal con Javier?

—Pasar un par de fines de semana sin niños ha obrado milagros en nuestra relación. No podemos hacerlo por costumbre, porque sería abusar de los abuelos, pero escaparnos solos ha insuflado una bocanada de aire fresco a nuestro matrimonio.

—Tu voz suena con un ánimo renovado, no imaginas lo contenta que me hace oírte hablar así. ¿Y en cuanto a Nacho?

—Ha dejado a su mujer. Le recomendé que acudiera a Cristina. La

vida le va a cambiar y no lo veo preparado para afrontarlo sin ayuda. ¿Y tú? ¿Cómo vas? Quiero que tomemos un café. Me dijo Cristina que has vuelto a anular tu cita.

—Estoy liada con las compras de Navidad. Y, además, me encuentro mejor —le tembló la voz.

—No me has contado nada de la famosa cena. ¿No quieres hablar de ello?

—No, no quiero hablar de eso. —Alicia se puso tensa y su voz se apagó.

—¿Quedaremos antes del veinticuatro? Podemos buscar un hueco para vernos. Siempre hay tiempo para compartirlo con las amigas. ¿No te apetece que nos veamos?

—Te llamaré. —Alicia pareció querer terminar aquella conversación que empezaba a incomodarla.

—Hazlo, por favor.

Gloria se quedó sorprendida. Su amiga había colgado el teléfono sin siquiera despedirse.



Mediados de Diciembre de 2012

Ese fin de semana decidimos dedicarlo a las últimas compras de Navidad. En Nochebuena cenaríamos en casa de mis padres, con mi hermana y los suyos, y en Nochevieja los padres de Diego vendrían a Madrid y se quedarían una semana. La noticia de mi embarazo les había alegrado mucho y querían compartir unos días con nosotros. Cerraríamos la consulta hasta después de Reyes, porque nos apetecía pasar un tiempo con la familia. El año había sido intenso.

Aprovechando que Diego no quería que hiciésemos las compras juntos, pues deseaba comprarme una sorpresa, llamé a Gloria y quedé con ella en la chocolatería San Ginés para tomar un chocolate con churros antes de empezar nuestra jornada de tiendas. Durante aquellos meses me había vuelto

todavía más adicta al cacao: bombones, Nutella, chocolate con almendras, con avellanas, rellenos de menta, blanco, negro..., pero, sobre todo, me enloquecía el chocolate a la taza. El cacao fue el único capricho que decidí permitirme. Aunque lo comía más de lo que era aconsejable, apenas había engordado. Si todo iba como hasta entonces, acabaría el embarazo con los nueve kilos que me había propuesto engordar como máximo.

Gloria esperaba dentro de la chocolatería, sentada en una mesa al fondo del local. Llevaba un abrigo largo color camel y se estaba quitando la bufanda en aquel momento.

—Siento haber llegado tarde. No encontraba las llaves. Soy un desastre —me disculpé.

—No pasa nada, acabo de llegar.

—Llevas un abrigo precioso.

—Un regalo adelantado de Reyes.

—Mi marido se ha tomado estas Navidades muy a pecho. Guarda celosamente el secreto de lo que me va a regalar. Debe ser por mi embarazo, ya que nunca había actuado así. No es detallista, pero ahora aparece con sorpresas y regalos, y me trata como a una reina. La semana pasada vino con un ramo de flores a casa. Unos bombones me hubieran hecho más ilusión y cuando comenté que me apetecían bajó al supermercado y regresó con una caja. Espero que no le dé un sablazo a la cartilla hoy, solo de pensarlo me echo a temblar.

Me quité el abrigo. Un camarero se acercó con gesto amable y pedimos nuestros chocolates.

—Yo le he echado el ojo a un Lotus para Javier. Luego vamos a la relojería y me das tu opinión.

—¿Sabes algo de Alicia? La llamé esta mañana por si quería venir. Estoy preocupada por ella, ya me ha anulado varias citas. Y todo a raíz de aquella cena con su exmarido.

—Hablé con ella hace días y tampoco ha querido quedar conmigo. Parecía estar bien, pero cuando hablé de esa cena, su tono cambió. Se puso tensa y me colgó. No he vuelto a saber de ella, no responde al móvil ni me contesta a los wasaps.

—Necesito saber de ella.

—En tu estado, tu profesión se te hará más dura. Las embarazadas se vuelven más sensibles, lo sé por propia experiencia, ya que pasé mis tres embarazos llorando hasta cuando veía dibujos animados. Ya se te nota la tripa. Esto va para adelante.

—Se me nota un poco, ¿verdad?

—Ya no puedes ocultarlo. Te veo contenta.

—Si pudiera solucionar las cosas que me preocupan, lo estaría más. Tú estás estupenda. Supongo que todo irá por donde tiene que ir.

—Mejor de lo que esperaba. Recuperando el tiempo perdido y más centrada.

—¿Te cuento un secreto?

—Cuenta, me intrigas. —Gloria se acercó a la mesa y apoyó los codos, expectante.

—Si quieres que vaya más deprisa, usa cintas de seda.

—¿Cintas de seda?

—Y pintura, un lienzo en blanco, nata, velas, música suave, una cena romántica desnudos, aceite de masaje, un perfume cubriendo tu cuerpo como única lencería, lo que quieras imaginar. Jugar y no perder nunca la ilusión por hacerlo. Acariciar y descubrir, no caigas en el error de creer que conoces todo de la otra persona. Jamás se conoce del todo al otro. Esto es algo que me enseñó hace tiempo alguien cuyo recuerdo me ha acompañado toda la vida. No te cobraré nada por esta consulta, este consejo es gratis por nuestra amistad.

—Sonreí y mojé un churro en mi chocolate. Me deleité con cada bocado, tanto como si estuviera comiendo caviar iraní.

—Cinta de seda... Supongo que tu cama es de forja.

—La mejor inversión fue esa cama. Si alguna vez cambio de dormitorio, no dudaré en comprar otra del mismo estilo. La de juego que da un cabecero como el que yo tengo...

—La mía también es de hierro, pero jamás se nos ocurrió usar cintas de seda.

—Nunca es tarde. Estamos a tiempo de acercarnos a una mercería antes de ir a ver ese reloj.

—Pago y nos vamos. Hoy estrenaré esas cintas.

Alicia se preparó una tila y se tomó un paracetamol. Aquella noche tampoco conseguiría dormir. Raúl seguía llamándola de madrugada, sin ocultar ya su identidad. A veces permanecía en silencio, escuchando las palabras soeces de su exmarido y esperaba a que él colgase. Luego continuaba sentada en la cama, aguardando a que amaneciera para vestirse e ir a la oficina. Allí actuaba como si nada hubiera pasado, como si su mundo fuera el mismo, como si ella continuase viva, aunque ya no lo estuviera.

Se tumbó e intentó desconectar. Deseaba ser una máquina y tener un interruptor para poder hacerlo. Tal vez fuera más sencillo de lo que creía. Un café, un bote de pastillas y podría descansar para siempre. Aquella idea se fue de su cabeza cuando sonó el teléfono.

—Buenas noches.

—Hola.

—Despierta, como siempre. ¿Esperando mi llamada?

—...

—Seguro que si dejo de llamarte me echarías de menos. Sigues sin denunciar. Te tomaste mis palabras en serio.

—...

—Me alegro, eres una buena chica. Así me gusta, que me obedezcas. Tal vez un día de estos vaya a hacerte una visita al trabajo, te echo de menos. —Raúl notó su respiración agitada al otro lado del teléfono—. O quizás te espere en tu casa. ¿Qué preferirías, Alicia? ¿Curro o casa? ¿Casa o curro?

Alicia oyó su risa y quiso colgar. Algo en su cerebro martilleaba como si tuviera un pájaro carpintero dentro del cráneo. De repente, se hizo la luz y todas las respuestas que había estado buscando desde aquella noche llegaron, envueltas en una extraña sensación de paz y liberación.

—Ven a casa. Tenemos que hablar.

—¿Con lo de hace unas semanas no tuviste bastante? Te di lo tuyo, se te veía necesitada.

—¿Vendrás?

—¿A tu casa? ¿Lo dices en serio? ¿Cuándo? —preguntó Raúl,

extrañado al comprobar que a Alicia no le temblaba la voz.

—El día de Reyes.

—¿Me has comprado algo? Vaya, tendré que ir con un regalito para mi exmujer.

—Tengo un regalo para ti, has acertado. Y no necesitas cuchillo. Quiero que hablemos.

—No pensaba llevar ningún cuchillo. Ya me divertí bastante la otra vez. Tal vez pueda convencerte para que lo hagamos por las buenas, por los viejos tiempos.

—El día de Reyes, a las seis de la tarde.

—Allí estaré. Que duermas bien.

—Hoy lo haré.

A la mañana siguiente estaba eufórica. Había dormido toda la noche y parecía que hubiese recibido una inyección de adrenalina. Se preparó un café, atacó la caja de las magdalenas y comenzó a darle vueltas a la cabeza. El sofá del salón ya tenía muchos años. Lo cambiaría y pondría uno de color chocolate. Se tomaría su tiempo, no cometería el error como con el que tenía por no haberlo probado lo suficiente, por no permanecer sentada en él un buen rato en la tienda, como si de su casa se tratara. Aquel viejo sofá era incómodo y ella necesitaba descansar. Siestas de sábado en un sofá confortable y mullido. Cerró los ojos, se las imaginó y sonrió, mientras se calentaba las manos con la taza.

Tras unos minutos, volvió a la realidad, terminó el café y se acercó a la encimera de la cocina, donde tenía el taco de los cuchillos. Cogió uno y tocó su afilada punta con el dedo. Lo dejó en su lugar, tomó otro algo más grande e hizo lo mismo, e igual con un tercero.

«Este», comentó en voz alta y sonrió.



Día de Reyes de 2013. El principio del fin

Aquella cámara de fotos le debió costar una fortuna. «Solo le falta hablar», afirmó cuando la desarrollé. Para que él hiciese ese comentario debía serlo, porque era de última tecnología.

—Sé lo que estás pensando. Que me he gastado un pico y me pediste que no me pasara, pero considéralo una inversión —añadió Diego.

—¿Una inversión?

—Para cuando venga el bebé.

—O sea, una inversión a corto plazo.

—Desde sus primeras horas tendremos las mejores fotos de nuestro

hijo, aunque sus padres seamos unos pésimos fotógrafos.

—Somos unos pésimos fotógrafos, no me cabe la menor duda. ¿Quieres decir que con esta supercámara no lo decapitarás en las fotos como haces conmigo? Tengo complejo de María Antonieta.

—Si me tiembla el pulso, esta preciosidad lo corrige. Hasta un anciano con Parkinson podría hacer fotos con una calidad profesional.

—Voy a desnudarme. Quiero que pruebes cómo corrige esta cámara tu pulso, mientras me fotografías como Dios me trajo al mundo.

—¿De todas las posturas posibles?

—Hoy tú eres el profesional y yo la modelo. Estoy a tu disposición. De todos modos, las primeras las haremos artísticas, para que tengamos un recuerdo de esta barriguita que te vuelve loco.

—También compré un trípode, por si querías jugar.

Se acercó a mí y acarició mi vientre con tanta ternura que me estremecí y el vello se me erizó.

Vista la calidad de aquellas instantáneas, acordamos que todos los meses me fotografiaría desnuda, como posan las *celebrities* en las portadas de *Vanity Fair* mostrando su embarazo. Sería un bonito recuerdo y, a la vez, un sensual divertimento.

Por la tarde fuimos a casa de mis padres para darles sus regalos. Mi hermana y Roberto habían traído un roscón de Reyes enorme y nosotros nos presentamos con varios *bricks* de chocolate a la taza. Mi padre abrió la puerta, sonrió y, después de besarme, acarició mi vientre. Roberto estaba en la cocina con mi sobrino Marcos en brazos, charlando con mi madre. Noelia salió a nuestro encuentro y me dio un efusivo abrazo que me dejó sin respiración. Una pequeña cachorra de teckel correteaba por la casa. Era el regalo de Reyes de mi madre que, tras la muerte de Nala, echaba de menos tener un amigo de cuatro patas.

—Podrías haberme regalado un gato —protestó mientras le ponía agua y comida al perro.

—¿Cómo se llama la perra?

—Tiara —contestó mi padre.

—Muy original. —Sonreí y cogí al cachorro, que comenzó a lamirme

la cara.

—A mí me toca sacarlo y ni siquiera le he puesto el nombre al animal.

Mi madre seguía estando estupenda. Me alegré al verla tan guapa. Roberto y Diego se fueron al salón con mi padre y mi hermana terminó de poner la mesa para merendar.

—Estás preciosa, Cristina.

—Es el embarazo. —Sostenía a Marcos en mi regazo, que jugaba con el coche que los Reyes habían dejado en mi casa para él.

—¿Qué tal el trabajo? Tu hermana no está muy allá en la empresa. Parece que se avecinan despidos. En cambio, en la de Roberto no ha parado el ritmo de producción. Es un respiro saber que, al menos, uno de los dos tiene el trabajo asegurado.

—Hablé con Noelia la semana pasada. Sabe que nos tiene para lo que necesite, incluso si precisa de ayuda profesional. Esta maldita crisis está llenando las consultas.

—El mal de uno es el beneficio de otro. Sí que es triste.

—Conseguirás deprimirme.

Nunca se deja de ser madre, no hay edad de jubilación para su amor incombustible. Lo vi en sus ojos cuando la abracé. La eternidad. Cualquier otro tipo de sentimiento tiene fecha de caducidad. Mi relación con Diego, hasta ahora satisfactoria, también podría acabar en *the end*, pero lo que sentiría por mi hijo no tendría fin y eso me asustaba. En los últimos días me había embargado una extraña sensación de desasosiego.

Volví a recordar a Álvaro y sus dulces juegos y no supe por qué. Me pregunté si con él hubiera hallado una felicidad distinta de la que en ese momento estaba disfrutando. Lo nuestro terminó de un modo dramático y, cuando eso sucede, queda una sensación de vacío que, en mi caso, se transformó con el tiempo en idolatría. Puse su recuerdo en un pedestal imaginario y lo adoré. Estuve besando la piel de Juan Carlos y recordando el sabor de la de Álvaro durante años. Aún hoy, después del tiempo transcurrido, rememoro nuestra historia y se me eriza la piel recordando nuestros encuentros.

He revivido esos momentos de sábanas, sensuales cenas, lujuriosos y

húmedos juegos, y las noches que pasé atada a la cama con los otros dos hombres que han compartido parte de mi vida, y con cada uno de ellos fue diferente.

Juan Carlos formó parte de mi época de transición y me ayudó a cicatrizar las heridas cuando Álvaro se marchó. A Diego lo quiero. Lo sigo amando y continúo descubriéndolo cada día. Llegó a mi vida cuando maduré como persona y lo demás vino rodado.

Abracé a mi madre, que tenía los ojos arrasados por las lágrimas por anticipar la posibilidad de que mi hermana pudiera perder su trabajo y pensé si mi amor incondicional por mi hijo me privaría, en parte, del que sentía por Diego. Me pregunté si ese amor nuevo podría suponer el principio del fin de lo que teníamos y pasó por mi cabeza, de modo fugaz, si era Álvaro quien había manejado los hilos de mi vida, de mis juegos, de mi sensualidad en definitiva, durante todo ese tiempo.

Recordé su carta, la que Paqui me entregó tras su muerte. La guardaba en mi monedero e iba conmigo a todas partes, dondequiera que fuese. Nunca se la había leído a Diego ni a Juan Carlos y jamás se la leí a Paqui, aunque me consta que siempre sintió curiosidad por lo que Álvaro me escribió antes de morir. Es una mujer discreta y por eso la aprecio tanto. No sé cómo le sentará a mi familia cuando les comuniquemos que ella será la madrina de nuestro hijo.

Dejé a mi madre y me fui al salón, llevando conmigo el chocolate caliente en una jarra y a mi sobrino de la mano. Diego, Roberto y mi padre continuaban hablando. Mi marido me miró y sonrió. Me acerqué a él y lo besé.

Tras regresar a casa, le pedí a Diego que se sentara en el sofá, pues deseaba leerle una carta que había formado parte de mi vida durante tanto tiempo. Le serví una copa y la saqué del monedero. El sobre estaba amarillento y deteriorado, aunque no demasiado para todos los años en que había estado yendo de acá para allá, cambiando de monedero, de bolso y de cartera.

Mientras me escuchaba, le mostré la fotografía de Álvaro. Terminé de leerla y después, sin poder evitarlo, comencé a llorar. Me abrazó, secó mis lágrimas y se acercó a mi oído. «Te quiero», me susurró, añadiendo «gracias

por haberla compartido conmigo, hoy te conozco un poco más». Volví a guardar la carta y nos fuimos a la cama.

A la mañana siguiente, Gloria me envió un wasap con una fotografía, la muñeca de su marido con el flamante Lotus, y en el dedo corazón de su propia mano un anillo con un brillante espectacular. «No es una circonita, es un pedrusco del tamaño de una plaza de toros, como puedes apreciar. ¿Sabes una cosa? Tenías razón, las cintas funcionan...».

Quedamos en vernos la semana siguiente e intentaríamos convencer a Alicia para que nos acompañase, ya que seguíamos sin noticias.

—No sabía que te gustaran las joyas ostentosas —comentó Diego cuando le mostré la fotografía de la mano de Gloria luciendo el anillo.

—Y no me gustan, pero reconoce que es una maravilla.

—No querías que me gastase mucho en tu regalo y te has quejado por lo que me ha costado la máquina digital. Dejé la cartilla tiritando y ahora me enseñas el brillante de tu amiga. No hay quien te entienda. Por cierto, he pasado al ordenador las fotos que nos hicimos ayer. Las he guardado en una carpeta en el escritorio y la que he llamado «NOSOTROS 2013».

—Podrías haberla llamado PORNO CASERO 2013...

—El embarazo está cambiando tu sentido del humor. Eres más ácida e incluso tienes un cierto toque mordaz.

—Estoy de mejor humor porque los temas que me preocupaban se van resolviendo.

—¿Sabes algo de esa paciente tuya que tanto te preocupa?

—¿De Alicia? Nada. He llamado a su compañera de trabajo y me ha pedido que no me preocupe, porque está más relajada.

—Déjalo estar. Cuando necesite de ti, volverá a pedir cita. Por cierto, tienes un correo electrónico en el buzón. Ha saltado el aviso cuando estaba guardando las fotos en el ordenador.

Terminé de preparar los casos del día siguiente e hice algunas anotaciones en mi agenda. Después de cenar, cogí el portátil y me lo llevé al salón, mientras Diego preparaba unas infusiones en la cocina. Abrí el correo y lo vi: un mensaje de Alicia. Nunca me había mandado ninguno y me

sorprendió que lo hiciera cuando ni siquiera contestaba mis wasaps. En realidad, el *email* era para su hermana y me había puesto en copia. Llevaba adjuntas varias fotografías. No entendí lo que estaba viendo. Un hombre tirado en el suelo, ensangrentado, con la camisa prácticamente teñida de rojo, consecuencia de las múltiples heridas que presentaba su cuerpo. Enseguida lo comprendí. No eran imágenes sacadas de un diario sensacionalista. En la última fotografía se hallaba Alicia, sentada con las piernas cruzadas a los pies del hombre. Sonreía.

Llamé a Diego a gritos. Estaba histérica y no podía apartar la vista del ordenador. Corrió al salón y me abrazó fuerte, tratando de tranquilizarme. Cuando miró la pantalla, él también comprendió. Mientras llamaba a la policía, yo marqué con mi móvil a Alicia. Saltó el buzón de voz y dejé un mensaje: «¡He visto las fotos, llámame, por favor!». Al cabo de unos minutos, sonó mi teléfono.

—Hola, Cristina, estoy en casa. Mejor dicho, estamos los dos, Raúl y yo. Envié el mensaje a las ocho y son casi las once. Estamos cansados. No quiero que me encuentren en la cama cuando lleguen, quiero estar despierta cuando la policía venga a buscarme. ¿La has llamado, verdad?

—Sí.

—Entonces estará de camino —su voz sonaba serena.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué no me llamaste? ¿Te mandé mil mensajes para que te pusieras en contacto conmigo!

—Tranquila, Cristina. Se supone que eres tú la que me tiene que infundir calma y no yo a ti. —Intuí que sonreía.

—Estábamos tan cerca, Alicia, tan cerca...

—Lo jodí todo, Cristina, lo jodí por creer que alguien como esa bestia podría cambiar. Hiciste bien tu parte, no te sientas culpable, fui yo la que no hice bien la mía. ¿Vendrás a verme?

—Voy a vestirme e iré a tu casa.

—No llegarás a tiempo, lo hará antes la policía. Me refiero a la cárcel. ¿Vendrás a verme? Me alegrará que lo hagas.

—Iré, te lo prometo. Me informaré de dónde te llevan y nos veremos muy pronto.

—Llama a Gloria. Dile que siga siendo fuerte y que siento todo esto, pero que tenía que ser así. Era el único modo de ser libre, mi única salida. Al fin lo comprendí.

—Te equivocas Alicia, había otros caminos. Siempre hay otros caminos... —murmuré.



EPÍLOGO

Febrero de 2013

Salimos de la clínica con la ecografía bajo el brazo. Diego estaba eufórico, nunca antes lo había visto así. Yo no logré reconocer nada en la pantalla mientras el médico señalaba con su dedo y comentaba que mi hijo estaba ahí, pero mi marido parecía ser un experto en observar imágenes tridimensionales. Asentía con la cabeza a cada explicación del doctor, me miraba de vez en cuando y me acariciaba la cabeza de un modo paternalista.

A continuación fuimos a la consulta del tocólogo. El doctor observó las ecografías y, aunque el bebé era muy pequeño aún, Diego insistió en la

nitidez de las imágenes. Yo seguía sin distinguir con claridad, tal vez porque me negaba a creer que una nueva vida estaba creciendo en mi interior. A pesar de ello, asentía para no llevarle la contraria.

El médico nos confirmó que todo estaba perfecto y nos preguntó si deseábamos saber el sexo de nuestro hijo. Me pareció tan pronto... Diego enmudeció y me miró, esperando a que yo decidiese por él. Por otro lado, continuaba preocupada. Atrás habían quedado las semanas de más riesgo en el embarazo y desaparecido los mareos y los vómitos y, sin embargo, aún sentía miedo cada vez que despertaba por las mañanas. ¿Sería ese el día en que lo perdería? Preferí no saber el sexo del bebé para no tener que pensar en qué nombre le pondríamos. Desconocerlo hasta el día de su nacimiento también serviría para que la familia no llenara nuestra casa de vestiditos rosas o azules, de peleles y patucos con florecitas o rayas y de *body's* con dibujos de Disney.

Tras la visita al tocólogo, quedé con Gloria para ver a Alicia. Hasta aquel día, su abogado no había podido hacer nada para que pudiésemos hacerlo. «Primero la familia», se disculpó. Diego nos llevó a la cárcel y quedó en recogernos. Mientras esperábamos nerviosas en una sala, saqué mi espejo del bolso y me miré.

—Estás estupenda.

—Y con lo nervios a flor de piel. —Me costó sonreír.

—Tu marido es muy guapo. Cuando fui a tu consulta por primera vez, deduje que era el de una fotografía que tienes en tu mesa. Me pareció un hombre interesante entonces, pero gana al natural. Y, además, es muy simpático. —Me cogió la mano y trató de tranquilizarme.

—Por eso me casé con él, soy exigente en cuanto a hombres se refiere.

—Si yo lo hubiera sido un poco más, no nos hubiésemos conocido.

—Le he pasado el caso de Nacho a mi marido, no me apetecía llevarlo, a pesar de que ya no eres mi paciente.

—No me habías contado que te había pedido cita. Él tampoco me dijo nada, apenas hablamos.

—Lo hizo al poco de que me comentaras que le habías dado mi tarjeta y que quizás se pondría en contacto conmigo.

—Tiene buen aspecto y ya sonrío.

—Diego es un buen profesional, casi tanto como yo —bromeé.

—¿Y él tampoco tiene abuela, como tú?

Cuando guardé el espejo, vi el sobre con la carta de Álvaro, mi eterna compañera. La saqué y también cogí su fotografía, entregándosela a Gloria. Le conté quién era y comencé a leerla en voz alta:

Madrid, diciembre de 1998

Anoche soñé contigo.

Te lavaba el pelo. Mientras lo hacía, tú sonreías, con esa sonrisa que solías poner cuando jugábamos. Noté la tibieza del agua escurriendo entre mis dedos, como si no se tratase de un sueño. Después salías de la bañera y te secaba. Me perdía en tu boca y la toalla con la que habías cubierto tu cuerpo caía a nuestros pies. Te cogía en brazos y te llevaba a mi cama y ahí te poseía como ahora desearía estar haciéndolo. Me vaciaba en ti, deleitándome en tus jadeos, y luego bajaba hasta tu sexo, hundiendo mi cara en él, transportándonos lejos de aquel cuarto en el que disfrutamos tanto. Tus jadeos se convertían en gemidos y estos en placer casi al instante.

Ahora tengo que contentarme con estos sueños. No puedo tenerte y te echo de menos. Una vez oí que quien no te añora, no te quiere. Yo te añoro muchísimo. Me he arrepentido de haberte dicho adiós tan pronto, cuando todavía tenía fuerzas para amarte un poco más. Las semanas en el hospital se me hacen eternas sin ti. Es curiosa la relatividad del tiempo. Cuando te tenía, tres horas me parecían un segundo y ahora las semanas, encerrado entre estas cuatro paredes sin poder estar contigo, me parecen siglos. Perdí un tiempo precioso a tu lado por mis dudas y en este momento daría todo el que me queda por haber tenido la valentía que me faltó para amarte desde el primer día, con todas las

consecuencias. Cambiaría una tarde junto a ti por todo el tiempo que me resta por vivir.

Perdóname por no haberte tomado cuando me lo pediste, por haber hecho oídos sordos a tus ruegos. No imaginas cuánto me arrepiento de no haber sido más valiente. A consecuencia de ello, me perdí poder disfrutar de tu piel, tu pelo, el sabor de tus besos y la calidez de tus abrazos durante más tiempo. Me mataba pensar que habías nacido quince años tarde o yo quince años pronto, cuando lo cierto es que para amar no hay fechas, ni edades, ni tiempo. El amor es, simplemente, imperfecto. ¿Alguna vez te has preguntado quién puso nombre a las cosas, quién decidió que se llamasen de un modo y no de otro?

Por ejemplo, AMOR, en nuestra lengua. ¿Por qué a ese sentimiento tan extraordinario y mágico, a ese que nos pone el vello de punta, que hace que nuestro corazón se acelere y quiera salirse del pecho, que nos provoca que esas mariposas, las que tú decías no haber sentido nunca, revoloteen locas por nuestro estómago, a esa necesidad de perderse dentro de otra persona, de besar sus labios y sentir el tibio roce de su piel en la nuestra, alguien decidió llamarlo AMOR?

No digo que esta palabra no sea capaz de describir lo que siento ahora, lo que llevo sintiendo más de dos años por ti. Creo que no es el término lo que cambiaría, sino su ortografía en sí.

En mi opinión, amor debería escribirse con H.

Quien puso nombre a este sentimiento de locura que nos invade al encontrar a la persona que queremos tener a nuestro lado a cada paso que damos, a cada minuto que vivimos, a cada segundo que respiramos, se equivocó al describirlo con una palabra que al escribirla queda tan redonda, tan acabada, tan perfecta. Debería haberlo escrito con H, porque el Hamor no es redondo ni perfecto. No lo es, puesto que no se rige por regla alguna, ni tiene tiempo, ni principio, ni fin, ni medida, ni

entiende de razas, religiones, prejuicios o edades. Sobrevive más allá de convencionalismos, de miradas de reproche, de odio, de rencor. Resiste las adversidades, los ríos profundos y caudalosos, las noches de tormenta, los huracanes, el frío glaciar o el calor del desierto. Quien lo ha sentido alguna vez y lo pierde, lo busca de nuevo. Es tanto lo que nos da, que pronto olvidamos lo que nos quita.

Contigo, Cristina, lo he vivido de un modo tan intenso que ahora, lejos de ti, no hago sino recordar aquellos días y ese recuerdo me mantiene vivo, aunque no sé por cuánto tiempo.

Por eso quiero pedirte que seas feliz, que vivas, que no te conformes con sobrevivir, mi amor. Te lo pido por todo lo que sentiste y por todo lo que me hiciste sentir. Me lo debes. Debes hacerme la promesa de que no sobrevivirás, porque sobrevivir es vivir a medias, sino que vivirás por ti, porque tienes todo el derecho a hacerlo.

Busca la felicidad. Tienes el modelo a seguir, porque nosotros la encontramos juntos. Júrame que nunca te cansarás de buscarla en lo grande, en lo pequeño, en lo liviano, en lo efímero, en lo cotidiano, en las formas de las nubes, en el olor de la hierba recién cortada y en los campos de amapolas en primavera. Necesito pedírtelo antes de que no me queden fuerzas para sostener la pluma y emborronar esta hoja con tu recuerdo y con todo lo vivido a tu lado.

No actúes con cobardía. Los hombres solemos ser cobardes en el amor y esa actitud nos impide encontrarlo. No lo seas nunca y jamás dejes de buscar.

Yo lo fui. La edad que nos separaba detuvo los pasos que debería haber dado cuando te cruzaste en mi camino. Después descubrí que esa diferencia que al principio me pareció insalvable, no era más que un segundo en el tiempo, una mota de polvo en el universo.

Ahora que las únicas fuerzas que me quedan las utilizo

para recordarte, he descubierto que mi miedo a enamorarme lo fue por verte como una adolescente, cuando debería haber visto en ti a la mujer que realmente eras. Pusiste el HAMOR ante mis ojos y yo no supe verlo, con la excusa de los años que nos separaban. Tuve que mirar en nuestro interior para descubrir que no había nada que vencer, ningún obstáculo que salvar en realidad.

Aunque fui un cobarde, me alegro de haberme dado cuenta de que te amaba, pues me quité la venda de los ojos con el tiempo suficiente para gozar de ti. Conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida y perderte el mayor de mis pecados. Deseo redimirme ahora, mientras lees estas líneas, diciéndote que te amo, que te sigo amando en la frialdad de esta habitación y que te amaré siempre.

No quiero que sufras por mi partida, sino que recuerdes lo que tuvimos como algo que mereció la pena ser vivido y que nos hizo felices durante casi dos años. Porque tuvimos magia, la magia de nuestro Hamor imperfecto.

Tampoco voy a pedirte que no llores el día en que me vaya, pues no sería justo ni razonable hacerlo, pero sí que VIVAS, Cristina, porque es tu derecho y te lo mereces.

No lo olvides nunca, mi amor.

Álvaro.

Doblé la carta con cuidado, como tantas veces había hecho durante todos aquellos años, y la metí de nuevo en el sobre. Gloria me devolvió la fotografía y sonreímos. En ese momento nos llamaron.

Alicia nos esperaba.

BIOGRAFÍA Y DATOS DE LA AUTORA

Aída del Pozo es una escritora independiente que, desde 2015, publica sus novelas con una gran crítica de público y de blogs especializados en literatura. Esta madrileña, funcionaria de Administración Local y residente en Valdemoro, es autora de otras tres novelas, publicadas también en Amazon: *El silbido de la serpiente*, *El día que perdí mi sombra* (nº 1 en valoraciones de los lectores en la edición 2016 del premio Amazon), *Cazadores de ambiciones*. Su lenguaje directo y sin censura ha sabido calar entre los lectores. Con *Cazadores de Ambiciones* dio un paso más allá y decidió añadir a esta novela negra una carga de erotismo, consiguiendo un equilibrio difícil entre ambos géneros.

AMOR CON H, analiza el miedo al desamor, la pasión, las dudas, los temores y el dolor que el amor mismo entraña. Introduce al lector en el dolor que causa la pérdida del amor, el desengaño y la rutina. Es la historia de la imperfección misma del Amor. Y por ese preciso motivo, la autora considera que AMOR debería escribirse con H.

Otras obras de la autora, disponibles en Amazon:

EL SILBIDO DE LA SERPIENTE

[rxex.me/SHJMX1U](https://www.amazon.es/dp/B01N1Y9Y9S)

EL DIA QUE PERDÍ MI SOMBRA

[rxex.me/U7Y9YS](https://www.amazon.es/dp/B01N1Y9Y9S)

CAZADORES DE AMBICIONES:

rx.me/JSLZNY

Página de la autora en Amazon:

relinks.me/AidadelPozo

Encuéntrela en:

Página de autora en Amazon: relinks.me/AidadelPozo

Twitter: [@damadenovelas](https://twitter.com/damadenovelas)

Facebook: www.facebook.com/aida.delpozoaceves

Blog: <https://tormentasetinta.wordpress.com>